

	Págs.
poema. — Lucifer y su intervencióu en el desenvolvimiento y en el desenlace de la acción del poema. — Observaciones fundamentales. — Defectos del poema. — Juicio crítico general.	20

### CAPITULO TERCERO.

#### *Reflexiones teológicas.*

La Teología dogmática y la poesía: relaciones entre ellas. — Observaciones críticas sobre el <i>Paraiso Perdido</i> de Milton, considerado según las enseñanzas de la Teología dogmática ortodoxa. — Los ángeles rebeldes. — El carácter de Satanás en el <i>Paraiso Perdido</i> . — Reflexiones críticas. — Bellezas poéticas del poema. — Cómo deben ser apreciadas .....	45
---	----

### CAPITULO CUARTO

#### *Las regiones de ultratumba en la poesía épica religiosa.*

Advertencia necesaria. — La <i>Divina Comedia</i> del Dante. — Juicio general sobre el poema. — Estudio crítico especial sobre <i>El Inferno</i> . — Observaciones sobre <i>El Purgatorio</i> y sobre <i>El Paraiso</i> . — El simbolismo en la <i>Divina Comedia</i> . — La alegoría. — Una palabra sobre Beatriz: su significado. — Notas sobre la originalidad de la <i>Divina Comedia</i> . — Resumen de este estudio literario.....	71
--	----

Págs.

## EL POEMA DE SAN AVITO DE VIENA.

*Apéndice al estudio sobre la Poesía Épica Cristiana.*

Advertencia previa. — Literatura pagana y literatura cristiana. — Indole de cada una de estas dos literaturas. — Comienzos de la poesía cristiana latina. — Poemas latinos cristianos: división y clasificación de ellos. — San Avito de Viena. — Poemas bíblicos de San Avito. — Análisis literario de sus Poemas sobre el Génesis. — Pasajes notables. — Observaciones críticas. — Una conjetura .....	115
--	-----





## ADVERTENCIA



*Esta edición puede considerarse como la tercera de este Discurso: la primera fue la que se hizo cuando este Discurso se publicó al frente de la HISTORIA ECLESIASTICA DEL ECUADOR: después se reprodujo en la "Revista Ecuatoriana"; mas en ninguna de las dos salió á luz completo, como sale ahora en esta tercera edición, en la que he puesto en su lugar correspondiente los capítulos, que, hasta hace poco, conservaba inéditos y que publiqué por separado en el "Boletín Eclesiástico".*

*Mi intención era, como lo he declarado ya en otro lugar, escribir una historia general de la Iglesia católica en la América españo-*

la; y á esa historia debía servir como de introducción este Discurso: empero, ni la historia se escribió ni el Discurso se concluyó, porque consagré, como debía, todo mi tiempo al cumplimiento de las obligaciones de mi sagrado ministerio.—El Discurso no está, pues, completo, como lo puede notar todo el que lo leyere atentamente.

Sin embargo, si mi Discurso tuviere algún mérito será el de exponer francamente mis convicciones acerca de un asunto vasto é importantísimo, el cual, más tarde, sin duda ninguna, ha de ser estudiado, ya con el recto criterio católico, ya con el criterio sectario apasionado.

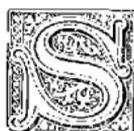
Quito, 1909.

† Federico González Suárez,

Arzobispo de Quito.



## INTRODUCCION



SI ALGÚN día la América quisiera levantar un imperecedero monumento de gratitud, para perpetuar en las edades futuras la memoria de sus más insignes benefactores, no podría menos de erigirlo á la Iglesia católica; porque esos hijos mimados de la fortuna, á quienes apellidamos conquistadores, han dejado su nombre escrito con sangre en los escombros de los pueblos por ellos devastados, y los guerreros, que, luchando heroicamente en los campos de batalla con huestes enemigas, dieron independencia y libertad política á los pueblos americanos, por desgracia, mancillaron su nombre con miserias

propias de la condición humana, sin las cuales, talvez, su nombre habría sido inmaculado. Hay, sin duda, nombres que los pueblos pronuncian con orgullo en sus momentos de ventura y de prosperidad; pero que echan al olvido en sus días de dolor y de infortunio: hay también nombres, que una generación enseña á repetir con amor á otra generación, porque en ellos está vinculada toda una historia de gratísimos recuerdos. Así la América guarda con religioso cariño, para enseñanza y admiración de los siglos venideros, los nombres, por siempre venerables, de los apóstoles del catolicismo, que, sin fausto ni ostentación mundanal, antes en silencio y con humildad, trabajaron, con asidua constancia y sin igual fortaleza, en la obra penosa y difícil de la civilización del pueblo americano.

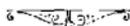
En efecto, á la Cruz debe la América los verdaderos elementos de civilización, que posee en su seno. Ahora cuando, con razón ó sin ella, se hace en la investigación de los hechos históricos tanto alarde de espíritu filosófico, justo será que, recorriendo concienzudamente á la luz de una crítica

imparcial la historia americana, reclame-mos para el cristianismo, y por consiguiente para la Iglesia católica, el mérito de haber trabajado grandemente en la obra de la civilización de las naciones americanas. La historia de la Iglesia católica es siempre y en todas partes la historia de la verdadera civilización; y en la América lo fue también, para gloria del nombre católico.

Todos los que, con sincero amor de la verdad, quieran meditar en las condiciones sociales de los pueblos, para descubrir las causas de su engrandecimiento ó de su decadencia, no podrán menos de confesar que la Iglesia católica es la única que posee el secreto de hacer verdaderamente felices á las naciones. La Iglesia católica, para hacer beneficios á las naciones y al linaje humano entero, no exige otra condición sino la libertad, así como aquel guerrero de la Ilíada no pedía á Júpiter, para triunfar hasta de los mismos dioses, más que luz y claridad. Cuando los déspotas la cargan de cadenas, la Iglesia no logra hacer todo el bien que pudiera á los pueblos. Esas cadenas, unas veces se las pone Calígula y otras Constantino: si las cadenas de

la persecución le dan vigor, los dorados grillos de una protección poco sincera la enervan y envilecen.

El testimonio imparcial de la historia será nuestro único guía en el estudio que vamos á acometer, desconfiando de nuestras fuerzas y movidos únicamente de nuestro amor á la causa católica: sin embargo, esperamos hacer ver á la Iglesia inspirando en todo tiempo á los americanos el verdadero espíritu del cristianismo, sin el cual es locura pretender civilizar á los pueblos. Verdad para la inteligencia, virtud para el corazón, medios de satisfacer pronta, cómoda y fácilmente aquellas necesidades, á que por las condiciones mismas de su naturaleza está sujeto el hombre, eso es lo que constituye y podemos llamar civilización. La ciencia sin la moral hará sabios: las riquezas sin la moral forman pueblos corrompidos; verdad, virtud, hé ahí la civilización.



DISCURSO  
SOBRE LA  
HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA EN AMERICA  
DESDE SU FUNDACION HASTA NUESTROS DIAS



## CAPITULO PRIMERO

### EL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA

Ley providencial de los acontecimientos humanos. — Los últimos tiempos de la Edad-Media. — El protestantismo. — Grandes inventos. — Vasco de Gama. — Colón. — Descubrimiento de la América. — El cristianismo en el Nuevo Mundo. — Reflexiones sobre la conquista.

#### I

**L**A historia de la Iglesia católica no es otra cosa que la exposición de los acontecimientos sociales, que se verifican bajo el gobierno de la Providencia y el ejercicio de la libertad humana, relativamente á los destinos sobrenaturales de la humanidad. La historia reproduce la fisonomía de los tiempos y de los personajes, con la misma fidelidad, con que un espejo representa

la figura de lo que se le pone delante; y, como refiere lo pasado para instrucción y ejemplo de las generaciones venideras, dejando á un lado innumerables hechos, narra solamente los acontecimientos que tienen importancia social. La sociedad humana tiene, así como el hombre, un fin sobrenatural, para cuya consecución ha sido formada por Dios aquí en la tierra. Ese fin no puede ser otro, sino la glorificación de Dios en el tiempo por medio de Jesucristo, á quien han sido dadas en herencia todas las naciones. Referir cómo desde el principio de los siglos hasta ahora las sociedades humanas han cumplido los designios de Dios respecto de ellas, en su relación con Jesucristo y su Iglesia, hé ahí el objeto de la historia eclesiástica universal. Cristo es el alma que da vida al linaje humano; por esto, sin Cristo la historia es un enigma; por esto, también la historia del linaje humano sobre la tierra no puede dividirse con exactitud sino en dos solas grandes épocas; la que precedió á la venida del Deseado de las naciones, y la que, habiendo principiado en su nacimiento, ha de durar hasta el fin de los siglos. Del

Calvario para allá las naciones vivieron esperando; del Calvario para acá las naciones han vivido y vivirán creyendo. Los pueblos antiguos esperaron, porque creían en las divinas promesas que les anunciaban un Redentor futuro; los pueblos modernos viven creyendo en las verdades enseñadas por el Redentor, que vivió vida mortal en medio de los hombres.

Sin violentar la libertad humana, Dios gobierna los pasos de los pueblos, así como dirige los pasos de los individuos, por aquel dominio absoluto que el Criador tiene sobre sus criaturas y por la necesaria dependencia que liga á éstas con su Oriador. El dogma de la Providencia deja al hombre toda su libertad y, por lo mismo, le hace responsable de todos sus actos. La libertad humana y la Providencia concurren á la producción de todos los acontecimientos sociales. Quien negara la Providencia, no acertaría á explicar los misterios de la historia; porque en la humanidad no vería más que un desgraciado Edipo, arrastrado por una fuerza ciega y fatal á cometer crímenes, de los cuales, en vano, trabajaría por librarse.

El reinado espiritual de Jesucristo sobre las naciones por medio de la Iglesia católica es una verdad enseñada en las Santas Escrituras. Manifestar lo que una nación como nación, lo que un pueblo como pueblo, han obrado en sus relaciones con la Iglesia católica, y lo que esta Iglesia ha hecho, por su parte, para dar á conocer á ese pueblo la verdad en el orden sobrenatural, eso es narrar su historia eclesiástica. La historia eclesiástica, por tanto, no puede menos de ser la acción de lo sobrenatural en lo humano por medio de los hombres, que han recibido de lo alto el sublime encargo de dirigir á sus semejantes por la senda del bien á la consecución de sus eternos destinos.

Por medio de la ambición humana Dios abrió camino á la predicación del Evangelio en el Nuevo Mundo. Los conquistadores buscaban las riquezas de los pueblos americanos, y Dios se sirvió de medios, enteramente contrarios á la Iglesia católica, para trasplantarla á estas regiones y hacerla producir en ellas saludables frutos de vida. Los hombres caminan, olvidados de Dios, á hacer la obra de Dios en todas par-

tes; y, cuando parece que en las grandes empresas humanas en todo se piensa menos en Dios, la obra de Dios se va llevando á cabo, á pesar de las pasiones de los hombres y muchas veces contra las previsiones y cálculos del ingenio humano. Pueden los potentados del siglo apostatar de la fe católica, perseguir á la Iglesia, desterrar á los sacerdotes ó darles muerte en tormentos; la gloria de Dios brillará con mayor esplendor, porque entonces es cuando se pone de manifiesto la fuerza divina y sobrenatural de la Iglesia. Esas persecuciones francas no son dañosas á la Iglesia. La encina es muy hermosa cuando está cubierta de hojas y de verdor; sus ramos frondosos, extendiéndose á los cuatro vientos del globo, dan sombra á tribus enteras, que, fatigadas del calor sofocante y rendidas de cansancio, acuden á guarecerse bajo de ellos: pero cuando los huracanes, soplando con ímpetu, la embisten furiosos; cuando, arremolinándose en torno de ella, los vientos tempestuosos de invierno amenazan arrancarla de raíz y esparcir sus cepas por la tierra, y el árbol, no obstante, permanece firme é inmóvil, entonces se echa de ver

cuánta es su robustez; y, si hermoso agrada; vencedor de los baracanes, admira. Así acontece también con la Iglesia santa: los vientos de las persecuciones la limpian de las hojas secas, que afeaban su hermosura. Empero, esas otras persecuciones traicioneras con las cuales se hacen graves daños, aparentando proteger y defender á la Iglesia, esas son las verdaderamente terribles y perniciosas. Los sofismas del error tienen en contra suya la ciencia, que siempre ha impuesto silencio á los sofistas; pero las dádivas corruptoras, los halagos envilecedores han hecho en la Iglesia católica más víctimas que la cuchilla del verdugo y las hogueras. La historia de Nerón y de Juliano es una historia gloriosa; pero la historia de los sacerdotes palaciegos, que han llevado al altar alma impura y á la corte de los poderosos, conciencia venal, es una historia de tristísimos recuerdos. Pobre Iglesia católica! . . . Cuán funesta os ha sido siempre una protección traicionera! . . . La palma crece esbelta en los bosques, al sol reverberante del desierto y al soplo de los vientos; pero pierde toda su gallardía y hermosura, trasplantada á la estrecha.

cárcel de un jardín; sus ramas, que ondeaban antes al aire, ahora, lánguidas y marchitas, se inclinan hasta el polvo. ¿Qué le falta?... ¿Qué? Nada más que libertad... ¡Dadle otra vez sus aguas, dadle su sol y la veréis otra vez cómo se yergue lozana!

## II

En la historia del linaje humano hay épocas notables por grandes acontecimientos, que cambian completamente la faz de las naciones. Así aconteció al terminar la Edad Media. La agitación y la inquietud, apoderadas entonces de todos los ánimos, levantaban torbellinos impetuosos para sacudir la sociedad europea. El alfanje vencedor de Mahomet II ponía fin á la agonía secular del imperio de Oriente, y, tomada Constantinopla, los turcos acampaban á un extremo de Europa, al mismo tiempo que el pendón castellano, después de ocho siglos de combate, era enarbolado victorioso en las torres de la Alhambra. Los pueblos europeos, sacudiendo los últimos restos del feudalismo, trabajaban por formar graudes

naciones bajo el cetro de un solo monarca, en cuyas manos debían venir á concentrarse los poderes divididos antes entre los grandes del reino. Lutero se presentaba también á concluir, bajo formas mucho más bastas, la obra de Wicleff y de Hus: Calvino en Ginebra y Zwinglio en Suiza cooperaban á la difusión de los nuevos errores, que, patrocinados poco después por Enrique VIII de Inglaterra, se convirtieron en causas de sangrientas discordias y de obstinadas guerras civiles. Como sucede frecuentemente, la división en las creencias religiosas ocasionó discordias civiles; los partidos religiosos se transformaron en partidos políticos, y las naciones discordes en punto á Religión no tardaron en considerarse como enemigas y rivales en política.

Aquel fue, en verdad, un gran siglo; siglo de hombres grandes y de grandes hechos. El genio robusto y original de la Edad Media, después de una carrera de casi diez siglos, se aproximaba ya á su ocaso; mas, al trasponer el horizonte de los tiempos, despidió de sí gran resplandor, cuando comenzaba también ya á despuntar el genio activo y emprendedor de la Edad

Moderna. Ese genio, que inspirara en la poesía la *Divina Comedia* del Dante; en la ciencia, la *Suma teológica* de Santo Tomás de Aquino y en la música cristiana, el asombroso libro de la *Imitación de Cristo*: ese genio, que había promovido las Cruzadas y levantado las Catedrales Góticas, inventó también la pólvora y con ella, de repente, dejó inutilizado el antiguo sistema militar y produjo una revolución espantosa en las relaciones de nación á nación: aplicó la brújula á la navegación y, al punto, el píelago vino estrecho á las empresas de la infatigable ambición humana: descubrió la imprenta, y la palabra humana, sacudiendo el polvo en que yaciera hasta entonces como medio sepultada, irguióse vigorosa, desafió al tiempo y se hizo émula de la eternidad. ¡Qué hechos y qué tiempos! ¡Qué hombres los que aparecieron entonces! Colón y San Francisco Javier; Machiavello y Cisneros; Lutero y Santa Teresa: virtudes admirables y grandes delitos; santos y tiranos; misiones é inquisición! . . .

Como sintiese entonces la Europa rebolar en su seno la vida, lanzó sus naves al

naciones bajo el cetro de un solo monarca, en cuyas manos debían venir á concentrarse los poderes divididos antes entre los grandes del reino. Lutero se presentaba también á concluir, bajo formas mucho más bastas, la obra de Wicleff y de Hus: Calvino en Ginebra y Zwinglio en Suiza cooperaban á la difusión de los nuevos errores, que, patrocinados poco después por Enrique VIII de Inglaterra, se convirtieron en causas de sangrientas discordias y de obstinadas guerras civiles. Como sucede frecuentemente, la división en las creencias religiosas ocasionó discordias civiles; los partidos religiosos se transformaron en partidos políticos, y las naciones discordes en punto á Religión no tardaron en considerarse como enemigas y rivales en política.

Aquel fue, en verdad, un gran siglo; siglo de hombres grandes y de grandes hechos. El genio robusto y original de la Edad Media, después de una carrera de casi diez siglos, se aproximaba ya á su ocaso; mas, al trasponer el horizonte de los tiempos, despidió de sí gran resplandor, cuando comenzaba también ya á despuertar el genio activo y emprendedor de la Edad

Moderna. Ese genio, que inspirara en la poesía la *Divina Comedia* del Dante; en la ciencia, la *Suma teológica* de Santo Tomás de Aquino y en la mística cristiana, el asombroso libro de la *Imitación de Cristo*: ese genio, que había promovido las Cruzadas y levantado las Catedrales Góticas, inventó también la pólvora y con ella, de repente, dejó inutilizado el antiguo sistema militar y produjo una revolución espantosa en las relaciones de nación á nación: aplicó la brújula á la navegación y, al punto, el piélago vino estrecho á las empresas de la infatigable ambición humana: descubrió la imprenta, y la palabra humana, sacudiendo el polvo en que yaciera hasta entonces como medio sepultada, irguióse vigorosa, desafió al tiempo y se hizo émula de la eternidad. ¡Qué hechos y qué tiempos! ¡Qué hombres los que aparecieron entonces! Colón y San Francisco Javier; Machiavello y Cisneros; Lutero y Santa Teresa: virtudes admirables y grandes delitos; santos y tiranos; misiones é inquisición!....

Como sintiese entonces la Europa rebozar en su seno la vida, lanzó sus naves al

Océano en busca de mundos desconocidos. En vano el ponto embravecido, estrellándose en las playas del Oriente, oponía un terrible valladar á la audacia humana; Basco de Gama se presenta en los mares africanos y, cual si fuera árbitro de las tormentas, se burla de las tempestades, desafía al aquilón, y el índico mar le ve asombrado romper el primero sus olas y hollar atrevido, la tierra donde la fábula mentirosa había colocado, en inciertos tiempos, las hazañas de su dios conquistador.

Colón adivina la existencia de hasta entonces ignoradas regiones. Allá como escondido en las aguas del Océano ha entrevisto un mundo; las presunciones de su saber llegan á adquirir para el marino genovés toda la certidumbre de un convencimiento: pide á los reyes, les suplica, le insta, les importuna que acepten el presente de un mundo, con que anda afanado por obsequiarles; y los reyes ni siquiera se dignan dar oídos á sus proposiciones: las explica á los sabios, y los sabios no aciertan á entenderle, pareciéndoles no sé qué sublime delirio el de aquel hombre desconocido, que ni ha pisado las es-

cuolas, ni ha ido jamás á las universidades; al fin, un pobre fraile de San Francisco comprende lo que los sabios no alcanzan á entender. Fr. Juan Pérez, Guardián del convento de la Rábida, acoge con entusiasmo al que los reyes miraban con desdén; y el pan de la caridad cristiana, dado á Colón en la portería de un convento, le valió á España la adquisición de un Nuevo Mundo. En frágil carabela, puesta la proa al Occidente, surca Colón las aguas hasta entonces no tocadas del inexplorado Atlántico: un día tras otro día va pasando sin que la vista del marino descubra en el horizonte, que no se cansa de mirar, las señales de ese mundo desconocido, que hace meses viene buscando. Vedlo... ahí está! Es una noche de Octubre: las tinieblas reposan sobre la faz del Océano, desconocido y pavoroso... lejos, muy lejos quedan las costas de la conocida Europa; la trémula luz de las estrellas oscila en el fondo oscuro del firmamento; en torno de la carabela, que lentamente se balancea sobre las aguas, todo es silencio y calma... Colón, de pie en la proa de la nave, tiene fija la vista en

la oscuridad y el oído puesto atento para sorprender el leve rumor de la fugitiva brisa; cansado está ya de buscar ese mundo misterioso, que parece huir y esconderse delante de él, y que, no obstante, en ese momento se halla, por fin, á corta distancia, pero oculto y escondido tras un denso velo de tinieblas. . . . Colón presiente que se encuentra muy próximo á ese mundo desconocido, que, como á tientas, por la inmensidad del Océano ha venido buscando: su corazón le avisa que está ya frente á la tierra americana, y aguarda, inquieto é impaciente, que brille la luz del nuevo día en el horizonte. . . . Al rayar la aurora, principia á aparecer poco á poco el Nuevo Mundo, como si en ese mismo instante fuera surgiendo lentamente del fondo de las aguas del Océano. ¡Qué hora tan solemne aquella para el corazón del gran hombre! Dentro de poco tiempo, ¡cuán otro no será el mundo!. . . . Pueblos americanos! ¡Naciones de Anáhuac! ¡Hijos del Sol! ¡Tribus del Orinoco, del Paraguay, del Amazonas, que dormís el sueño secular de la idolatría, ¡oh! despertad, porque la hora de salud ha sonado ya

para vosotros. . . . ¡Oh América! yo te contemplo en esas remotísimas edades, cuando humana planta aún no había hollado tu suelo virginal; ignorada entonces del hombre, presente sólo á los ojos de tu Orador, las olas del Océano, yendo y viniendo en incesante agitación, golpeaban tus costas y su monótono bramido era el único himno que entonabas al Eterno, acordándolo con el horrendo trueno de tus volcanes! ¡Qué pueblos, cuántas naciones viste formarse y desaparecer en tu seno! ¡Qué de siglos pasarían hasta que brilló para tí la hermosa luz del Evangelio! En vano, para esconderte á las ávidas miradas del europeo, extendió el piélago borrascoso sus inmensas olas entre tí y el viejo mundo, pues esas mismas olas tuyas, cantando tus alabanzas, murmuraron un día tu nombre en las playas lusitanas; lo oyeron el genio y la osadía, y, al punto, se lanzaron á buscarte. ¡Oh! si, al arrancarte á las olas del Océano, no te hubiesen tan bárbaramente ensangrentado!

Un viernes, doce de Octubre de 1492, como á las diez de la mañana, se acercaba á las playas americanas la navecilla en

que venían con el Descubridor del Nuevo Mundo los primeros europeos que pisaron el suelo americano. Vestido de gala el inmortal Cristóbal Colón saltó en tierra, tremolando en sus manos el estandarte de Castilla, y, puesto de rodillas, con los ojos humedecidos en lágrimas, besó el suelo del Nuevo Mundo, que acababa de descubrir.

La Cruz llegó también entonces á América. . . . ¡La Cruz! Bien venida sea al mundo americano! Donde ella se presenta, allá va la civilización; de donde ella se retira, de ahí se ahuyenta también la civilización.

Retrocedamos con la imaginación hasta esos tiempos de ahora cuatrocientos años, cuando la América, recién descubierta por Colón, se presentaba á las atónitas miradas de los europeos, con su naturaleza y habitantes hasta entonces enteramente desconocidos. La imaginación caballeresca de los españoles fantaseaba á sus anchas con hazañas de valor y de gloria que podían llevarse á cabo en un mundo, donde lo ignorado aumentaba lo maravilloso: la ambición se contemplaba saciada por fin con

riquezas, cuya realidad excedía á las exageraciones de la fama; los sabios hallaban espacio vasto para sus investigaciones y sobrada materia para la meditación en ese mundo, que, aparecido derrepente y como por encanto, había trastornado todos los sistemas de la ciencia; y la Iglesia católica encontraba un dilatadísimo campo, donde ejercitar su celo y caridad.

La Iglesia católica, la primera para el trabajo y la postrera para el descanso, halló en la América, recién descubierta, salvajes, á quienes convertir; bárbaros, á quienes civilizar; conquistadores, cuyos instintos crueles humanizar; pueblos innumerables, á quienes defender, instruir y consolar; y convirtió al salvaje y civilizó al bárbaro y dulcificó el fiero corazón del conquistador y defendió, instruyó y consoló á los pueblos, que la terrible espada del castellano borraba ó hacía brotar de la haz de la tierra.

Para juzgar con acierto acerca de la conquista, tal como la llevaron á cabo en América los españoles, conviene considerarla desde un elevado punto de vista. Según las doctrinas de aquella época sobre la jus-

que venían con el Descubridor del Nuevo Mundo los primeros europeos que pisaron el suelo americano. Vestido de gala el inmortal Cristóbal Colón saltó en tierra, tremolando en sus manos el estandarte de Castilla, y, puesto de rodillas, con los ojos humedecidos en lágrimas, besó el suelo del Nuevo Mundo, que acababa de descubrir.

La Cruz llegó también entonces á América. . . . ¡La Cruz! Bien venida sea al mundo americano! Donde ella se presenta, allá va la civilización; de donde ella se retira, de ahí se ahuyenta también la civilización.

Retrocedamos con la imaginación hasta esos tiempos de ahora cuatrocientos años, cuando la América, recién descubierta por Colón, se presentaba á las atónitas miradas de los europeos, con su naturaleza y habitantes hasta entonces enteramente desconocidos. La imaginación caballeresca de los españoles fantaseaba á sus anchas con hazañas de valor y de gloria que podían llevarse á cabo en un mundo, donde lo ignorado aumentaba lo maravilloso: la ambición se contemplaba saciada por fin con

riquezas, cuya realidad excedía á las exageraciones de la fama; los sabios hallaban espacio vasto para sus investigaciones y sobrada materia para la meditación en ese mundo, que, aparecido derrepente y como por encanto, había trastornado todos los sistemas de la ciencia; y la Iglesia católica encontraba un dilatadísimo campo, donde ejercitar su celo y caridad.

La Iglesia católica, la primera para el trabajo y la postrera para el descanso, halló en la América, recién descubierta, salvajes, á quienes convertir; bárbaros, á quienes civilizar; conquistadores, cuyos instintos crueles humanizar; pueblos innumerables, á quienes defender, instruir y consolar; y convirtió al salvaje y civilizó al bárbaro y dulcificó el fiero corazón del conquistador y defendió, instruyó y consoló á los pueblos, que la terrible espada del castellano borraba ó hacía brotar de la haz de la tierra.

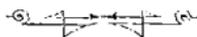
Para juzgar con acierto acerca de la conquista, tal como la llevaron á cabo en América los españoles, conviene considerarla desde un elevado punto de vista. Según las doctrinas de aquella época sobre la jus-

ticia social, los españoles creían que tenían justo derecho para conquistar todo pueblo que no profesase creencias cristianas, sujetándolo por la fuerza, si de buena voluntad no reconocía el dominio del Monarca de Castilla. En el ánimo de los conquistadores no cabía, pues, duda ninguna sobre la justicia de la conquista. Los crímenes que cometieron, al ponerla por obra, fueron contra el linaje humano y no solamente contra una tribu de indios ó una nación bárbara. De la conquista podrán excusarse con la buena fe en doctrinas enseñadas entonces generalmente como verdaderas; pero de los crímenes que cometieron contra la desventurada raza india no podrán excusarse jamás; porque el robo, los asesinatos, el adulterio, la traición, la lascivia y todo ese aparato de fuerza é inmoralidad, que se apellidaba pacificación, no podrá en ningún tiempo dejar de ser crimen execrable. Sí, crímenes se cometieron; ¿cómo negarlo?... Cuando consideramos lo que fue la conquista, no podemos menos de exclamar con gemidos ¿por qué, en vez de soldados feroces y sanguinarios, no vinieron á América solamen-

te sacerdotes pacíficos y virtuosos? ¡Ah! entonces, si alguna sangre se hubiera derramado en la conquista de América, habría sido la sangre de los misioneros; entonces la conquista habría sido la victoria de la civilización sobre la barbarie, y no el destrozo violento de naciones indefensas. . . . Pero los conquistadores, esos hombres extraordinarios, de alma indomable y de férreo corazón, por lo común ignorantes, dominados por fuertes pasiones, creyentes fervorosos, leales hasta el heroísmo, con la fogosa imaginación española henchida de recuerdos caballerescos, cuando estaba viva la memoria de las guerras que por ochocientos años habían sostenido contra los Arabes, opresores de su patria y enemigos de su fe: ¿cómo era posible que acertaran á contenerse dentro de los límites de lo justo en las guerras de la conquista, cuando en los indios veían no sólo al enemigo á quien era preciso domear, sino también al infiel, supersticioso y adorador del demonio? Cómo hubieran podido discernir lo justo de lo injusto unos soldados valientes, eso sí, envejecidos en los campos de batalla y diestros

sólo en manejar la espada, cuando los sabios de aquella época encanecidos en el estudio, maestros de los pueblos, consejeros de los reyes, sostenían como verdades indudables, errores manifiestos? La imparcialidad exige que juzguemos sin pasión: los conquistadores de América deben ser juzgados según la época en que vivieron.

Amamos la España sabia, heroica y, sobre todo, católica; pero detestamos la España cruel y descreída: la España, de los misioneros, la España de los santos es admirable; la España de los conquistadores, la España de los encomenderos sería indigna hasta de un recuerdo en la historia, si á la historia le fuera lícito guardar silencio sobre las acciones criminales de los hombres. ¿Cuándo el éxito feliz ha cambiado la moralidad de las empresas humanas?... ¡El crimen no merece más galardón que el vituperio!



## CAPITULO SEGUNDO

### FUNDACIÓN DE LA IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

Los indígenas en la época del descubrimiento. — Dificultades para la conversión de los indígenas. — Obstáculos para la predicación del Evangelio. — Benéficos resultados de la fundación de la Iglesia en América.

#### I

**P**ARA comprender cómo se estableció la Iglesia católica en el Nuevo Mundo, es necesario tener presente las muchas y variadas circunstancias, que acompañaron á aquel memorable acontecimiento.

La condición natural de la raza indígena, pobladora del continente americano; el estado de barbarie, de salvajismo ó de civilización relativa, en que se encontraban las diversas tribus ó agrupaciones sociales

de la raza vencida y conquistada; las dificultades, que, para la evangelización de los gentiles, provenían ya de las costumbres de ellos, ya de los vicios de los conquistadores; ahora del número escaso de misioneros, ahora de las condiciones físicas de las comarcas americanas. Sin conocimiento claro de todas y de cada una de estas circunstancias, será imposible formar idea exacta del modo como se fundó y estableció la Iglesia católica en América.

En el continente septentrional se encontraba el gran imperio de los Aztecas; y en el meridional, el de los Incas y el de los Chibchas: éstos ocupaban la meseta central de Colombia, y aquellos habían extendido sus conquistas desde el río Mayo al Norte de la línea equinoccial, hasta las provincias septentrionales del caudaloso Plata. Con el imperio de los Aztecas estaban ligadas las belicosas naciones, que habitaban una gran parte de la América Central.—La península de California en Méjico, las selvas trasandinas y las llanuras bañadas por el Meta, por el Orinoco y por el Putumayo y sus afluentes en la América me-

ridional, estaban pobladas por tribus salvajes: los degradados Fueginos acantonados cerca del estrecho de Magallanes, los indomables Araucanos atrincherados en un extremo de Chile, y los vagabundos Patagones dispersos en las pampas argentinas: las diversas variedades de la numerosa familia Caribe esparcidas en el Brasil y en la hoya del Amazonas: los Uros escondidos en las islas del lago de Titicaca y los torpes Botocudos agrupados en las cuencas ardientes del territorio meridional, eran los principales centros de población, que la conquista abrió, en breve tiempo, con la invencible espada castellana, á la luz del Evangelio.

Un designio manifiestamente providencial había ido formando, poco á poco, los tres grandes imperios indígenas en América, el de los Aztecas, el de los Incas y el de los Chibchas: la Providencia divina preparaba el Nuevo Mundo para la predicación del Evangelio, al formar esas tres grandes agrupaciones de la raza indígena, bajo el cetro de un solo monarca.--- La difusión de una misma lengua, la obediencia á un mismo soberano, la uniformidad

en las prácticas de la vida civil y la formación de un solo cuerpo político facilitaban grandemente la enseñanza del cristianismo y el establecimiento de la jerarquía católica en la principal y mejor parte del continente americano.

Esos tres grandes imperios estaban formados de muchas parcialidades indígenas, reducidas á la unidad nacional mediante la fuerza: la ambición de dominio los había formado; y, cuando sonó la hora de la Providencia, llegaron de España los descubridores y los conquistadores: la fuerza chocó con la fuerza, y en ese choque violento, pero corto, sucumbieron los indígenas y vinieron al suelo sus imperios.—De éstos el menos grande era el de los Chibchas: el de Motezuma era el más poderoso, y el de los Incas el de territorio más extenso.

Contribuyó muchísimo, para facilitar la conquista, la invención de la pólvora, mediante la cual pudieron servirse de armas de fuego los conquistadores: la lucha entre la raza indígena americana y la raza conquistadora fue, pues, muy desigual: de parte de los indios no estaba sino el nú-

mero: peleaban casi siempre sin orden, armados de armas de piedra ó de madera, y sus muchedumbres desnudas presentaban un blanco certero á las balas de los españoles: éstos iban guarnecidos con corazas de hierro, cubiertos con yelmos de metal, defendidos por escudos y manejando espadas de bien templado acero. ¿Por cuál de las dos razas había de quedar la victoria?

Derribadas las tres grandes monarquías americanas, comenzó la obra de la evangelización de los vencidos, la que daba principio bajo muy tristes auspicios para los pobres indios. La Cruz aparecía entre el humo del combate: la Religión cristiana era la religión del conquistador: cambiando de creencias religiosas, mudaban también de servidumbre y sobre sus cuellos es cierto, que no pesaría ya el yugo de los hijos del Sol, pero, no por eso dejaría de oprimirlos el de los conquistadores y el de los encomenderos, en ocasiones mucho más pesado que el de sus antiguos soberanos. El momento histórico, en que se presentaba la Iglesia católica en América, no podía, pues, ser favorable para la evangelización de la raza indígena,

la cual pasaba, de repente, de la vida idólatra á la vida cristiana: la conversión de los aucianos y de los adultos vencidos ¿sería espontánea? ¿sería sincera?... .

## II

El indio, en la nueva religión, que se lo predicaba, ¿no vería la creencia del odiado conquistador?... . Esas muchedumbres de indios, que recibían, con sumisión, las aguas del Bautismo ¿habían alcanzado á entender bien la nueva religión, que, por medio de intérpretes, nada diestros, se les había no diremos enseñado, sino casi impuesto por miedo? La conversión de los aterrados indios, ¿no sería un arbitrio, de que los cuitados se valían, para ponerse á cubierto de las violencias, de los atropellos y de las crueldades de los conquistadores?... . Un siglo después de la conquista del Perú, se reconoció que los indios, aunque bautizados, eran todavía tan paganos y tan idólatras, como en tiempo de los Incas: acababa de terminar el apostolado

de Santo Toribio de Mogrovejo, y la idolatría de los indios retoñaba con todo vigor!

La contradicción entre la moral, que predicaban é inculcaban los misioneros, y las costumbres de los blancos era otro gravísimo obstáculo para que la Religión católica fuera bien aceptada por los indios: ¿cómo se habían de convencer éstos de la verdad de los dogmas revelados, viendo la libertad de costumbres y la desenvoltura con que vivían los extranjeros, recién llegados á la tierra americana? ¿Cómo se habían de persuadir de la caridad fraterna las víctimas desgraciadas de la conquista?... Moteczuma rehusó aceptar el bautismo, á pesar de las instancias y de los ruegos de Hernán Cortés.—Un cacique, en la isla de Cuba, prefirió morir quemado vivo, á fuego lento, antes que ser bautizado. Esc cielo, á donde iré, si me bautizáis, es también para vosotros los conquistadores? preguntó el infeliz, amarrado ya en la hoguera; y, como le respondieran que sí, rechazó el bautismo, exclamando: «No quiero ir á donde van también mis enemigos!» ¿Cómo habían de amar los indios la reli-

gión de sus conquistadores? — En ninguna época, en ningún lugar, se fundó la Iglesia de Jesucristo en circunstancias tan desfavorables para la predicación del Evangelio, como cuando el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo.

Los indios eran echados al laboreo de las minas, para lo cual se los arrancaba cruelmente de sus hogares y se los transportaba á comarcas distantes y malsanas, y allí perecían á centenares, lejos de sus mujeres y de sus hijos: ¿quién los oprimía de ese modo? La misma autoridad, que, en nombre de la Religión católica, les exigía obediencia, sumisión y vasallaje. ¿Podría ser amable para los míseros indios esa religión? ¿Por ventura, eran ellos capaces de discernir entre los abusos de la autoridad y las enseñanzas de la moral católica, para hacerse cargo de la santidad de la Religión, que el misionero les predicaba?

La predicación misma tropezó, al principio, con obstáculos insuperables: el primero fue la extremada escasez de operarios evangélicos, y el segundo la ignorancia del idioma de los indios. ¿Qué podía

hacer un religioso, aislado en medio de millares de infieles, cuya lengua le era del todo desconocida? Los intérpretes, como Polipillo, (que tan feamente célebre se hizo, en Cajamarca, cuando la captura de Atahualpa), eran muchachos rústicos y sin la suficiente instrucción en la lengua castellana, y, por lo mismo, incapaces de traducir á los idiomas de los indios las enseñanzas cristianas, de suyo muy elevadas y muy abstractas. Los idiomas americanos son pobres, y hasta los más perfectos como el quichua del Perú y el azteca de Méjico, carecen absolutamente de voces adecuadas para interpretar los términos de que nos servimos en castellano para expresar, con la debida exactitud, los dogmas revelados. ¿Cómo sería, pues, no diremos fácil, sino posible evangelizar, por medio de intérpretes, á las muchedumbres indígenas en los primeros años que siguieron á la conquista? Casi dos siglos más tarde, bajo el reinado de Carlos segundo, el último de los monarcas españoles de la casa de Austria, todavía se discutíó detenidamente en el Real Consejo de Indias la cuestión relativa á la idoneidad de los idio-

mas de América para la explicación de la doctrina cristiana; y, después de consultas prudentes y serias deliberaciones, se resolvió, que se les obligara á todos los indios á aprender la lengua castellana, á fin de que, andando el tiempo, llegara á ser ésta la lengua materna de todas las poblaciones hispano-americanas, porque ninguno de los idiomas de los aborígenes era á propósito para la explicación de la Religión cristiana. Medida sabia y de veras civilizadora: si ella se hubiera puesto en práctica, se habría formado de todas las colonias un pueblo homogéneo, y no hubieran quedado, como están hasta ahora casi en todas las Repúblicas, dos pueblos mezclados y dos razas una en frente de otra, dificultando el progreso de la civilización.

A estas causas, que hacían muy difícil la evangelización de los indios en los tiempos que siguieron á la conquista, añadamos el carácter mismo del indio, taciturno por naturaleza, desconfiado, disimulador, inactivo, indolente y refractario á toda mudanza en su género de vida. Agachaba la cabeza para recibir las aguas del

bautismo cristiano ¿pero en su interior aceptaba de corazón la nueva creencia que le había explicado el misionero?... Acudía al templo católico recién construido ¿pero, estaba ahí con su espíritu? Su costumbre ¿no le arrastraba al adoratorio secreto, donde tenía escondidos sus queridos ídolos?... Hacía fiestas á los santos, celebraba los misterios cristianos ¿pero, cómo los celebraba? Sus fiestas ¿no eran sus mismas antiguas supersticiones gentílicas, con que honraba, á su manera, la sucesión natural de las estaciones del año?... Manifestaba devoción á ciertas imágenes sagradas; pero en el culto que les tributaba ¿no había más bien superstición grosera que fe sencilla?... La conversión de los aborígenes americanos al cristianismo fue obra difícil, empresa ardua y punto menos que imposible realizar con buen éxito humanamente considerada.

## III

Sin embargo, la dominación española y la fundación de la Iglesia católica, á pesar de tantos obstáculos, produjeron grandes beneficios á las naciones americanas. En efecto, la mejicana, que era la más poderosa y la más adelantada en cultura social, era al mismo tiempo la más bárbara, la más salvaje en religión: sus sacrificios de víctimas humanas eran tan numerosos y tan sangrientos, que causaban horror á los mismos indígenas, los cuales vivían amargados con el espectáculo del culto abominable, que tributaban á sus dioses: sus sacerdotes, desgreñados, medio desnudos, siempre sucios de sangre humana, duros de ontrañas, avezados á dar la muerte á las víctimas, arrancándoles el corazón, estando todavía vivas: sus templos nauseabundos, hediondos, encharcados de ordinario en sangre caliente: sus ídolos, feos á la vista, deformes y emporcados con

la sangre de las víctimas: la agonía angustiosa de los infelices, que, inmediatamente después de arrancarles el corazón, eran arrojados á puntapiés por las escaleras del templo ó pirámide sagrada: esos banquetes horripilantes, en que todos, sentados á la redonda, se hartaban de carne humana, comiéndose los cadáveres de los que habían sacrificado. . . . ¡Ah! el culto, la religión de los mejicanos eran detestables!! . . . Llegó, por fin, la hora de la Providencia, y la Cruz redentora protegió con su sombra pacífica á las naciones mejicanas, causadas de su culto, hastiadas de su religión, desesperadas de sus sacrificios! . . . Cesaron las guerras de un pueblo contra otro pueblo, mantenidas para proveer de víctimas humanas á sus ídolos aborrecidos.

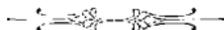
En el Perú, en el dilatado imperio de los Incas, había también sacrificios humanos: no hay como negarlo. No obstante, en estas partes de la América Meridional la raza americana estaba algo más suavizada, que en Méjico: las supersticiones eran groseras, las creencias absurdas, las prácticas religiosas hasta asquerosas entre algunas tribus de la región interandina,

pero no tenían esa pasión, esa especie de furor por los sacrificios sangrientos de víctimas humanas, que choca tanto en los mejicanos:— En el Perú la predicación evangélica influyó en las costumbres, y poco á poco fue transformando á los indios, inspirándoles sentimientos nobles, aprecio de sí mismos y estima de la dignidad humana.

¿Cuál habría sido la suerte de las gentes americanas entregadas á sí mismas, si la Providencia no las hubiera contenido en esa pendiente de sangrienta degradación, por donde se iban precipitando rápidamente? ¿Qué hubiera sido de los mejicanos, insaciables en derramar sangre humana en holocausto á sus inmundas divinidades? ¿En qué excesos de crueldad no solían caer los Incas con las naciones, que les oponían resistencia y á quienes lograban vencer?... Las pasaban á cuchillo, las exterminaban sin piedad!... Estos hechos no se pueden negar: los ha narrado hasta el mismo Garcilaso, en sus apasionados anales de sus regios progenitores. En buen hora para las naciones indígenas amaneció la luz del Evangelio, con la cual

no podía menos de rayar para ellas la aurora de la verdadera civilización.

ADVERTENCIA.— Este asunto no está completo; lo que hemos podido escribir es sólo una parte de él.— Queríamos hablar de la erección de obispados en la América española, y de los benéficos resultados, que para la causa de la civilización produjo esa medida, la cual se debió al celo de los Reyes Católicos, del Emperador Carlos Quinto y de Felipe segundo: al finalizar el siglo décimo sexto estaban ya erigidas y organizadas varias provincias eclesiásticas y se habían celebrado concilios provinciales en Méjico y en Lima, y sinodos diocesanos en las principales ciudades episcopales de la monarquía hispano-americana. De este punto y de otros debíamos haber hablado para completar el asunto relativo á la fundación de la Iglesia católica en la América española.





## CAPITULO TERCERO

### MISIONES

Los misioneros en América. — El apostolado católico. — Establecimiento de las misiones. — Carácter del salvaje. — Sacrificios heroicos de los misioneros. — Obstáculos para la conversión de los indios. — Las reducciones del Paraguay. — Gran número de misioneros. — Filósofos y misioneros.

#### I

**U**NA de las pruebas de divinidad que tiene el cristianismo es la enseñanza pública y universal de su doctrina. Los otros cultos ó han sido propios solamente de una raza, como el mahometismo, ó han permanecido encerrados dentro del estrecho recinto de una provincia, como el budismo, ó eran conocidos exclusivamente de una casta ó sociedad privilegiada, como suce-

día con las doctrinas ocultas del Egipto, de Grecia y de la misma Roma. Para el cristianismo, empero, no hay ni ha habido nunca distinción de razas, ni diversidad de naciones, pues para Jesucristo todos los hombres no forman sino una sola y gran familia con un solo Padre, que es el mismo Dios, que está en los cielos. A ningún filósofo antiguo se le ocurrió jamás salir por el mundo, abandonando todas sus comodidades, á enseñar á los pueblos la unidad de Dios y la inmortalidad del alma, verdades religiosas que los filósofos conocían muy bien, pero que nunca se tomaron el trabajo de enseñarlas á los demás. En las Escuelas, aquellas grandes verdades eran temas para discursos, alguna vez, elocuentes; en las prácticas ordinarias de la vida el filósofo era tan supersticioso como el más ignorante vulgo.

No así la divina enseñanza del cristianismo. Id y enseñad á todas las naciones, dijo un día Jesucristo á sus doce pobres pescadores del mar de Galilea. Id y enseñad. . . . ¿á quién? *omnes gentes*, á todas las naciones! . . . y qué les mandaba enseñar? La buena nueva, el Evangelio de la salvación

eterna... Nada de cuanto yo os hubiere enseñado, añadió el Divino Maestro, nada tendréis oculto: lo que se os ha dicho en secreto predicadlo públicamente. Recibido el precepto de evangelizar á todo el mundo, los Apóstoles de Jesucristo partieron sin tardanza á predicar la buena nueva. Hubierais visto cómo esos doce pobres galileos iban á la conquista de todo el mundo, sin más armas que su palabra, con el fin de enseñar al esclavo, á la mujercilla, al niño, al griego, al bárbaro, al romano, lo que no supieron ni Platón, el divino, ni Sócrates, el mejor de los sabios de la antigüedad

Cuando Jesucristo mandó á sus discípulos ir por todo el mundo á enseñar á todas las gentes, entonces fundó el apostolado católico, misión permanente que debe durar mientras en la tierra haya hombres á quien predicar la verdad. Por esto, no ha habido nación civilizada, ni bárbara, pueblo remoto, tribu inhospitalaria, ni cabaña de salvajes, donde no se hayan presentado los apóstoles del cristianismo á cumplir el precepto del Divino Maestro.

En América los vemos llegar al mismo tiempo que los conquistadores; éstos penetran hasta lo más remoto y escondido del Nuevo Continente; lo exploran en todas direcciones, pero les falta la constancia y el valor les abandona allí donde la tierra no ofrece señales de ricos venenos; el sacerdote se adelanta y reconoce las comarcas donde el conquistador no se resuelve á penetrar, porque el tesoro del sacerdote son las almas. La España envía al Nuevo Mundo sus huestes aguerridas de conquistadores, pero ella misma derrama también sobre él sus pacíficas legiones de apóstoles: nube benéfica que trae frescura y abundancia á una tierra árida y desolada. Tras el conquistador allí está el misionero. Con Cortés van á Méjico, con Pizarro vienen al Perú, con Quezada penetran en Cundinamarca, con Ponce de León abordan á la Florida, con Valdivia parten á Chile, y con Benalcázar llegan á la tierra ecuatoriana.

Dos clases de misiones fundaron en América los sacerdotes; pues, mientras unos se consagraban á instruir á los indios que vivían formando pueblos, como en Méjico

y el Perú, otros, internándose en los bosques, se ocupaban en convertir las tribus errantes de salvajes. Méjico en su vasta extensión tocó en suerte á los Franciscanos, que fueron allá llevando por superior de ellos al virtuoso Padre Valencia. El gran Cortés salió á recibirlos y les saludó hincadas ambas rodillas en tierra, para dar ejemplo de reverencia á los indios, que contemplaban aquella escena llenos de admiración.

Las Antillas, el Perú y gran parte de Colombia evangelizaron los Dominicos; los Padres de la Merced acudieron temprano á la obra de la conversión de los indios en Centro-América y en Chile; los Agustinos vinieron á colaborar también en la tarea evangélica, fundando conventos en las colonias, y, por fin, los Jesuitas, que llegaron en último lugar, se consagraron de una manera admirable á la conversión de las tribus salvajes en el Amazonas, en el Orinoco, en el Paraguay, en los llanos de Casanare y en entrambas Californias; así es que un siglo después de descubierta la América no había lugar alguno de ella que no hubiera sido visitado por los misioneros.

Ponderar los obstáculos que hubieron de vencer, los sacrificios heroicos que consumaron y la paciencia con que soportaron fatigas y contradicciones, sería imposible. Los indios odiaban de muerte á los españoles; éstos habían sido los destructores de sus imperios, los que habían dado muerte á sus reyes, los que andaban desolando sus provincias: la Religión cristiana era para los indios la religión de sus opresores; si los misioneros les predicaban la práctica de las virtudes cristianas, la vida licenciosa de los conquistadores, que profesaban las mismas creencias religiosas, destruía toda la enseñanza del misionero. El cristianismo fue anunciado á los indios entre el estrépito de las armas, y el fragor de los combates, y en la mente de ellos la predicación de la Religión cristiana estaba unida con los tristísimos recuerdos del hundimiento de sus imperios, de la trágica muerte de sus monarcas y de la pérdida de su patria y hasta de su misma lengua. ¿Qué amor á la Religión podía inspirar á los Incas, por ejemplo, la muerte sangrienta de Atahualpa? ¿Cómo podían amar los pobres y desventurados indios la Religión de

los que les arrebataban sus mujeres, les cargaban de cadenas ó los hacían despedazar con perios de presa? ¡Oh! Conquistadores, no os llaméis cristianos! . . . ¡Religión santa de Jesucristo, perdonad tantos ultrajes!! . . . Pero: basta! . . . ¿Por qué la lengua se desata en amargas reerimaciones? ¿No sería más justo estudiar la historia de la Conquista con un criterio helado y sereno, á la luz de la moral católica, teniendo muy en cuenta todas las circunstancias de ese magno y complejo acontecimiento? . . . Día llegará cuando así sea estudiado: nosotros ya, dos veces, en este discurso hemos deplorado, repitiéndonos, cuán tristes fueron las circunstancias, que acompañaron á la predicación del Evangelio á las naciones indígenas del Nuevo Mundo.

## II

Sigamos al misionero y contemplémosle ocupado en la conversión del salvaje. ¡Cuántas y cuán terribles pruebas tenía que soportar su paciencia! Después de ha-

berse internado en las selvas, cruzado desiertos, vadeado ríos caudalosos, trepado por rocas inaccesibles, llegaba al fin á la cabaña del indio. Feroz y desconfiado el hijo de las selvas, muchas veces rebazaba con rústico desdén al misionero. El salvaje no es, como pretendieron los incrédulos del siglo pasado en sus delirios filosóficos, el hombre primitivo, sino el hombre degenerado, envilecido, el hombre, que, descendiendo al último escalón de la vida racional, manifiesta de un modo triste pero evidente los estragos causados en la obra de Dios por el pecado original. El salvaje tiene por patria el desierto; flechas y arco, por tesoro; brío en el corazón, audacia en la mirada, planta ágil como la del ciervo: la negra y destrenzada cabellera ondea al viento, cuando se lanza á perseguir á las fieras en los bosques, y en el desnudo cuerpo resaltan los nervudos miembros, señales de fuerza y de vigor; en desigual combate lucha con el tigre, terror de las selvas, y lo vence: embarcado en su frágil piragua se burla del cocodrilo, que le acecha bajo las aguas de los ríos: una vez dueño de su presa, ni el pasado le afli-

ge con importunos recuerdos, ni el porvenir le espanta con funestos presentimientos: cándido como niño, los sueños le asustan y en el leve ruido de las bojas que arrastra el viento se imagina percibir misteriosos murmullos de no sé qué cosa sobrenatural que no comprende; su ley, su capricho; su gloria, la venganza; aunque nunca ha saboreado las dulzuras del amor, experimenta el furor de los celos: la vida social exige sacrificios y por eso la detesta; su cuerpo respira el aire del desierto y su alma se marchita privada de libertad, porque el salvaje no tiene más pasión que la de la independencia. Necesaria era pues toda la constancia y santa tenacidad de un apóstol, para lograr hacer de aquel hombre degradado un miembro de la sociedad y un discípulo de Jesucristo.

Para esto el misionero vivía en la cabaña del salvaje, le acompañaba en sus correrías, dándole gusto en sus caprichos, procurando adivinar sus deseos á fin de ganarle la voluntad, sirviéndole en todo, imitando hasta sus groseros y muchas veces ridículos modales, para cautivarle el corazón é inspirarle confianza. El salva-

je es enemigo del trabajo, casi no conoce la vida doméstica: por esto el misionero labraba él mismo en persona la tierra, arándola y desherbándola para aficionar al trabajo á los indios y estimularlos con su ejemplo; pero sucedía muchas veces que los salvajes ó se estaban quietos é indolentes mirándolo con desdeñosa indiferencia, ó arrebataban las semillas, recién sembradas, para comérselas á la vista misma del misionero; porque el salvaje es el hombre eternamente niño; para él no hay crecimiento en las virtudes sociales.

Por complacer con el indio, el misionero coronaba su cabeza con el vistoso plumaje de los indios de la Luisiana ó se engalanaba con los rústicos adornos de las tribus belicosas del Ucayali y del Brasil. ¡Cuántas industrias santas é ingeniosas no empleaban los misioneros para convertir al salvaje! De noche, cuando todo el desierto estaba en silencio, mientras la Luna, recorriendo lánguidamente el firmamento, alumbraba con apacible y melancólica luz los bosques vírgenes del Paraguay; cuando ni el murmullo del insecto ni el canto de las aves interrumpía la majestuosa cal-

ma de la soledad, los misioneros en su pequeña barquilla descendían mansamente por las tranquilas aguas del río, modulando tiernos sonos con la flauta agreste y entonando himnos al Señor; himnos sagrados que resonaban por la primera vez en el fondo de las selvas de América. Los salvajes, amantes de la música y del canto, acudían solícitos á escuchar esa nueva y para ellos nunca oída armonía; se aficionaban á los Padres, los seguían y de esta manera principiaban á frecuentar poco á poco su compañía. ¡Oh! y qué escenas tan tiernas y encantadoras no presenció entonces el suelo americano! La tosca Cruz de la misión se alzaba en medio de los campos: delante de ella el sacerdote del Señor, voluntariamente desterrado de su patria, erigía, con piedras rústicas y césped de los prados, un altar, agreste y sencillo, cual lo solían levantar Abel y los patriarcas en las cercanías del Edén; y allí, con el desierto inmenso por templo, el firmamento por dosel, sin más música que el mauso ruído del viento que agitaba al pasar las hojas de los árboles, sin más himnos que el canto agreste de las aves del vecino bos-

que, cuando en el lejano horizonte la plácida claridad de la aurora principiaba á ahuyentar las sombras de la noche; se preparaba á ofrecer el adorable sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo, á fin de que los rústicos hijos de las selvas, agachada hasta el polvo la indómita serviz, adorasen entonces, por la primera vez, á su Criador! ¡Oh!, exclamaremos con el autor del *Genio del Cristianismo*, oh encanto de la Religión! ¡oh magnificencia del culto cristiano!! . . . .

¡Y qué duros y cuán penosos sacrificios no había costado al misionero labrar ese ingrato terreno, donde, apenas cosechado el primer fruto de sus fatigas, había de ver disiparse como un sueño la principiada cristiandad! Desde el otro hemisferio había venido en busca de aquellos indios, que, sin más ciencia que el instinto de su propia conservación, volubles ó inconstantes, hoy escuchaban atentamente las enseñanzas del misionero, y al día siguiente empuñaban de nuevo su arco y volaban al desierto para no volver jamás. Y ¿cómo hacer comprender á los salvajes las enseñanzas de la Religión cristiana? ¿cómo explicarles sus misterios?

sublimes, cuando el ingenio grosero del salvaje no tenía más ideas que las de su vida de todo en todo mezquina y envilecida? ¡Cuánta pobreza de ideas! Cuánta escasez de palabras para expresar lo abstracto y sobrenatural en idiomas imperfectos y caprichosos, propios de pueblos sin ninguna cultura intelectual!

Mas no vayamos á creer que el misionero coronaba su obra cuando conseguía bautizar al salvaje, no: entonces tenía que interponerse entre sus mismos compatriotas, duros y codiciosos, y los neófitos, débiles y desvalidos: el misionero debía defender á sus neófitos de la rapacidad y tiranía de los colonizadores. ¡Ah! cuán tristes recuerdos no nos ha conservado la historia de la sacrílega oposición que hicieron los primeros colonos á la civilización del salvaje! ¡Quién lo creyera! Entonces como ahora el hombre blanco, el hombre civilizado, con su trato era un grave impedimento para la completa educación de los indios en la vida cristiana!

Cuántas otras veces, después de haberse internado con increíbles trabajos en los bosques seculares del Nuevo Mundo, se en-

contraba de repente el misionero perdido, sin camino ni salida, en ese laberinto asombroso de árboles gigantescos, entrelazadas lianas, troncos derribados y parásitas hermosas, que forman un bosque aéreo sobre las ramas de otros árboles! La selva en todas direcciones ostentaba una majestad aterradora, y el solemne silencio, que reinaba bajo el recinto sombrío de aquellos bosques, sólo era interrumpido por el eco lejano de los aullidos de la horda salvaje, acampada á incierta distancia. Una muerte segura á manos de aquellos mismos á quienes había venido á civilizar, he ahí el premio de tantas fatigas para el sacerdote católico! Y ¡qué muerte la que le estaba reservada! Una agonía lenta y dolorosa, atado á un poste, donde se le iban arrancando á pedazos las carnes, para devorarlas á su misma vista: la tardía consumición, expuesto á la llamarada de una hoguera, cuyo fuego atizaba de cuando en cuando el salvaje para oír cómo chirriaban las carnes del mártir, tostadas por el fuego! Otras veces, perdidos en las selvas, eran presa de las fieras ó morían de extenuación y de cansancio: sus huesos yacían

insepultos en la soledad, y pronto, soplando el viento del desierto, los dispersaba, así como al pasar el tiempo iba borrando su memoria, sin dejarles entre los hombres más premio que el olvido.

Sucedía también frecuentemente que los indios despreciaban al misionero ó huían de él sin querer aceptar sus obsequios, porque, como supersticiosos, se recelaban de las dádivas del hombre blanco, teniéndolas en su concepto por funestos encantamientos. Ponderemos, por fin, cuán grandes serían las angustias de los misioneros cuando, después de años de constante trabajo y de inauditos sufrimientos para formar un pueblo ó una misión, veían de repente destruirse para siempre su obra; pues las guerras encarnizadas, que se hacían unas á otras las tribus salvajes, eran uno de los mayores obstáculos para la conservación de las misiones. Plantaba el sacerdote una cruz, en torno de ella poco á poco se iba formando un pueblecillo; y el mismo misionero enseñaba á los indios, dos veces neófitos, del cristianismo y de la civilización, á labrar la tierra y á ejercitarse en aprender las artes necesarias para la vida

social. Cuando he aquí que un día, de súbito, era preciso huír sin saber á dónde, porque los gritos de guerra de los enemigos resonaban allí cerca y urgía ponerse en fuga, abandonándolo todo: la rústica cruz, á cuyos pies habían solido congregarse para oír las primeras instrucciones; el templo, apenas construído, y las sementeras, que pronto debían cosechar. Dando, pues, un sentido adiós á su antigua patria, iban á buscar otra nueva. . . .

Mas ¿qué motivos impelían á estos sacerdotes á sobrellevar tantos trabajos y á consumir tan penosos sacrificios? La gloria? el buen nombre?: y de parte de quién habían de esperar gloria? acaso de parte de los salvajes, que ni aun eran capaces de apreciar el heroísmo de su abnegación? Qué gloria, ni qué aplausos podían esperar de tribus bárbaras, que aborrecían á los extranjeros? Locura parece el decirlo siquiera! . . . Buscaban, talvez, los aplausos del mundo? El mundo ó se compadecía de ellos como de miserables ó los escarnecía como á criminales. Los filósofos, esos árbitros de la opinión pública, sentados á la mesa de juego allá en Europa, apurando

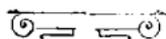
copas rebosantes de vinos generosos y paladeándose con manjares exquisitos, hablaban del atraso y degradación de las tribus salvajes, hacían muy elegantes discursos acerca de la igualdad y fraternidad y se mofaban de los misioneros de América, pintándolos con los más feos colores, para hacerlos odiosos y despreciables. . . . ¿Venían, por ventura, en busca de comodidades? Los misioneros carecían muchas veces de abrigo, en sus largos y penosos viajes dormían á la sombra de los árboles; la humedad y las lluvias destruían sus vestidos, las malezas rasgaban en girones sus pobres hábitos, y á pie, descalzos, cuervados por el calor sofocante, recorrían distancias inmensas. Muchos de ellos, para venir á América, habían sacrificado la patria, siempre querida, las comodidades de familias opulentas, la honra y gloria literarias en academias y colegios, y todos, en fin, el hogar doméstico, que, aunque pobre, no puede nadie olvidarlo jamás.

Dios sabe con cuanto dolor vamos trazando estas líneas. ¡Reducciones del Paraguay, santas misiones del Orinoco, del Amazonas, del Paraná, ya no existís! Ape-

nas sois ahora un recuerdo en la historia. . . . Cuando leemos en Muratori, Chateaubriand, Cantú, Candell y Marschall la descripción de lo que fueron las misiones en América, nos preguntamos á nosotros mismos, ¿esos tiempos habrán pasado para siempre? Aún hay salvajes y muchos é innumerables en América: ¡ojalá el Señor se digné enviarles apóstoles! . . .

Allá, tras la gigantesca cordillera de los Andes, vagan tribus numerosas de salvajes; esos pobres indios son hijos de la Patria, y ¿qué hace por ellos la Patria? ¡Oh! Santa Iglesia católica, extiende hacia ellos tus brazos maternales y recíbelos en tu seno! ¡Oh! cuándo será el día, cuándo, en que todos ellos conozcan á Nuestro Señor Jesucristo. . . . ¡Apóstoles de la Cruz, volad allá, ¿por qué tardáis? . . . El espíritu de sacrificio, ese espíritu que animaba á los antiguos misioneros, ese espíritu os debe animar también á vosotros: si ese espíritu os anima, obraréis las maravillas de celo que ellos hicieron. Enviad, Señor, apóstoles; enviad, Señor, sacerdotes abnegados á esas tribus innumerables de salvajes que no os conocen! . . . Fijemos nuestra vista

en el mundo, ¡cuánta agitación! ¡cuántas empresas! construyen ferrocarriles, fabrican vapores, tienden de un polo á otro hilos telegráficos, levantan máquinas admirables, pero los hombres están olvidados de Dios; no obstante, un día todas esas grandes obras del hombre servirán para llevar á cabo la obra de Dios. Cuando los Romanos construían sus famosas Vías reales, no pensaban que estaban allanando el camino á los Apóstoles. ¿En qué se ocupa ahora el mundo tan olvidado de Dios?... ¡En hacer la obra de Dios!... Construíd ferrocarriles, por ellos pasarán los misioneros; fabricad vapores, para que los apóstoles vayan volando al extremo del mundo; tended hilos telegráficos, para que la voz de los Papas se oiga al instante en ambos continentes, es decir, haced la obra de Dios!





## CAPITULO CUARTO

### LA ÉPOCA DE LOS SANTOS EN EL NUEVO MUNDO

El descubrimiento del Nuevo Mundo: designio providencial en este acontecimiento. — Fundación de la Iglesia católica en el Nuevo Mundo. — La conquista española y la colonización protestante. — La santidad como carácter propio de la verdadera Iglesia de Jesucristo. — Destino sobrenatural de Santa Rosa de Lima y de la Beata Mariana de Jesús: explicación de su género de vida. — San Luis Beltrán y San Pedro Claver. — Apostolado de Santo Toribio de Mogrovejo, Arzobispo de Lima. — Lima ciudad de los Santos. — Los Beatos Juan Macías y Martín de Porres. — El Beato Sebastián de Aparicio en Méjico. — San Francisco Solano, apóstol del Perú. — San Felipe de Jesús, primer mártir americano. — La América tiene necesidad de santos.

### I

**L**A HISTORIA de la Iglesia católica en el Nuevo Mundo reclama un estudio prolijo, hecho con criterio seguro y desapasionado: la acción de la Providencia está visible, y se palpa la mano adorable de

Dios, que dirige y gobierna los acontecimientos humanos, dejando que los hombres obren libremente.

El descubrimiento se verifica en una hora solemne: el sol de la civilización católica que en el viejo mundo parecía que estaba llegando á su ocaso, se levanta radioso sobre el horizonte de los pueblos americanos; y la noche secular de la idolatría se acaba para ellos. El conquistador se lanza en busca de oro: oro es lo que va buscando; pero él mismo se avergüenza de confesar que á sus empresas asombrosas lleva un fin tan poco noble, y protesta que sus intentos son de extender la civilización, abriendo campo á la predicación del Evangelio; y, en efecto, tras el soldado camina el misionero.

La conquista española y la conquista sajona se pueden comparar oportunamente en el continente americano: el conquistador católico no extermina la raza indígena; la conserva, la hace participante de los beneficios de su civilización; investiga, con curiosidad, sus tradiciones; admira sus artes, y no se desdeña de mezclar con ella su misma sangre: el conquistador protes-

tante no le da á la raza indígena el abrazo fraternal de la caridad evangélica: la persigue, la acorrala y la extermina. — En las colonias hispano-americanas aún vive el indio: en las comarcas anglo-americanas ha desaparecido ya ó está próximo á desaparecer.

Una vez fundada la Iglesia católica en América, quiso Dios poner al establecimiento de élla en el Nuevo Mundo el sello de su aprobación providencial. La Iglesia fundada en América ¿era la verdadera sociedad religiosa, que, para tributar al verdadero Dios el culto con que Dios quiere ser adorado, había establecido en la tierra el Redentor del linaje humano? Dios mismo se encargó de responder á esta pregunta: habló, con el lenguaje, en que su providencia sobrenatural extraordinaria suele darse á entender á los hombres. La Iglesia produjo en América frutos de santidad, manifestando así que era la verdadera Iglesia de Jesucristo, santa y eugendradora de santos: santa, con esa gracia fecunda de santidad, que infunde en ella Jesucristo, su cabeza invisible.

En esta cualidad, en esta dote de la Iglesia, debemos distinguir dos intentos de la Providencia: hay almas justas, cuya santidad no está predestinada para destino ninguno social: se perfeccionan en silencio, sin que ninguna gracia extraordinaria manifieste á los hombres el favor de que gozan para con Dios. Sus valimientos son secretos, están ocultos á la vista de los hombres, y los conoce solamente el Todopoderoso. Estas almas influyen calladamente, mediante el ejemplo de sus virtudes.

Hay otras almas, que son testimonio viviente de la santidad de la Iglesia: influyen no sólo con su ejemplo, sino mediante las gracias extraordinarias, de que la Providencia les adorna, haciéndolas instrumentos suyos, para la realización de sus designios misericordiosos, en un tiempo preciso y en una nación determinada. Llega la hora de Dios, y aparecen los santos: en sus manos ha puesto el Cielo un poder sobrehumano. ¿Qué son en la Iglesia de Dios? ¿Cuáles son los fines, con que la Providencia los envía al mundo?

El príncipe de los Apóstoles, San Pedro, da á la gracia santificante un calificativo, muy digno de ponderación, la llama multiforme. *Multiformis gratia Dei*. La santidad, considerada en su esencia, es una sola; pero la gracia le suele infundir una muchedumbre innumerable de formas variadas, dando, de ese modo, á la santidad una fisonomía sobrenatural, con la cual los santos se distinguen unos de otros.

Aunque todos los rasgos, con que se caracteriza la fisonomía sobrenatural de los santos, sean muy hermosos, con todo, no hay otro tan divinamente hermoso como aquel, con que la Providencia los marca, para constituirlos en víctimas expiatorias de los crímenes y escándalos de los pueblos.— El Hombre-Dios es el ejemplar y el modelo de toda santidad; y la condición, que resalta más en el Redentor, es su condición de víctima voluntaria, inmolada á la justicia divina, para la salvación del linaje humano; la santidad con el carácter distintivo de víctima es lo que asemeja más á los santos á Jesucristo.

El Altísimo saca de los tesoros de su bondad inagotable almas extraordinarias,

las previene con auxilios especiales, y conserva en ellas incontaminada su inocencia; las llena de su gracia, el fuego del amor divino las abrasa y consume en ellas la escoria de la debilidad humana, ó iluminadas con abundancia de luz sobrenatural, conocen á Dios, y se sienten cautivadas por los hechizos inefables de la santidad divina. El conocimiento de Dios les infunde fortaleza, para sacrificarse voluntariamente: por una parte, las tiene arrobadas lo soberano de la amable majestad del Criador; por otra, la nada de la criatura las humilla y confunde: comparan el amor, con que Dios debe ser amado por sus criaturas, con las ofensas, que éstas se atreven á irrogar á su Criador; y el ansia de la inmoción las estimula. ¡Cómo anhelan reparar las injurias hechas á Dios! ¡Cuánto les atormenta la insensatez de los hombres, que se atreven á revelarse contra Dios! . . . Toman voluntariamente sobre sí mismas la responsabilidad criminal de los pecadores, y, entregándose, con generosidad, al dolor, se sacrifican por la gloria divina: el mundo no entiende estos secretos del amor divino, y queda descon-

certado, sin acertar á explicarlos. — Este carácter de víctimas es lo que, según nuestro juicio, distingue la santidad de las dos insignes vírgenes americanas, Santa Rosa de Lima y la Bienaventurada Mariana de Jesús.

Si estas dos santas vírgenes no se consideran como víctimas providenciales, predestinadas por Dios para la salvación de los pueblos americanos, confesamos, ingenuamente, que para nosotros la vida de la Rosa de Lima y de la Azucena de Quito, son un enigma pavoroso. — ¿Cómo explicar esa mortificación corporal, tan horripilante, de ambas santas? . . . Sin duda ninguna, esa mortificación, fue inspirada por el Espíritu Santo; y el mismo Divino Espíritu, que se la inspiró, les comunicó fortaleza para practicarla: pondéremos lo asombroso de esa mortificación, y la constancia admirable con que la practicaron ambas santas durante toda su vida, sin desfallecer ni aflojar en el rigor de su aterrante austeridad. ¿No habrá ahí un justo motivo de asombro? . . . Ambas eran castas, puras, inocentísimas: su vida fue inmaculada, en ellas no hubo nunca peca-

do ninguno grave, cometido con advertencia y deliberación. ¿Qué decimos pecado grave?... Ni faltas leves, advertidas y deliberadas!!!... Sin embargo, su mortificación corporal horroriza! Ellas se arman contra ellas mismas, le declaran guerra á su propio cuerpo, y, con un ingenio fecundo en invenciones dolorosas, aplican á cada miembro un dolor, y á cada sentido un tormento. Santa Rosa prolonga, entre las torturas voluntarias de una mortificación corporal no mitigada jamás, su vida de inmólación constante: Mariana de Jesús, delicada de complexión, se marcha pronto, y acaba temprano su vida, arrancada del suelo, en que nació, por la mano de la caridad.

Dios puede castigar al culpable, cuando le plazca: puede castigarle con todo el rigor de la justicia; suavizar el castigo con la misericordia, ó aceptar la satisfacción, que por el culpado le ofreciere un inocente. ¿Quién será el que se atreva á pedir cuentas á la Sabiduría infinita, por sus arcanos inescrutables?... ¿Quién?... Recordemos cómo se veía obligado á exclamar el Apóstol, cuando meditaba en los

designios divinos. *¡Oh altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei!* ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!

Para no descargar, pues, sobre los nuevos pueblos americanos todo el rigor de su justicia, Dios mismo escogió dos víctimas, á quienes les infundió espíritu de sacrificio; y ambas, obedeciendo á la inspiración divina, se sacrificaron, con ánimo generoso. — Estudiada la conquista á la luz de la moral católica, no puede ser más abominable: el santo nombre de Dios fue profanado; y á las asombrosas empresas de audacia y de valor ejecutadas por los conquistadores se las glorificó, sin parar mientes en la moralidad intrínseca de los actos en sí mismos. Luego, se cuidó de guardar la pureza de las creencias; pero la moralidad de las costumbres se relajó escandalosamente en las colonias. La religión se redujo á las ceremonias exteriores del culto público, con cuya solemnidad se dieron todos por satisfechos, pensando que, con sólo eso, habían cumplido perfectamente todos los deberes, que el Evangelio impone á los creyentes. Así, á su

modo, realizaron, sin caer en la cuenta de ello, los católicos, con la relajación de sus costumbres, la máxima luterana, de que quien cree firmemente, puede pecar como quiera. Si los pueblos americanos se salvaron, pues, del rigor de la justicia divina, su salvación fue debida á las dos víctimas inocentes, que se consumieron en el fuego de la mortificación voluntaria: la santidad de las vírgenes americanas se comprende muy bien, reconociendo en ellas la condición de víctimas de la santidad divina.

Ninguna de las dos se encerró en el claustro: ambas vivieron por expresa disposición divina, en el seno de sus propias familias, y florecieron en el siglo, como en campo raso. Si con la imaginación nos trasladamos á los días, en que ellas vivieron, y recomponemos la sociedad de entonces, no encontraremos en las dos santas cosa ninguna extraordinaria en su manera de vivir exteriormente: ambas, á los ojos de sus conciudadanos, son dos mujeres devotas, como tantas otras, que, á la sazón, no escaseaban en Lima y en Quito: los que con ellas tratan de cerca sos-

pechan que en ellas hay algo, que no es la virtud común. . . . Modestas, recogidas, llenas de paciencia y de mausedumbre, ambas viven sólo para Dios. . . . El rostro de la una, cuando era todavía muy niña, lo vieron convertido en rosa: de la sangre, que la otra había derramado abundantemente en su mortificación, brotó una azucena. Así, esas dos flores hermosas han venido á ser el símbolo de la santidad de las dos heroínas de la Iglesia hispano-americana.

Recordemos un hecho curioso del tiempo de la colonia. — En Lima no había rosas: el primer rosal que hubo, se plantó, con esmero, se lo cultivó con asiduo cariño, y las primeras rosas, que florecieron en Lima, las consagró á Dios el Arzobispo Loaiza, poniéndolas en la mano de una imagen de la Santísima Virgen. ¡Qué novedad causaron á los colonos las primeras rosas, que brotaron en Lima! . . . Las veían, y no se cansaban de mirarlas, flameando, con sus ojas inflamadas, en la mano de la Virgen Divina, de la Virgen, comparada en la Escritura con las rosas de Jericó.

Otro rosal místico, su misma Iglesia santa, había Dios trasplantado, por mano de los conquistadores, á la tierra americana: cayó sobre ese rosal el rocío copioso de la gracia y floreció. . . . La rosa que brotó en Lima no se marchitó, no se secó: sus hojas no las desparramó el viento. . . . Fresca, olorosa, viva está: sus hojas crespas, purpúreas, despiden todavía fragancia celestial. . . . ¿Quién les hubiera dicho á los limeños del tiempo del Arzobispo Loaiza, que esas rosas, que gallardaban al sol del medio día, en las manos de la Virgen María, eran un presagio de otra rosa, muy más hermosa, que no tardaría en florecer en el suelo de esa su misma ciudad! . . . (1) Una pobre india, candorosa y rústica, es la depositaria de los secretos, con que todos los días empapa en sangre Mariana de Jesús el suelo de su aposento: la in-

---

(1) Cusco. — Historia del Nuevo Mundo. — Tomo segundo. — Sevilla, 1891. — (En el capítulo trigésimo séptimo del libro décimo, habla el Padre Bernabé Cobo de las flores, que no se encontraron en el Perú y se trajeron de España: la semilla del primer rosal fue bendecida por el mismo Arzobispo Don Fray Jerónimo de Loaiza, y se puso sobre el altar, en que, para la bendición, se celebró Misa).

dia recoge todos los días la sangre de su señora, y la echa ocultamente en un rincón del huerto de la casa; y he aquí que, pocos días después del fallecimiento de la patrona, de esa sangre, que se había conservado fresca maravillosamente, comienza á brotar una azucena, y crece, y su tallo se eleva al aire, coronado con un manojo de flores blancas y olorosas. . . . Ese ángulo del huerto de la casa de Don Jerónimo de Paredes, en Quito, es imagen de la pobre y oscura colonia: allí brota una Azucena, brota de la sangre de una modesta joven quiteña, tan recatada y tan pudorosa, que hasta para después de su muerte, teme las miradas de los hombres, y pide á Dios que su cadáver se convierta pronto en polvo. En efecto, los restos mortales de la quiteña penitente no tardaron en reducirse pronto á un montoncillo de cenizas; pero su sangre le sobrevivió de un modo sorprendente y milagroso, y mudamente comenzó á dar voces y á clamar. ¿Qué clamaba, qué pedía la sangre muerta ya, pero todavía fresca, de Mariana de Jesús? . . . La sangre de Abel, según la Escritura, gritaba pidiendo á Dios

venganza contra Caín, que la había derramado por envidia: la sangre de Mariana de Jesús da voces, clama, pero como da voces al Eterno, como le clama la sangre de Jesucristo. . . . Esa sangre preciosísima pidió misericordia para todo el linaje humano; la sangre inocente de la virgen quieta no ha cesado de clamar, implorando de la Providencia divina, justamente irritada contra nosotros y contra nuestros mayores, perdón y misericordia. ¡Ah! Si esa sangre se callara, ¿qué sería de nosotros?

## II

Hay en la historia de los pueblos americanos una época, que pudiéramos llamar la Época de los Santos en la América española. Esa época dura casi un siglo, desde la segunda mitad del siglo décimo sexto hasta mediados del siglo décimo séptimo: comienza con el arzobispado de Santo Toribio de Mogrovejo, y se prolonga hasta la muerte del Bienaventurado Juan Masías.

Llega á América San Luis Beltrán, se detiene en las costas de Colombia, y evan-

geliza las poblaciones ribereñas del Atlántico: la mortificación corporal del santo es horrorosa, y no se pueden leer sus penitencias, sin un estremecimiento de asombroso terror. En el austero fraile dominicano ha puesto la Providencia la moral del Evangelio frente á frente de la insaciable codicia de los encomenderos. . . . El santo predica, amonesta, insta; reprende y conmina. Los encomenderos se enfurecen contra el predicador: le juran venganza, atentan contra su vida, ya con veneno, ya con armas de fuego; y son necesarios milagros para librar al santo de la airada avaricia de sus compatriotas. La presencia de San Luis Beltrán en América es una protesta providencial de la moral evangélica contra la explotación descorazonada de los míseros indios por los descubridores y conquistadores de América.

El sistema de gobierno, conocido con el nombre de *Encomiendas*, no podía menos de ser ocasión de punibles abusos. — Convidan un día á comer los encomenderos á San Luis Beltrán: acepta el Santo la invitación. Siéntanse á la mesa; y, mientras están comiendo, es arrebatado en éxtasis el

santo: toma una tortilla de maíz, la aprieta con la mano y comienza á chorrear sangre de la tortilla. . . . Ved!!!. . . . dice San Luis. . . . Sangre de los pobres indios es lo que vosotros estáis comiendo!!!. . . . Ahora, preguntaremos nosotros á los que se precian de ser conocedores de la filosofía de la historia: ¿se os alcanza el profundo significado de ese milagro?. . . . A los crímenes sociales nunca los deja impunes la Providencia: el día, en que San Luis Beltrán hizo de la tortilla de maíz gotear sangre sobre el mantel de los encomenderos, ese día la moral humanitaria del Evangelio quedó vengada de los ultrajes que, bajo pretexto de religión, le habían inferido los creyentes en América.

El sistema de gobierno, conocido con el nombre de *Encomiendas*, no se estableció uniformemente en todas las colonias americanas: en las provincias de Cartagena y de Santa Marta no se organizó, como en el Perú y en la Audiencia de Quito; pero siempre dió ocasión para abusos muy graves.

El hecho de San Luis Beltrán ha sido recordado por el eminente escritor colom-

biano Don José Joaquín Ortiz, en sus preciosas *Cartas de un Cura de aldea*, en las que hizo la apología de la Iglesia católica contra las acusaciones de la prensa radical de Bogotá.

San Luis Beltrán era español, valenciano: de España vinieron al Nuevo Mundo no sólo conquistadores, sino también misioneros, apóstoles, santos! . . . La delicada conciencia de San Luis se aterró con las dificultades, que para el ejercicio del sagrado ministerio encontraba en la colonia, donde le pareció que era punto menos que imposible aplicar las máximas de la moral evangélica en la administración del sacramento de la Penitencia á los conquistadores y primeros colonos de las reducciones americanas; y, aterrado, se regresó á España. Una carta del Padre Las-Casas, el vehemente defensor de los indios, le decidió á San Luis á tornar á su convento de Valencia, después de haber santificado con su presencia los pueblos de las riberas del Atlántico.

Otra reparación, asimismo providencial, fue el apostolado, que, durante cuarenta años, ejerció San Pedro Claver con los

santo: toma una tortilla de maíz, la aprieta con la mano y comienza á chorrear sangre de la tortilla.... Ved!!!.... dice San Luis.... Sangre de los pobres indios es lo que vosotros estáis comiendo!!!.... Ahora, preguntaremos nosotros á los que se precian de ser conocedores de la filosofía de la historia: ¿se os alcanza el profundo significado de ese milagro?.... A los crímenes sociales nunca los deja impunes la Providencia: el día, en que San Luis Beltrán hizo de la tortilla de maíz gotear sangre sobre el mantel de los encomenderos, ese día la moral humanitaria del Evangelio quedó vengada de los ultrajes que, bajo pretexto de religión, le habían inferido los creyentes en América.

El sistema de gobierno, conocido con el nombre de *Encomiendas*, no se estableció uniformemente en todas las colonias americanas: en las provincias de Cartagena y de Santa Marta no se organizó, como en el Perú y en la Audiencia de Quito; pero siempre dió ocasión para abusos muy graves.

El hecho de San Luis Beltrán ha sido recordado por el eminente escritor colom-

biano Don José Joaquín Ortiz, en sus preciosas *Cartas de un Cura de aldea*, en las que hizo la apología de la Iglesia católica contra las acusaciones de la prensa radical de Bogotá.

San Luis Beltrán era español, valenciano: de España vinieron al Nuevo Mundo no sólo conquistadores, sino también misioneros, apóstoles, santos! . . . La delicada conciencia de San Luis se aterró con las dificultades, que para el ejercicio del sagrado ministerio encontraba en la colonia, donde le pareció que era punto menos que imposible aplicar las máximas de la moral evangélica en la administración del sacramento de la Penitencia á los conquistadores y primeros colonos de las reducciones americanas; y, aterrado, se regresó á España. Una carta del Padre Las-Casas, el vehemente defensor de los indios, le decidió á San Luis á tornar á su convento de Valencia, después de haber santificado con su presencia los pueblos de las riberas del Atlántico.

Otra reparación, asimismo providencial, fue el apostolado, que, durante cuarenta años, ejerció San Pedro Claver con los

negros, que eran vendidos para esclavos en los mercados de Cartagena.—La codicia humana, dura de entrañas, es fecunda en arbitrios para granjear riquezas temporales: descubrió que podía vender negros por esclavos, y se entregó, sin escrúpulo, á la caza de negros, y fue á las costas de Africa, perturbó las tribus de los negros en sus mismas comarcas solariegas, azuzó las pasiones aviesas de esa raza degradada, y, cargando de negros sus buques, se hizo á la vela para las playas de América, trayendo tan escandalosa mercancía. Convengamos en que uno de los crímenes más detestables de la civilización moderna fue la llamada *Trata de negros!*

La Providencia se apresuró á reparar ese abominable escándalo y constituyó al apóstol de los negros allí, en la misma Cartagena, donde la codicia hacía ostentación de su desprecio del Evangelio. Muy tarde, caen los hombres en la cuenta de lo feo de sus crímenes contra la humanidad; y, cuando caen en la cuenta, les falta valor moral para confesarlos, y, aunque los conozcan, sienten repugnancia para reparar-

los. ¡Ah, la codicia. . . . la codicia! ¡Cuán ciega! ¡Cuán bárbara es! . . . Ese abismo de odio, que separa á las razas, sólo el Evangelio puede hacerlo desaparecer, porque sólo Jesucristo, que dió á los hombres el mandamiento nuevo de amarse los unos á los otros como hermanos, puede curar el egoísmo del orgulloso corazón humano! . . . El apostolado de San Pedro Claver en Cartagena es una apología brillantísima del Evangelio; y la vida del santo jesuíta, apóstol de los negros, es una de las páginas más admirables en los anales de la Iglesia hispano-americana. — En otro lugar de este mismo Discurso, pagaremos nuestro tributo de alabanza al varón apostólico, que, inspirado por la caridad, hizo del servicio á los negros el blanco de toda su vida.

### III

Muchas veces nos hemos puesto á meditar en los secretos designios de Dios: ahí está Lima, la opulenta metrópoli de la América Meridional, la capital del rico

virreinato del Perú, la regia ciudad de los reyes: todas las grandezas de la colonia se encuentran ahí, y ahí mismo la Providencia ha dado cita á casi todos los santos de América. . . . Allí el Beato Martín de Porres y el Beato Juan Masías; allí Santa Rosa; allí San Francisco Solano, y allí Santo Toribio de Mogrovejo: en el grupo de los santos se yergue, serena y majestuosa, la austera figura del santo Arzobispo de Lima. Sus contemporáneos no le comprendieron, los altos mandatarios de la colonia lo consideraron como hombre ruinoso para su diócesis, y el mismo Felipe segundo, con terquedad inexcusable, puso en el santo su férrea mano para humillarlo escandalosamente.

Santo Toribio, en su largo arzobispado, tuvo el sello inequívoco de la verdadera santidad, de la santidad extraordinaria. ¿Qué sello es ése? ¿Será el poder de hacer milagros? ¿Será el dón de profecía? ¿Serán los éxtasis sobrenaturales? Santo Toribio hizo milagros, Santo Toribio anunció sucesos futuros, que la previsión humana no podía ni siquiera conjeturar; Santo Toribio, á vista del público, fue arre-

batado en éxtasis, mientras estaba celebrando los divinos misterios; pero ni los milagros que obró, ni las profecías que hizo, ni los éxtasis con que fue ilustrado, fueron el sello de su santidad. . . . Ese sello fue la cruz, sello seguro, sello inequívoco: padeció durante todo su episcopado terribles contradicciones; y los trabajos y los padecimientos y las cruces le venían de donde menos las podía temer, de donde nunca debía esperarlas. . . . ¡Ah! No: no fueron solamente los altos funcionarios de la colonia, no fueron los tenaces sostenedores de los abusos del patronazgo real, no fueron los presuntuosos magnates de la corte, no fue el poderoso y testarudo monarca, fueron ¿quién lo creyera? los Obispos, los mismos sufragáneos del santo, quienes le perturbaron en el cumplimiento de sus deberes de Metropolitano, le amargaron el alma, le hicieron pesada, abrumadora, la cruz del arzobispado. Recordad las tristes, las escandalosas escenas del primer Concilio Provincial de Lima: en las largas cartas, que el santo escribió á Felipe segundo, al través de la calmada sereni-

dad de la narración, se descubre la profunda tristeza, que le acibaraba el alma.

No sólo organizó la Arquidiócesis; no sólo fundó en Lima, el seminario conciliar; no sólo reglamentó el servicio divino en la Catedral; no sólo visitó despacio su extensa, su vastísima diócesis: fue el santo, quien echó los fundamentos de la disciplina canónica, con que se rigió la Iglesia hispano-americana: al santo se le deben los admirables estatutos disciplinarios, tan elogiados por Benedicto décimo cuarto; y el influjo del ejemplo de Santo Toribio fue como un soplo de vida sobrenatural, que vino, en hora oportuna, sobre las recién fundadas diócesis de la América Meridional, para comunicarles piedad y fervor. — Las Cédulas reales, que Felipe segundo expidió para que en las colonias se guardara el Concilio de Trento, habrían sido letra muerta, como lo eran otras órdenes de la Corona, si Dios, en su providencia misericordiosa, no se hubiera dignado conceder á la América un Prelado, tan admirable como Santo Toribio de Mogrovejo. Lo puso en Lima: allí era donde convenía ponerlo, para que desde allí su influen-

cia santificadora irradiara sobre todas las demás diócesis del continente americano. ¿No comprendéis ya lo que en los designios providenciales de Dios sobre los pueblos significa el apareamiento de un santo en medio de ellos?... Cuando Dios quiere castigar á un pueblo, le envía un déspota: cuando llega la hora de la misericordia para las naciones, abre los tesoros de su bondad y les da un santo....

Ved á Santo Toribio reparando los escándalos de la conquista: seguidle paso á paso en la evangelización de su inmensa diócesis, y presenciad lo que hace con los indios. Su mansedumbre, su desprendimiento de todo lo terreno les hacen comprender á los indios lo que es la Religión, que con el estrépito de las armas les habían traído los conquistadores: ese blanco no averigua donde hay oro. Sube á los riscos, trasmona la enhiesta cordillera, desciende al valle enfermizo, se interna en el abrasado arenal, muchas veces á pie ó en pesada y molesta cabalgadura: el sol le sofoca, le empapa la lluvia; el viento helado del yermo pajonal le entumece.... Llega, fatigado, rendido de cansancio á la

desprovista aldea, y los indios acuden en tropel á su encuentro, atraídos por una secreta fuerza sobrenatural. Era esa la hora de la misericordia: el conquistador había pasado; venía el santo. Qué hermoso es el andar de los que anuncian la paz á los pueblos! *Quam speciosi pedes evangelizantium pacem.*

No vayáis á pensar que, por una feliz coincidencia, se han reunido tantos santos en Lima: en eso hay un designio providencial. La santidad debía brillar en la ciudad, que era la metrópoli de las colonias americanas: ahí debía brillar, donde estuviera patente á las miradas de todos, y desde donde pudiera influir sobre todo el continente americano!—San Francisco Solano atraviesa casi toda la América Meridional, y va á morir en Lima: su labor evangélica es asombrosa; pasa volando, en alas de la caridad, y los pueblos quedan transformados. No lleva armas: la única arma suya es su palabra apostólica, á la que no hay quien no se rinda. Remueve las poblaciones, se enseñorea de ellas, las cambia: le ha dado Dios la llave del corazón humano, y no hay pocho, por ce-

reado que esté á la gracia, que, al fin, el misionero franciscano no lo abra.

La Iglesia católica ha puesto en los altares á tres humildes frailes legos: Sebastián de Aparicio, de la Orden de los Menores, Juan Macías y Martín de Porres, de la Orden de Santo Domingo: sus virtudes, por sentencia infalible de la Silla Apostólica, han sido reconocidas y declaradas heroicas. El Beato Sebastián de Aparicio y el Beato Juan Macías fueron españoles: España enviaba, pues, á América, como lo hemos dicho ya, no sólo conquistadores famosos y soldados indomables, sino también santos. Cuando Sebastián de Aparicio y Juan Macías se hacían á la vela con rumbo á las Indias Occidentales, venían acá con el objeto de buscar, en el trabajo honrado, una subsistencia pobre y modesta: pero la Providencia los traía á las colonias, para hacerlos aquí ejemplares perfectos del más absoluto desprendimiento de lo terreno.

Juan Macías vivió en el convento de la recoleta dominicana de Lima, ocupado en las humildes tareas de un sirviente de la comunidad: lo más penoso para él, lo más

abyecto para él: sufre, cuando no se le desprecia; y está de plácemes, cuando se le injuria. Lima le venera: es en la portería de su convento, donde, todos los días, se sientan los pobres, los necesitados, los mendigos al banquete de la caridad, en el que el hambre del cuerpo queda satisfecha, y el alma saborca las dulzuras de la suave conversación del santo lego, quien, al hacerles el plato á los pobres, los entretiene, hablándoles, con unción maravillosa, de las delicias de la Patria celestial. Así, aunque en una jerarquía religiosa tan modesta, ejerce, durante largos años, sobre la clase más desvalida de la sociedad un verdadero apostolado, tanto más saludable cuanto más humilde.

¿Quién podrá desconocer la intervención extraordinaria de la Providencia en la santificación del Bienaventurado Martín de Porres, el mulato, poderoso en obras de caridad? De dónde lo saca la Providencia, sino de la más humilde clase social, que había en la colonia? La sangre africana y la sangre castellana se mezclan en sus venas; y la gracia se complace en enriquecerlo con carismas sobrenaturales asom-

brozos: vuela, en un instante, de Lima á las costas de Berbería, para consolar y socorrer á los cristianos, que gemían cautivos bajo la dominación de los Musulmanes, procura la redención de algunos de ellos, y, mientras se ocupa en una tan santa obra de caridad, no hace falta en su convento, del cual se ha ausentado en espíritu, bilocándose de un modo maravilloso.

En América, donde las razas se mezclaban unas con otras, y donde, de esa mezcla, se formaban clases sociales distintas, que se miraban con aversión unas á otras, hace la Providencia vaso de elección á un mulato; y, para que nadie dude de su santidad, lo llena de dones sobrenaturales extraordinarios. Esta es, de veras la santa democracia de las almas (perdónesenos la expresión), la más completa igualdad fraternal, bajo la adorable paternidad de Dios. Por ventura ¿no ha dado Jesucristo á todos los hombres, sin distinción de razas ni de clases sociales, el derecho de invocar á Dios con el dulcísimo nombre de Padre?

Ahí están los nobles magnates de la corte del virreinato, besando reverentemente

los pies del pobre mulato muerto! . . . Es que sobre la cabeza de ese pobre donado dominicano, de ese humilde mulato, cuyo cetro, en vida, había sido la escoba para barrer los claustros del convento, ha puesto la Providencia la diadema de la santidad; y al resplandor, que de ella irradia, palidece el brillo de la corona de Carlos quinto y de Felipe segundo.

#### IV

Si Lima se enorgullece de haber sido la cuna de Martín de Porres, Puebla de los Angeles, la famosa Tlascala republicana de los Mejicanos, está justamente ufana de poseer los restos mortales del Bienaventurado Sebastián de Aparicio: el santo lego franciscano acabó sus días en muy avanzada edad, en el convento, que su Orden tenía en esa ciudad. — ¡Cosas de Dios! ¡Qué lecciones tan admirables las que suele dar la Providencia á los hombres! Pero ¡cuán pocos son los que prestan oídos dóciles á las lecciones de la Providencia! . . . Un carpintero toscó, un campesino de Galicia, ve-

nido á América, donde se da rienda suelta á las pasiones, enardecidas por la holganza de la vida, da ejemplo sublime de continencia: dos veces contrae matrimonio con dos doncellas honestas, vive con ellas vida angelical, y las deja intactas. Después de haber sido espejo de virtudes heroicas para los artesanos en su vida de seglar, va, ya anciano, á golpear las puertas del convento de franciscanos, para coronar con la práctica de los votos religiosos, en el retiro del claustro, la vida perfectamente evangélica que había llevado entre el tumulto del mundo.

La Iglesia católica en América es la misma santa Iglesia de Jesucristo, la verdadera Iglesia suya: no hay como ponerlo en duda. Es santa y madre de santos. Uno de sus hijos, un joven, á quien los devancos del mundo, por dos veces, lo alejaron del camino del Cielo, fue derecho al Cielo, porque se entregó á la muerte en brazos de la cruz. Felipe de Jesús padeció el martirio entre los primeros religiosos crucificados en el Japón, y es el proto-mártir de la Iglesia hispano-americana, honra de la familia seráfica y gloria de

Méjico. . . . ¡El martirio! ¡Ah! No: esa gloria no le podía faltar en América á la verdadera Iglesia de Jesucristo! No es sólo el joven corista franciscano, San Felipe de Jesús, es el Padre Ignacio Acevedo, con cuarenta jesuítas más, sacrificados por los corsarios calvinistas en odio de la fe católica, cuando como misioneros navegaban de España para el Brasil! . . . Sus cadáveres despedazados flotan á merced de las olas en el Atlántico, las aguas se tiñen en sangre, y el cadáver del Padre Acevedo, llevado de acá para allá por el vaivén de las olas, conserva levantado milagrosamente el brazo derecho, ostentando un cuadro de la Santísima Virgen.

¡Oh santa Iglesia católica, verdadera Iglesia de Jesucristo, ¡Salve! ¡Bienvenida eres al mundo americano! . . . Día llegará, cuando de tu seno, siempre fecundo en santidad, á la hora señalada por la Providencia, brotarán santos en América! . . . ¡Oh! Llegue pronto ese día, no se haga esperar, no tarde: aparezcan los santos, vengan ya, porque las grandes necesidades de las naciones americanas los están reclamando! . . . Sí: tiempo hace á que los están

reclamando!!!. . . El nombre de Dios es muy profanado, el reino de Dios es muy combatido; y el hombre se ha revelado contra Dios. . . . Acortad, Señor, el tiempo de la prueba, sueno ya la hora de vuestra misericordia: enviadnos santos, grandes santos; pues de grandes santos padecen necesidad las naciones americanas. ¿Por qué hace ya tanto tiempo á que no han vuelto á aparecer santos en estas comarcas, que de ellos sienten tanta necesidad?. . . . Abrid, Señor, vuestra mano misericordiosa y dad santos, grandes santos á las Repúblicas hispano-americanas!





## CAPITULO QUINTO

### CIENCIAS Y LITERATURA

Servicios que el clero católico ha hecho á las ciencias y á las letras en América. — Gran número de escritores. — Historiadores. — Lingüistas. — Viajeros. — Disposiciones relativas á la instrucción pública.

#### I

**P**ARECE que la Iglesia católica, cuyo fin es la salvación de las almas, no debía haber favorecido, sino mirado con indiferencia el cultivo y adelantamiento de las ciencias profanas; sin embargo, estudiada la historia, no podemos menos de quedar sorprendidos encontrando al sacerdote católico al frente de todos los ramos del saber humano. Sería necesario extendernos demasiado, alejándonos de nuestro objeto, si quisiéramos exponer detenidamente los

servicios prestados por sacerdotes católicos á las ciencias profanas y á las artes. Las ciencias puramente especulativas han sido siempre patrimonio casi exclusivo del sacerdocio católico. Las investigaciones profundas de la Metafísica, el examen de las grandes cuestiones de la Moral y la Lógica fueron en la antigüedad honrosa ocupación de hombres como Platón, Aristóteles y Séneca; pero en esas mismas ciencias ha producido la Iglesia católica mentes tan elevadas como las de San Agustín, San Anselmo y Santo Tomás de Aquino. El libro de *Las leyes* del P. Suárez, jesuita, tiene la exactitud y profundidad que en muchos puntos faltan á la tan ponderada obra de Montesquieu; Bacon en la Física experimental y Clavio en la Astronomía, prepararon el camino á otros sabios que han venido después; Petavio, Papebroquio y Mabillon desenredaron el intrincado laberinto de la Cronología; en fin, sólo entre los católicos han aparecido esos ingenios enciclopédicos, verdaderos prodigios en el orden intelectual, como Alberto Magno, Raymundo Lulio y Orígenes, de quienes podemos decir lo que Terencio decía

de Varrón: no se sabe en ellos qué admirar más, si sus voluminosos escritos ó su pasmosa erudición.

La historia de la Iglesia católica es la historia de la verdadera civilización: allí donde la Iglesia católica ejerce libremente su acción vivificadora, allí, como por encanto, brotan á la sombra de la Cruz las artes y las ciencias. Así sucedió también en América. El clero católico fue el primero que con el Evangelio trajo las ciencias y las artes; ciencias y artes que durante tres siglos fueron conservadas, enseñadas y difundidas en América casi exclusivamente por el mismo clero católico. Haremos un breve resumen de los trabajos que en favor de la ilustración emprendió el clero americano, contentándonos con citar solamente los nombres más célebres.

## II

Por desgracia, la historia de las letras en América es muy poco conocida; así es que muchos nombres famosos yacen completamente ignorados. Preocupaciones de

esuela, ó mejor diremos, de secta, han persuadido á muchos que más allá del horizonte de los tiempos modernos todo es oscuridad y tinieblas. Pues bien, de ese fondo oscuro de los tiempos pasados veremos aparecer ahora una multitud de espíritus ilustres, ostentando en su frente la corona de la ciencia, que el olvido no ha podido marchitar. Ahí están esos que ilustraron los puntos más oscuros del Derecho y dieron solución á todas las cuestiones del régimen eclesiástico: Villarroel, sorprendente por su erudición; Murillo Velarde, metódico y exacto; Avendaño, insigne por su doctrina; Montenegro, notable por su mucho saber; Moreno, cuyas obras, ricas en erudición, puras en doctrina, en mérito admirables, son conocidas en América y celebradas en Europa. Ahí están el V. P. Diego Alvarez de Paz y el P. Godínez, insignes maestros en esa ciencia no humana sino celestial de la santificación de las almas. En el tratado de la *Vida espiritual* del primero encontramos la unción de San Bernardo, la gracia seductora de Santa Teresa y la elocuencia persuasiva del B. Juan de Avila: en la *Teología mística*

del segundo vemos explicados los arcanos de la gracia en la formación sobrenatural de las almas de los Santos.

¿Queremos filósofos? pues ahí tenemos, por no citar otros, al P. Alonso de Peñañiel, natural de la antigua Riobamba, en cuyos escritos, aplaudidos por la Universidad de Lima, bajo la áspera corteza del escolasticismo, se halla encubierta sustanciosa doctrina. En América se enseñaba entonces como en toda Europa la Filosofía llamada escolástica, y con esto queda dicho que los filósofos americanos no inventaron sistemas nuevos, ni fundaron escuelas aparte, lo cual para nosotros no es un defecto, sino un mérito. En Metafísica, en Lógica, en una palabra, en todas las ciencias abstractas, así como en las experimentales, hay puntos luminosos y puntos oscuros: puntos luminosos, son los principios fundamentales de las ciencias, cuya verdad hace palpable la demostración: los sistemas sólo son admisibles para explicar los puntos oscuros de la ciencia. La Astronomía no principia por demostrar la existencia del Sol y de las estrellas; pues así también en las ciencias abstractas hay

ciertas verdades que son respecto de ellas lo que la existencia del Sol y de las estrellas respecto de la Astronomía. El escolasticismo tiene, pues, la excelencia, sobre toda otra escuela filosófica, de no haberse puesto nunca en contradicción con el sentido común.

Los conquistadores despreciaban al pueblo vencido y, por esto, no quisieron poner los ojos en las costumbres, tradiciones y creencias de los indios; así es que éstas no perecieron por completo merced á los misioneros, quienes se consagraron á investigar con solícito cuidado y hasta con cierta especie de cariñoso interés la historia de las naciones americanas.

No hubo pueblo alguno del Nuevo Continente, ni raza de indios, bárbara ó salvaje, que no tuviese entre los sacerdotes católicos su respectivo historiador. Sahagun y Torquemada se hicieron historiadores de los Aztecas; Landa estudió los caracteres simbólicos de la escritura de los Mayas; en las obras de Simón, de Piedrahita y de Zamora se encuentran datos preciosos sobre los Muiscas; Julián hace discretas observaciones sobre las tribus que moraban

en el territorio de Santa Marta; Gumilla nos ha dejado una curiosa historia de las naciones salvajes del Orinoco, y Valera escribió en latín elegante la historia de los Incas, que sirvió después para que Garcilaso compusiese la primera parte de sus *Comentarios reales*. Dávila, Remezal, Meléndez, Calancha, Los dos Córdobas, Cassani, y otros muchos escribieron las Crónicas de sus respectivas órdenes en América, acopiando en sus obras curiosos datos relativos á la historia civil y hasta doméstica de estos países en la época colonial. Tan exacto es cuanto acabamos de decir, que los escritores modernos para referir muchos acontecimientos pasados, casi no han tenido otras fuentes históricas que las obras de aquellos cronistas de las órdenes religiosas.

Rodríguez compuso una *Historia de las misiones del Marañón*, que no vacilamos en calificarla de notable bajo muchos respectos. Techo y Charlevoix escribieron la del Paraguay. Lafitau y García escudriñaron el origen incierto de los primeros pobladores de América. Duchesne interpretó el calendario de los Chibchas, y de los

trabajos arqueológicos de este Cura se sirvió el Barón de Humboldt, citándolos con elogio en sus *Vistas de las Cordilleras*.

¿Quién no conoce el mérito de las obras de Motolinia y de Durán para la historia antigua de Méjico? Tampoco pueden quedar olvidadas las de Cogolludo, de Vázquez, de Lozano, de Guevara, de Dobrishoffer, de Rosales y de Montesinos, en las cuales se encuentran noticias preciosas para la historia de Yucatán, de Guatemala, del Paraguay, de la Argentina, de Chile y del Perú, en la época de la dominación colonial. Ribas en la historia de California, Fernández en la de los indios llamados chiquitos, Rivero en la de las misiones de Casanare, Burgoa en la del Nuevo Méjico, abundan en datos curiosos, que la Ethnografía y la Antropología moderna se han apresurado á recoger con sumo aprecio y reconocimiento. Sin las obras históricas del insigne Obispo de Chiapa, D. Fr. Bartolomé de Las-Casas habrían quedado ignoradas para siempre muchas circunstancias importantes relativas al primer viaje de Colón y á los primitivos tiempos de la dominación española en el Nuevo Mundo. La primera His-

toria general de las Indias Occidentales ¿no se debió á un clérigo? al célebre Gómara, capellán de Cortés, el famoso conquistador de Méjico?... La descripción física más completa de América y principalmente del Perú, ¿no ha sido trazada por mano de un sacerdote, del P. Cobo de la Compañía de Jesús? ; Con qué gracia tan natural, con qué sencillez tan encantadora no describe el diligente y observador jesuíta las flores, los árboles, las piedras, los animales, la naturaleza y los productos de ella en el Nuevo Mundo!... ¿Queréis saber quién trajo al Perú la vid y el olivo? ¿Os interesa, acaso, la historia de las primeras rosas que florecieron en Lima? Pues, abrid la Historia del P. Cobo, y vuestra curiosidad quedará completamente satisfecha. . .

Ya que hemos mentado al Perú, ¿no son eclesiásticos, no son los sacerdotes Molina y Avila y Avendaño los que han compilado las tradiciones religiosas, las leyendas y memorias acerca de las razas indígenas incorporadas en el vasto imperio del Guzco?

Historiadores hubo, como Clavijero y Molina, que en un siglo ilustrado llamaron la atención de los sabios en la misma Eu-

ropa. En nuestros mismos días Funes escribió la historia del Paraguay; el Ilmo. García Peláez, la de Guatemala y el señor Eyzaguirre, la *Historia eclesiástica de Chile*, que ha merecido ser traducida al francés. Y ¿quién, por poco que conozca la historia de América, no apreciará las obras de Brasseur, sacerdote francés, consagrado á estudiar con paciencia y laboriosidad admirables las antigüedades de los Mayas de Yucatán y de esa raza desconocida que levantó los monumentos de Mitla y de Palenque? Ni son para que pasemos desapercibidos los escritos de otro sacerdote, también francés, Domenech, cuyo *Itinerario de un misionero* ha sido puesto á par de las *Prisiones* de Silvio Péllico.

El P. Acosta, escritor verdaderamente sabio, según el protestante Robertson; el P. Acuña y la preciosa recopilación de los misioneros jesuitas conocida con el nombre de *Cartas edificantes*, contienen observaciones juiciosas sobre la naturaleza física de los terrenos, sobre los climas, animales y plantas de América, descripciones exactas de costumbres y de fenóme-

nos naturales, que honrarían á un viajero moderno.

¿Ni cómo habíamos de dejar sin un tributo de gratitud á nuestro compatriota el P. Juan de Velasco? ¿Quién no ha gastado algunas horas en leer esa narración de los sucesos antiguos de nuestra patria, hecha no con la gravedad de un historiador, sino con cierta sencillez doméstica? . . .

En las obras históricas de los escritores que acabamos de citar se hallan examinadas todas las cuestiones relativas á los primeros pobladores de América, al origen de sus habitantes, al tiempo en que éstos pasaron al Nuevo Continente, etc., etc. . . . Hay además conjeturas muy fundadas, observaciones sagacísimas y una erudición admirable. Alguna vez no hemos podido menos de sonreírnos encontrando en escritores modernos, principalmente extranjeros, presentadas con aire de novedad reflexiones ya viejas entre los escritores americanos. Para conocer lo que son esas obras, es de todo punto necesario leerlas en sus propios originales y no en traducciones infieles ó en citas de trozos incoherentes. Añadiremos, por fin, que en mu-

chas de esas obras campean á la par la riqueza y donosura de nuestra lengua castellana.

### III

A los escritores de crónicas, historias, anales y biografías siguen los filólogos y lingüistas americanos. El número de las gramáticas y diccionarios de idiomas americanos, que han compuesto los misioneros es muy crecido. No hay lengua alguna de América que no tenga su gramática y muchas también su vocabulario compuestos por sacerdotes. Los Franciscanos llegaron á conocer tan á fondo el idioma de los mejicanos, que redactaron obras de largo aliento en aquella lengua, que hablaban con tanto primor como los antiguos príncipes de Anahuac. No sólo fueron gramáticas y diccionarios, fueron también traducciones de la Sagrada Escritura, de la *Imitación de Cristo* y copiosos Sermonarios los que publicaron en varios idiomas americanos. El P. Olmos, franciscano, fue el primero que compuso una gramática del idioma Nahuatl, y el P. Domingo de Santo To-

más, el primero que redujo á arte las reglas de la lengua de los Incas. Ruiz de Montoya, Lugo, Torres Rubio, Febres, Marbán, todos religiosos, compusieron respectivamente gramáticas y diccionarios de las lenguas Guaraní, Chibcha, Aymará, Ohilena y Moxa. Los únicos restos que nos han quedado del idioma hablado por las antiguas tribus de Caribes, que habitaban las Antillas en la época del descubrimiento de América, se deben á misioneros. En fin, también un misionero, el P. Horvas, jesuita, fue el primero que ensayó el estudio comparativo de las lenguas americanas en sus notabilísimas obras tituladas la *Aritmética* y el *Catálogo de las lenguas*.

A los filólogos del Nuevo Mundo se les echa en cara una falta, á saber, la del método que adoptaron en sus gramáticas para explicar la índole de los idiomas americanos. Aplicaron á los idiomas americanos, se dice, el método seguido entonces para enseñar la lengua latina. No hay duda que este defecto es muy grave, pero sólo para los modernos, que han analizado la estructura gramatical de los idiomas americanos, mediante las luces que sobre

la naturaleza de los idiomas ha difundido la Lingüística, ciencia que no existía en aquellos tiempos. La Lingüística y la Filología comparada, son ciencias muy modernas, y censurar á los misioneros porque en sus gramáticas y vocabularios de las lenguas indígenas del Nuevo Continente, no siguieron el método que han adoptado los sabios modernos para la enseñanza de los idiomas, sería lo mismo que acusarles de que no navegaban en buques de vapor, ni viajaban en ferrocarriles.

No contentos los misioneros, y muy particularmente los Obispos, con dar á los desvalidos indios la instrucción religiosa necesaria para el cumplimiento de sus deberes como cristianos, procuraron darles instrucción no solamente artística, sino hasta científica, como lo atestigua la historia de las colonias americanas. Varias Bulas de los Papas, principalmente de Paulo III y de Gregorio XIII, contienen disposiciones terminantes sobre la instrucción religiosa que debía darse á los indios: los Concilios Provinciales de Méjico y de Lima; los Sínodos Diocesanos de Quito, de Santiago, de La Paz y de varias otras dió-

cesis americanas, congregados para arreglar la disciplina eclesiástica que debía regir en estas iglesias, dictaron providencias y reglamentos para la instrucción y buen gobierno de los indios. En 1534 se fundó para ellos en Méjico un Seminario, y hasta ahora se ha conservado el nombre del primer profesor de Latinidad, que lo fue el P. Fr. Arnaldo, franciscano. En ese mismo colegio se les dieron más tarde lecciones de Retórica, de Filosofía y de Jurisprudencia, tales como se daban á los hijos de los conquistadores. La Iglesia puso la primera piedra de todos los establecimientos literarios que hubo en América. Méjico, Lima y Córdova de Tucumán debieron á la Iglesia esas sus célebres Universidades, durante tres siglos, fecundo semillero de sabios. El Ilmo. señor Torres fundó en Bogotá el Colegio del Rosario; la primera Academia de Teología que hubo en Quito fue fundada por los Padres Agustinos, y un fraile agustino, un Obispo, el Ilmo. señor López de Solís, fue el fundador del primer Seminario que hubo en nuestra patria. Minerva hizo brotar el olivo, golpeando la tierra con el asta de

su lanza: esta fábula donosa de los Griegos fue una realidad en el Nuevo Mundo, donde el báculo pastoral de los Obispos hizo brotar el árbol frondoso del saber humano, cuyos frutos recogemos todavía.

En los colegios de América se enseñaban las ciencias eclesiásticas, la jurisprudencia civil y canónica, la filosofía, la lengua latina. Profesores hubo en esos colegios que gozaron de una muy bien merecida fama de sabios en éste y en el otro continente. Citaremos un solo nombre, que es también una de nuestras glorias nacionales, el del P. Juan Bautista Aguirre, jesuíta, el cual desterrado en Roma fue teólogo y consejero del ilustre Pontífice Pío VII, entonces Arzobispo de Imola. El P. Aguirre nació en Guayaquil y se formó en los Colegios de Quito. ¿De dónde salió, en qué colegios había sido educada aquella juventud, tan apta para las ciencias, que en todas las colonias americanas, á principios de este siglo, encontró el Barón de Humboldt? ¿Quién fue Mutis, ese sabio, cuyo retrato mandó grabar el mismo Barón de Humboldt al frente de sus obras, quién fue, si-

no un sacerdote, tan sabio como modesto?... El observatorio famoso de Bogotá fue dirigido por Mutis; y un Arzobispo, el señor Góngora, fue quien protegió con regia munificencia las primeras expediciones botánicas que se hicieron en la América meridional.

Las numerosas y ricas bibliotecas, que todavía quedan en los conventos, están dando testimonio en favor de la ilustración de las antiguas corporaciones religiosas de América. ¿Quién introdujo en estas ciudades la imprenta? Los sacerdotes! ¿Quién descubrió la Quina, ese poderoso antídoto contra las fiebres? Quién, sino los odiados Jesuitas? Los mejores monumentos que adoran nuestras ciudades fueron levantados por sacerdotes. Para erigir á Dios templos dignos de su santo nombre, los sacerdotes pusieron el cincel en manos del arquitecto, estimularon y protegieron la pintura, la escultura, la música, porque daban cita á todas las artes, llamándolas á trabajar juntas la casa del Señor.





## CAPITULO SEXTO

### EL PATRONATO REAL

Épocas en que se divide la historia de la Iglesia católica en la América española.—El patronato real: su origen.—Reglamentación del ejercicio del patronato.—Abusos.—Consecuencias deplorables.—El Gobierno democrático y el patronato eclesiástico.

#### I

**L**A historia de la Iglesia católica en la América española es muy desconocida, y merece un estudio concienzudo y desapasionado, hecho con un criterio ilustrado y recto.

Dos épocas debeu distinguirse precisamente: en la primera, la Iglesia se funda en América, y se conserva bajo el patronato de los Reyes de España: en la segunda, vive en las colonias, transformadas en Repúblicas. —

La época colonial y la época republicana son las dos épocas, en que se divide naturalmente la historia de la Iglesia católica en la América española.

La primera época se subdivide en tres períodos, bien marcados: el descubrimiento, la conquista y la colonia.—En la segunda, pudiéramos distinguir dos períodos: la emancipación política y el régimen republicano.

Desde la fundación de la Iglesia en el Nuevo Mundo hasta la época presente, hay un rasgo, que caracteriza su vida y comunica unidad á su historia: ese rasgo es la conservación de la pureza de las creencias católicas. En América no ha habido hasta ahora herejías; y los errores, que después de la emancipación política de España se han diseminado en algunas ciudades famosas, han caído en tierra estéril, á pesar de la decidida protección de los Gobiernos á los predicadores y sostenedores del error.—En cuanto al llamado Liberalismo, ó á la aplicación de las doctrinas racionalistas á la política y al gobierno de los pueblos, no hubiera podido implantarse en las Repúblicas hispano-americanas, si, acaso, no hu-

biese echado mano de la fuerza bruta, para adueñarse del manejo de la cosa pública.

En la Iglesia católica, que es la verdadera sociedad religiosa fundada en la tierra por el Verbo de Dios humanado, como depositaria de la religión revelada, hay dogmas y doctrinas, en las que se contiene todo cuanto los hombres deben creer y confesar; máximas y mandamientos de moral, que se han de guardar y cumplir en la práctica, y con los cuales se han de conformar las costumbres de los creyentes, y, además, un culto externo y público, que la sociedad de los fieles tributa á Dios, para honrarle como á Señor, Oriador y dueño absoluto de todas las cosas. De estos tres elementos esenciales de la Religión católica, se conservó inviolable é intacto el primero, durante las tres centurias de vida colonial; y aun después de la emancipación se ha mantenido íntegro y en toda su pureza.

No se han deplorado jamás en América cismas ni sectas heterodoxas: las enseñanzas católicas se han mantenido inalterables, de un modo providencial: en tiempo de la colonia no hubo nunca ni el más leve conato de separación de la Santa Sede, cuya

obediencia era tenida como condición esencial para la conservación de la pureza y de la integridad de las creencias religiosas. Hacia fines del siglo décimo octavo, en tiempo de Carlos tercero, cundieron algunas ideas cismáticas, de las cuales se inficionaron los miembros del Real Consejo de Indias; pero esas ideas no trascendieron al pueblo y quedaron estancadas en las regiones gubernativas, sin que en lo esencial el primado de jurisdicción y de honor del Romano Pontífice padeciera quebranto ninguno en las colonias.

Empero, la moral, como doctrina, se mantuvo incorruptible; mas, como regla práctica de las costumbres, se aflojó tanto, que llegó á un estado de corrupción, en el cual el escándalo dejó de causar escándalo: esto aconteció principalmente en punto á la honestidad de costumbres.

El culto externo público se conservó con todo esmero, pero mezclado con prácticas no sólo profanas, sino hasta pecaminosas, y hubo de convertirse en uno como espectáculo popular, para diversión y esparcimiento de los fieles. Las prescripciones de la sagrada Liturgia romana no se guarda-

ban, con la escrupulosa puntualidad, con que deben ser obedecidas; y á las fiestas religiosas se les daba una solemnidad bulliciosa, opuesta al espíritu de recogimiento, con que los misterios de la Religión conviene que sean celebrados. ¿Quién no condenará las corridas de toros? Quién no se maravillará, considerando que una diversión tan brutal y tan corruptora, se asociara necesariamente á toda fiesta religiosa, para hacerla más solemne? . . . . . Recuérdese como se solían celebrar las procesiones del Santísimo Cuerpo del Señor, y se conocerá que durante la colonia el sentimiento católico era vivo, pero nada conforme con la pureza de la fe. . . Las fiestas religiosas eran muchas, y al culto externo público se le daba cuanta pompa era posible: las funciones sagradas eran verdaderos espectáculos devotos, en que se halagaba la vista con lo variado de los adornos; el oído, con la música; y la imaginación con las invenciones de la compostura y de la decoración de los altares y del templo. . . . Era un verdadero espectáculo, un esparcimiento devoto del ánimo: se cuidaba, con delicadeza escrupulosa, de conservar íntegra y pura la fe; pero se aflojaba demasiado la rienda á la moral.

## II

Mucho se ha escrito, mucho se ha ponderado el estado floreciente de la Iglesia en América durante la época colonial; no obstante, ese cuadro, al parecer tan hermoso, no es exacto: le faltan sombras y sombras densas. Si la historia ha de ser para los pueblos una lección de moralidad, debe hablar la verdad, y solamente la verdad; porque la mentira es corruptora, y, por eso, la mentira no civiliza.

¿Queréis saber cuáles eran las relaciones entre la autoridad espiritual y la autoridad temporal durante la colonia?—La Iglesia católica, durante toda la época colonial, fue, de hecho, en la América española, una institución regia, una rueda, y nada más que una rueda, en la máquina de la administración gubernativa. ¿No reconocían, acaso, los Reyes de España la distinción de las dos potestades, tan terminantemente enseñada por Jesucristo?—La reconocían, y la profesaban. . . . . ¿Talvez, no aceptaban la consecuencia lógica, que de la distinción

de las dos potestades se deduce, á saber: la independencia de la una respecto de la otra? —Cabalmente, en este punto se encuentra todo el secreto de la administración de las colonias, en lo que á la Iglesia se refiere: vamos á explicarlo.

De un modo especulativo, los Reyes de España eran, en verdad, reyes católicos: no diremos que lo fueron la insigne reina Doña Isabel y su esposo Don Fernando de Aragón; decirlo sería superfluo, pues esos dos monarcas merecieron para ellos y para sus sucesores tan glorioso título. ¿Cómo negárselo á su nieto el Emperador Carlos Quinto? . . . . Felipe segundo lo reclama, con justicia; y no podemos rehusarlo ni á los reyes de la casa de Austria ni á los reyes de la dinastía de Borbón: se lo reconocemos y se lo damos, sin dificultad. Esos monarcas eran todos hombres honrados: no fingieron nunca religiosidad; la tenían en el fondo de su alma y la profesaban sinceramente. ¿Cómo se explica el sistema de gobierno, que establecieron en América respecto de los asuntos eclesiásticos?

Comenzaron por pedir á la Santa Sede el patronato eclesiástico sobre todas las

Iglesias ó diócesis de América, y la concepción de los diezmos de las colonias. Alejandro sexto, Julio segundo y Clemente séptimo no negaron á los Reyes Católicos y á Carlos Quinto cuanto esos soberanos les pidieron. En estas concesiones hubo de parte de los Papas justicia para con los monarcas españoles, pues las condiciones sociales de las nuevas diócesis que se comenzaban á erigir en el Nuevo Mundo, exigían unidad en el gobierno y vigor en la administración. Estas concesiones de los Papas á los Reyes Católicos y á Carlos Quinto fueron el origen y el fundamento del derecho de patronato, que los Reyes de España ejercieron en América: derecho de patronato legítimo, por lo mismo, y no usurpado.

Sin embargo, conviene distinguir, con cuidado, el derecho de patronato en sí mismo, y el modo cómo lo ejercieron los Reyes: los mismos Reyes fueron los intérpretes del derecho de patronato, y los que lo reglamentaron en la práctica, siguiendo la tradición de la manera de gobernar las colonias, inventada y puesta en planta por Felipe segundo. Hubo, pues, en este sistema reconocimiento de la distinción y de la

independencia de los dos poderes, y asimismo reconocimiento sincero de la obligación, que de proteger á la Iglesia impone la Religión á los soberanos temporales.

El cumplimiento de este deber de protección se convirtió fácilmente en una verdadera tutela; y la Iglesia católica en la América española, durante toda la época colonial, no gozó ni un día de completa independencia; fue siempre pupila de la Corona; no salió nunca de la menor edad, y vivió á los pechos de la monarquía. ¿De dónde provino esto?—Esto provino del modo cómo se interpretó y reglamentó el ejercicio del derecho de patronato, y del modo cómo se cumplió el deber de proteger á la Iglesia: el sistema fue ideado y planteado por Felipe segundo, á quien lo tocó organizar el gobierno de las colonias.

En este sistema gubernativo, y en el ejercicio del derecho de patronato, como parte esencial del sistema de gobierno, con que eran regidas las colonias, hay elementos, que proceden de las doctrinas, que en punto á los derechos de la potestad real prevalecían en el Derecho constitucional á los principios de la Edad Moderna, y hay ele-

mentos procedentes del carácter personal de Felipe segundo.—Coincide el descubrimiento y la conquista de América con lo que se ha llamado el Renacimiento: ¿qué fue el Renacimiento?—El Renacimiento no fue sino el entusiasmo, con que se comenzaron á estudiar las obras literarias de la antigüedad pagana clásica: esas obras no habían sido enteramente desconocidas en la Edad Media; pero de la forma literaria de ellas no se había hecho en aquellos tiempos el aprecio entusiasta, apasionado y hasta exclusivista, que se comenzó á hacer desde el siglo quince y principios del dieciséis: de la admiración de la forma literaria se pasó casi insensiblemente á la aceptación del fondo; y así resucitaron las ideas y las doctrinas, que los paganos habían profesado acerca de las atribuciones y derechos de la autoridad real. De este modo se comprende cómo llegaron á prevalecer en las escuelas de Derecho las teorías paganas, y cómo las monarquías absolutas se constituyeron, sin que semejante organización del poder supremo sorprendiera á nadie. Teniendo en cuenta estas teorías y las tendencias del carácter natural de Felipe segundo, explicaremos fá-

oilmente el sistema de gobierno, que se implantó en las colonias. Era aquel monarca varón severo, sumamente activo para el desempeño de los deberes de su dignidad, constante en el trabajo, propenso de suyo al rigor, nada aficionado á las distracciones y amigo del orden: hizo del gobierno la ocupación predilecta de su vida, y quería conocerlo todo por sí mismo, y disponerlo todo por sí mismo: á esto se debió el sistema, con que fueron gobernadas las colonias. Sistema fundado en la autoridad absoluta del Rey, que era quien lo hacía todo en América, y sin cuya autoridad nadie podía hacer nada. De este modo, todas las energías individuales y colectivas quedaron enervadas y cohibidas en la colonia; y así estuvieron durante tres siglos continuados.

### III

En cuanto á la autoridad eclesiástica, á causa de la delegación del ejercicio del patronazgo real quedó de hecho, en la práctica, sometida y subordinada al gobierno ci-

vil.—El Papa era reconocido y acatado como Jefe de la Iglesia; pero no podía ejercer su apostólica autoridad en las diócesis coloniales, sino con la venia y el consentimiento expreso de Su Majestad, y sólo como Su Majestad lo consintiera: las diócesis coloniales eran propiamente diócesis secuestradas de la jurisdicción pontificia por el Real Consejo de Indias, que era el tutor y el moderador de la autoridad eclesiástica en las colonias, en nombre del Rey y alegando un derecho de patronazgo, ampliamente interpretado. Tan ampliamente era interpretado el derecho de patronato, que las disposiciones de las rúbricas no se podían observar en la celebración de los Divinos Oficios, sin el permiso explícito del Rey. ¿Quién era, pues, en realidad, el verdadero Jefe de la Iglesia en América durante el gobierno colonial?—Era el Rey de España: para negarlo, sería menester borrar la historia de tres siglos y destruir por completo los monumentos escritos de la legislación hispanoamericana.

En el patronato eclesiástico, tal como lo ejercieron los Reyes de España en América, es de todo punto necesario no confundir

*el derecho, con la reglamentación del ejercicio de ese derecho; pues, si el derecho fue legítimo en su origen, en el ejercicio del derecho se cometieron muchos y grandes abusos, por los cuales la Iglesia vino á quedar enteramente subordinada á la autoridad temporal, con mucha mengua de su sagrada independencia.*

Bajo el gobierno de los monarcas de la casa de Borbón prosperó en la Península la escuela de los regalistas, que atribuían á la autoridad de los reyes una gran intervención en el régimen interno de la Iglesia, y principalmente en el nombramiento de Obispos y en la colación de todos los oficios y beneficios eclesiásticos, con las llamadas regalías ó derechos inalienables de la Corona. Los doctores regalistas defendieron, como derechos legítimos, todos los abusos del patronato, con lo cual la Iglesia quedó reducida á la más triste servidumbre. Nos bastará recordar los *recursos de fuerza* ó las reclamaciones llamadas *Ab-abusu*. ¿Qué eran estos recursos de fuerza, sino la servidumbre de la autoridad espiritual? ¿Qué eran sino la subordinación de la legislación canónica al poder real y á los

tribunales civiles? . . . ¿Sería esto independencia? ¿Podría ser esto protección?

Y ¿qué resultó al fin de semejante sistema de Gobierno?—Resultó lo que no podía menos de resultar: la más funesta é incurable relajación de la disciplina eclesiástica. El Clero se olvidó de la santidad de su estado, porque contaba con la impunidad, desde que la autoridad de los Obispos no podía proceder á la corrección de los culpables, sin exponerse á ser ella misma arrastrada por éstos, como criminal, á los tribunales legos: las consecuencias, que para la moral pública resultaron de este procedimiento tan contrario á la independencia de la autoridad espiritual, fueron muy funestas. Consta que nunca fue patrocinada la inocencia: la autoridad civil amparó siempre á los culpables, quienes de ese modo quedaron inmunes de castigo, y se enduccionaron en el escándalo.—En los Recursos de fuerza está, pues, una de las más terribles causas de la relajación de la disciplina eclesiástica durante el gobierno colonial en América.

La Iglesia católica (permítasenos la expresión), vivía enjaulada: las barras de su

jaula eran las regias prerrogativas del patronato de su Majestad católica: vivía libre; pero su libertad era la del águila presa en una jaula. ¿Qué le importa á la reina de los aires que su jaula sea jaula de oro, si es cárcel, si vive aprisionada? . . . . La Iglesia católica ¿podía hacer algo en América, sin permiso del regio patrono? ¿Podía siquiera acercarse al lecho de un moribundo en los hospitales? ¿Podía tender la mano al desvalido, recoger al expósito, sin previa licencia del Rey? Les era lícito á los Obispos congregarse en concilios provinciales, sin el beneplácito real? Su Majestad tomaba siempre asiento en las asambleas eclesiásticas, y se hacía representar en éllas por sus virreyes, quienes mantenían el cetro del monarca levantado sobre las cabezas de los prelados: no, la Iglesia católica en América no conoció lo que era independencia: vivió siempre como pupila de la potestad real. Para asegurar lo contrario, sería menester borrar la historia de la colonia, y esa historia ahora ya no es posible borrar.

Sin permiso del Rey ¿qué podía hacer la Iglesia en América?—Nada: absolutamente nada!! . . . . Por la criba, por el tamiz del

Real Consejo de Indias tenía de pasar la misma jurisdicción del Papa, antes de llegar á América: á la América no llegaba sino lo que el Real Consejo permitía pasar y nada más. ¿Era esto libertad? . . . ¿Sería esto independencia?

Los ministros reales, los gobernantes civiles eran celosísimos de su autoridad, de las regalías de la Corona, de los derechos de Su Majestad, de los fueros y de las preeminencias de la dignidad del soberano, cuya persona representaban ellos en la colonia: de ahí las competencias con los Obispos, los altercados ruidosos, los rompimientos implacables, la prodigalidad de las censuras eclesiásticas, tan frecuentes y tan escandalosas durante los tres siglos, que duró en América el régimen colonial.

Para que haya paz verdadera y tranquilidad perfecta en la sociedad, es necesario que se conserve el orden establecido por Dios, autor de la sociedad humana; y ese orden consiste en la armonía inalterable y en la concordia sincera de las dos potestades, respetando la una la independencia de la otra, sin que ni la eclesiástica se extralimite de la órbita de su jurisdicción; ni la civil in-

vada los derechos de la eclesiástica, pues ambas, de común acuerdo, han de trabajar por el bien general de los asociados. En la historia de las colonias hispano-americanas era muy frecuente el estado de rompimiento de las dos autoridades.

El Gobierno republicano se creyó, sin razón ninguna, heredero del patronato eclesiástico de los Reyes de España, y continuó la servidumbre de la Iglesia, y siguió siendo ésta una rueda en la máquina administrativa del Estado, hasta el momento en que el liberalismo, apoderado de la fuerza pública, echó á Dios á un lado, como un estorbo para el gobierno de los pueblos, y proclamó, como el mayor de los adelantos políticos del siglo, el ateísmo práctico en la política.—La lucha entre la autoridad eclesiástica y los Gobiernos ateos de las colonias emancipadas de la Madre Patria, fue, pues, necesaria para salvar los únicos elementos de verdadera civilización de las nacientes Repúblicas americanas.





## CAPITULO SEPTIMO

### COSTUMBRES

Misera situación de los indios. — El P. Las-Casas. — Los negros. — El P. Pedro Claver. — Descos de que haya Santos. — Destrozos causados por el liberalismo. — La libertad es necesaria á la Iglesia católica. — Sin independencia la libertad es ilusoria.

#### I

**H**EMOS discurrido acerca del patronato eclesiástico de los Monarcas de España sobre las iglesias de América; hablemos ahora de las costumbres y de ciertos hechos notables del tiempo de la dominación colonial.

La instrucción no fue el único beneficio dispensado por la Iglesia católica á los americanos. Los conquistadores, des-

pués que demolieron las antiguas monarquías de Méjico y del Perú, hicieron montones de oro y, dando por concluída su obra, ya no pensaron más que en satisfacer sus concupiscencias; mas entonces fue cuando principió para la Iglesia católica una tarea difícil y penosa. La sociedad que existía en el Nuevo Mundo era un verdadero caos moral, sin más leyes que pasiones desenfrenadas, y en ese caos era necesario hacer que reinara orden y hubiese armonía.

En los primeros tiempos de la colonia, lo mismo que ahora, había en América dos pueblos, distintos uno de otro, en condición diversos y en fortuna contrarios, á saber, el pueblo conquistador y el pueblo conquistado. El pueblo conquistado, es decir, los pobres indios sufrían las espantosas consecuencias, á que su repentino cambio de posición social les había condenado. En efecto, los indios vieron llegar, de repente, á los europeos, ponerles fuertes cadenas y reducirlos á dura servidumbre: privados entonces de libertad, extranjeros en su propia patria, huéspedes hasta en su mismo hogar, siempre tristes, abrumados

bajo el peso de cargas que no podían sobrellevar, apenas, apenas alcanzaban á entretener entre amarguras y dolores una vida, que les había llegado á ser insoportable. Unos, cautivos en los obrajes, trabajaban sin descanso los días y las noches: otros labraban la tierra, vigilados por amos duros, y faltos de abrigo y de comida: éstos, sepultados en las minas, buscaban ese oro funesto, que nunca llegaba á saciar la hidrópica codicia de los castellanos: aquéllos, como acémilas, á sus propias espaldas trasportaban de un lugar á otro al conquistador, por páramos helados y sitios malsanos, vadeando ríos caudalosos y salvando precipicios. Jamás oían una palabra suave, ni una expresión de cariño. La perversidad de los conquistadores llegó hasta el extremo de tener por insensibles á los indios, viéndolos tan sufridos: se les hizo la injuria de creerlos incapaces de los tiernos afectos de familia, y el amo separaba á la esposa del marido, y á los hijos de la madre; el pudor del lecho conyugal fue insultado por la desvergonzada licencia del conquistador, sin que á la honestidad de las pobres indias sirviese de

salvaguardia la pobreza, dos veces sagrada para un cristiano. A los sacerdotes católicos, se debió, como dice el más concienzudo de los historiadores modernos, que los indios no se acabasen completamente en América. Al lado de los conquistadores, esos hombres de hierro que tenían corazón de héroe y fuerzas de titán, venían los sacerdotes, para interponerse entre el vencido y el vencedor.

## II

Y entre esos sacerdotes el más célebre fue el P. Fr. Bartolomé de Las-Casas, dominico. Las-Casas fue, en efecto, el verdadero ángel tutelar de los indios. Vino á América, vió la dura servidumbre en que estos infelices gemían, y su corazón de sacerdote no pudo menos de encenderse con santa cólera contra sus opresores: hablóles enérgicamente, les conminó en nombre de Dios á que mudaran de conducta; y, aunque sus palabras se estrellaron en el corazón egoísta del avaro con-

quistador, no por eso se desalentó: su vida peligraba, si seguía hablando, mas no guardó silencio; antes, tanto más esforzado cuanto más combatido, atraviesa tres veces el Océano, se presenta en la corte de España, y no la deja reposar hasta que logra ver puesto algún remedio á ese cúmulo de males que oprimía á los desventurados indios. Cisneros, el gran ministro, del cual dijo Leibnitz que, si hubiera como comprar un ministro, la España debería dar por tener otro Cisneros todos los tesoros del Nuevo Mundo, Cisneros escuchó con atención á Las-Casas, y las primeras medidas que se tomaron para proteger á los indios fueron dictadas por aquel famoso Cardenal.

Más tarde, como el mal fuese creciendo espantosamente, Las-Casas se presentó de nuevo ante Carlos Quinto; y el monarca que decía, con justificada jactancia, el Sol no se pone nunca en mis dominios, oyó de la boca de un pobre fraile dominico palabras que le hicieron temblar. «Señor, le dijo el fraile, no habéis recibido de Dios las Indias para destrucción de sus habitantes, sino para convertirlos á la fe: acordaos,

pues, que sobre vos hay un Juez, que os tomará estrecha cuenta de vuestras acciones».

Nada poue miedo al Defensor de los Indios; tiene por enemigos á todos sus compatriotas, y el odio de éstos le hace cobrar nuevos bríos: predica, escribe, disputa; ruega, suplica, iusta, amenaza á los reyes con la justicia de Dios. Sus enemigos se unen contra él para hacerle daño; mas no retrocede: ni las calumnias le abaten, ni las amenazas le asustan; ni las dilaciones y tardanzas calculadas le desalientan, y tanto puede su constancia que, al fin, triunfa, y el triunfo de Las-Casas es el triunfo del cristianismo y de la civilización. Gloria á la Religión que produce tales hombres!!... ¡Oh! Padre Las-Casas! Tu solo nombre ha dado á España más honra que infamia le causaron los excesos de los conquistadores! Prelado sin igual, eres el coloso del sacerdocio americano... Inspirado por el Evangelio, fuiste constante como la fe, resuelto como la esperanza, infatigable como la caridad: en tu obra civilizadora, arrollaste los obstáculos y te engrandecieron las dificultades!...

Otros buscarán defectos en el P. Las-Casas para deshonorar su memoria; nosotros creemos que esos sus mismos defectos eran necesarios para conseguir el fin que se había propuesto y para llenar su destino providencial. La Historia le ha limpiado además de la mancha de haber cooperado á la esclavitud de los negros en América.

El ejemplo dado por el P. Las-Casas fue fecundo. La Orden entera de Santo Domingo adoptó las ideas de Las-Casas sobre la libertad de los indios, y las sostuvo con ese celo fervoroso característico de esta Orden en todo lo que emprende para gloria de Dios. El P. Luis de Valdivia en Chile y el P. Vieira en el Brasil, ambos jesuitas, siguieron el ejemplo dado por Las-Casas, y partieron el uno á la Corte de Madrid, y el otro, á la de Lisboa, para defender á los indios y pedir justicia contra la rapacidad de los conquistadores. La voz de los Misioneros fue robustecida por las quejas que no cesaban de elevar los Obispos en favor de los indios, y á esta santa tenacidad se debieron aquellas órdenes sabias que dictaron los

Reyes para el buen gobierno de sus colonias de América.

Al mismo tiempo que los Padres Vieira y Valdivia defendían la causa de los indios ante los Reyes de Europa contra los conquistadores; los Padres Anquieta y Nobrega se entregaban por sí mismos en rehenes, quedando cautivos entre las hordas de caníbales del Brasil, para salvar la vida de algunos de esos mismos conquistadores. Tan brillantes páginas tiene la Iglesia católica en la historia de América!

### III

Hay en la sociedad humana una raza infeliz, á quien le ha cabido en herencia, siempre y en todas partes, la esclavitud, y cuyo patrimonio ha sido la miseria: raza desgraciada, á quien en el banquete de la civilización no le ha tocado sino hambre, ignorancia y degradación. Esa raza es la de los negros. Comprados en su tierra eran traídos á los mercados de Cartagena, donde se los vendía por esclavos; destinados por sus amos al cultivo de los campos

ó al laboreo de las minas, para ellos no había más descanso que el de la fosa común. Empero los negros tuvieron también su apóstol en América y lo fue el B. P. Pedro Claver de la Compañía de Jesús.

Claver, cuyo nombre debe ser trasmitido á las generaciones futuras grabado con caracteres de diamante en las páginas de la historia, Claver se llamaba á sí mismo esclavo de los pobres negros esclavos y fue para ellos padre, que, con los brazos abiertos, estaba aguardándolos cuando llegaban al puerto, para darles el ternísimo abrazo de la caridad cristiana; hermano, encontrado en la tierra de su esclavitud; bienhechor, que curaba sus llagas, aligeraba sus cadenas, se hacía participante de su aflicción, les acompañaba en su desamparo, ilustraba su entendimiento y les abría la puerta del paraíso, y, por fin, único amigo que iba á orar sobre su sepulcro. ¡Pobres negros! á su pobre sepulcro no daban sombra los árboles de la tierra natal. . . .

Cuánto habría tenido que padecer el santo jesuita, en cuarenta años de un apostolado tan penoso; no es posible ni imaginarlo siquiera. Cuando pensamos en los méritos

de este varón extraordinario, se nos dilata el corazón: el mundo, ciego é injusto, suele levantar monumentos suntuosos para honrar la memoria de grandes criminales, que han hecho gemir á las naciones, y deja olvidada la tumba del inmortal Padre Claver: sí, junto á esa tumba, casi ignorada, no se canta otro himno de gratitud sino el monótono bramido de las ondas del Atlántico, que, allá de cuando en cuando, vienen á azotar las costas de Colombia!

Mas á aquel á quien ha olvidado el mundo, la Iglesia católica le ha levantado altares.

Mientras que unos sacerdotes defendían á los indios en la Corte de los Reyes, otros, principalmente los individuos de las Ordenes religiosas, derramados por nuestras miserables aldeas, evangelizaban á la gente sencilla de los campos. Nos causaríamos, si quisiéramos referir solamente los nombres de aquellos verdaderos discípulos de Jesucristo, que se llamaba á sí mismo apóstol de los pobres. Un P. Salvatierra, fundador de las trabajosas misiones de California; un V. P. Margil de Jesús, que convir-

tió al cristianismo pueblos innumerables en Centro América; un P. Onofre Esteban, enriquecido con el dón de milagros; un P. Olmedo, compañero y director de Hernán Cortés, en fin, un P. José Segundo Lainez, que á mediados de este siglo moría de extenuación y de fatiga en las soledades del Ocaquetá. Y ¿quién llevará á mal que recordemos aquí, con gratitud, el nombre del Ilmo. Padre Plaza, Obispo de Cuenca, nuestro compatriota, que durante medio siglo vivió sepultado en las selvas del Ucayali, evangelizando á las tribus salvajes del Perú?

De Francia se ha dicho con mucha verdad que fue formada por los Obispos, con aquel esmero y constancia que emplean las abejas en labrar su colmena: lo mismo se puede decir de la América y con igual verdad.

El V. Pedro de Betancur fundó los Hermanos y las Hermanas de Belén, dedicándolos por un voto especial á enseñar las primeras letras á los niños y niñas pobres, y á servir á los enfermos en los hospitales. Tan benéfico instituto, nacido en Guatemala, no tardó en propagarse por la ma-

yor parte de América. Ya los hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios habían venido antes y fundado hospicios y casas de caridad en varias partes, y las Madres de la Enseñanza tenían abiertos sus conventos para educar niñas. Así en América la Iglesia católica hizo grandes bienes á los pueblos, por lo cual de ella se puede decir siempre lo que del divino Maestro *pertransiit benefaciendo*, donde va derrama bienes.

Mas ¡ay! la época de los santos pasó!... Pasó pronto; pasó como para no volver nunca... Ya recordamos esos tiempos benditos, tiempos de Santo Toribio de Mogro-vejo, cuando florecieron los santos en América. ¡Santos!... Ah los santos!!... ¡Cuánto tiempo hace á que en América no los tenemos! Francia, esa tierra de Voltaire y de Renán, tiene Santos; Italia es fecunda en ellos; los países disidentes, donde el catolicismo es apenas tolerado, han gozado la dicha de poseerlos y solamente la América no los tiene... Todo hemos tenido... Guerreros famosos, patriotas eminentes, sabios notables, poetas sublimes y, para que nada falte, también grandes cri-

minales; solamente santos no hemos tenido!! . . . ¡Cuán grande es la necesidad que de santos tienen estas naciones! ¡Oh tierra americana, abríos y brotad santos!! . . . Nubes llovednos como un rocío esos justos que tanto necesitamos!! . . .

#### IV

La época del descubrimiento del Nuevo Mundo fue notable bajo muchos respectos y entonces coincidieron varios hechos, que modificaron profundamente las condiciones sociales de la Iglesia católica. Así, en el orden religioso se verificó la Reforma protestante; en el político, el establecimiento de las Monarquías absolutas y de los ejércitos permanentes, y, en el literario, el renacimiento de las antiguas formas literarias de los griegos y latinos. El protestantismo enseñó la unión de las dos potestades, la espiritual y la temporal, en las manos de los Reyes; la monarquía absoluta hizo de éstos los únicos árbitros de la suerte de los pueblos, y la pasión por

las obras de literatura y de arte de los antiguos inspiró desdén y menosprecio respecto de todo lo que era cristiano. Como por instinto, procuraron, pues, los Monarcas enseñorearse de las conciencias de sus súbditos, para tener de esa manera mejor asegurada su autoridad: dominar los cuerpos les pareció poca cosa, si no dominaban también las almas. Los Reyes que permanecieron fieles á la Iglesia católica lograron, por medio de privilegios y concesiones de la Santa Sede, lo que los protestantes habían alcanzado con la rebelión. Hé ahí cómo se explica por medio de la historia ese derecho de patronato tan amplio y extenso que llegaron á tener los Reyes de España sobre las iglesias de América. Más tarde, los letrados de la Corte de Madrid sostuvieron la doctrina de los derechos naturales de la corona sobre las cosas eclesiásticas, enseñando que era inherente á ésta lo que en un principio no había sido más que gracia y privilegio. La Santa Sede se contentó con poner los libros de aquellos doctores en el *Índice romano*; pero la escuela ó secta regalista estaba ya fundada.

Sucedió, por desgracia, que los patriotas de América, cuando trataron de establecer entre nosotros el gobierno republicano, buscasen instrucción en la lectura de obras, principalmente francesas, en las cuales sus autores con el amor á las formas republicanas inspiraban también cierto odio secreto á la Iglesia católica. De esta manera, sin que nadie lo advirtiese, se pusieron en América los fundamentos del más monstruoso de los liberalismos. Los Gobiernos de nuestras repúblicas hicieron lo que José segundo en Austria; dictaron leyes sobre asuntos sagrados, suprimieron conventos, se apoderaron de los bienes eclesiásticos, modificaron la disciplina de los regulares, etc., etc., todo esto fundados en la extraña doctrina de que habían heredado el patronato de los Reyes de España.

Los efectos lamentables de semejante conducta no se dejaron aguardar, pues la sociedad americana se vió conmovida hasta en sus más íntimos fundamentos. La Santa Sede, por su parte, adoptó una prudente reserva; y por medio de generosas y largas concesiones ha trabajado hasta aho-

ra y sigue trabajando todavía por remediar abusos, que han llegado á ser inveterados.

Las gracias y concesiones hechas por la Santa Sede á los Gobiernos civiles han dado á éstos una participación muy grande en la jurisdicción espiritual, de donde en muchas partes ha resultado necesariamente la pérdida de la independencia de la Iglesia. Jesucristo, el divino Fundador de la Iglesia, la estableció en la unidad, pues, según sus mismas expresiones, no quiso que hubiese más que un solo rebaño con un solo pastor, *unum ovile, unus Pastor*: ese pastor único del rebaño de Jesucristo es su Vicario en la tierra, el sucesor de Pedro, el Papa, por quien deben ser pastoreados y regidos los fieles. Quanto contribuya, pues, á conservar la unión entre la Santa Sede y los fieles; todo lo que sirva para estrecharla y robustecerla más ha de ser buscado y amado por los católicos, porque quien más se une con Roma más se estrecha con Jesucristo. Hé aquí el peligro terrible que encontramos nosotros en esas largas concesiones, que los Papas hacen á los volubles Gobiernos de nuestros tiempos; pues, cuando el liberalismo toma

en sus manos el cayado pontificio no es para regir, sino para dispersar el rebaño de Jesucristo, y, por medio de la misma Roma, alejar á los fieles de Roma. El día en que los católicos se acostumbren á no depender del Papa sino como por comedimiento en cuanto á la jurisdicción espiritual, pronto oirán también de mala gana las enseñanzas y doctrinas de la Santa Sede.

Hay una diferencia muy grande entre los Reyes de otras épocas y los Gobiernos de nuestros días en punto á sus relaciones con la Iglesia católica: aquellos Reyes antiguos pedían gracias y privilegios á la Santa Sede, porque creían en la divinidad de Jesucristo y se preciaban de ser hijos sumisos de la Iglesia; los Papas concedían á esos Reyes gracias y privilegios en remuneración de los grandes servicios hechos por ellos á la Iglesia, é imponiéndoles la obligación de mantener á los ministros sagrados y sostener el culto divino. Hoy los Gobiernos piden derechos sobre las cosas sagradas para hacer grandes daños á la Iglesia; y como méritos para que los Papas les concedan gracias y privile-

gios alegan la confiscación de las rentas eclesiásticas y el despojo de los bienes del clero. Los Papas de otras épocas premiaban á los Reyes por sus buenas acciones: hoy los Papas conceden á los Gobiernos lo que éstos les piden, deseando evitar mayores males á la Iglesia, pero sin desconocer que las mismas concesiones son muchas veces males, por desgracia, irremediables.



## CAPITULO OCTAVO

### CONCLUSIÓN

Relación íntima entre el catolicismo y la civilización. —  
Eterna duración de la Iglesia católica. — Protesta.

#### I

**S**E cuenta que, cierto día, asomó en las calles de Florencia un furioso león, escapado de la jaula, en que lo mandaba custodiar el Gran Duque de Toscana. Las calles se despoblaron á la vista de la fiera; todos huían despavoridos, procurando poner en salvo sus vidas: entre los que huían iba también una madre, llevando estrechado en su seno un niño tierno, al cual, con el afán de huír precipitadamente, dejó caer en tierra, cuando el león estaba ya

muy cerca. Vuelve la mujer á mirar hacia atrás y ve á su hijo en las garras del león, que lo había tomado del suelo y parecía como si lo fuese á devorar; lo vió la madre y, olvidándose de sí misma, corrió hacia la fiera, se hincó de rodillas delante de ella, y, levantadas ambas manos, le gritó diciéndole, cual si pudiera entenderle, devuélveme mi hijo!. . . El grito sublime de la madre suspendió al león, que, levantando la cabeza, la miró y siguió adelante, dejando ileso al niño. El liberalismo es ahora el león que anda dando la vuelta al mundo, desolado al aspecto de fiera tan terrible; libre se pasea por las naciones y, cuando topa con la indefensa Iglesia católica, la ase con sus garras para devorarla, sin que ni gracias, ni concesiones de la Santa Sede logren aplacarle, pues el error moderno, aunque tan feroz como el león de Florencia, no es tan generoso. Antes sucede con frecuencia que, después de obstinados y heroicos combates en defensa de la libertad eclesiástica, el Papa éntra en la tienda de Aquiles, para pedirle el despedazado cadáver de Héctor, porque del matador de su hijo se contenta

con alcanzar siquiera que no arrastre por el polvo sus sangrientos restos.

Dos clases de potentados piden gracias y privilegios á la Santa Sede: unos, como Felipe segundo, disponen del derecho de patronato para hacer bienes; otros, como los Gobiernos descreídos de este siglo, piden gracias y privilegios al Papa, á fin de acabar de una manera segura con la Iglesia: de los muchos modos de hacer la guerra á la Iglesia este es el más terrible. Las cadenas no las forjarán ya los enemigos de la Iglesia con las propias manos de ellos, sino con manos ajenas; con manos, que, en otro tiempo, rompieron grillos de secular servidumbre. Los Filisteos no pretenden otra cosa sinó la muerte de Samsón; por eso andan afanados por descubrir el secreto de su extraordinaria fortaleza, y saben muy bien que lo que no rinde la fuerza suelen quebrantar los halagos. ¡Qué Dálila emplee, pues, traicioneras caricias hasta dejar al Juez de Israel inerme é indefenso!!... Lo que eran los cabellos para Samsón eso es para la Iglesia su libertad: los Gobiernos de nuestros días han dado ya con el secreto de quitar al Naza-

reno su bendita cabellera, á la Iglesia su sagrada libertad: y ahí está ese Samsón de otros tiempos, ciego y sin vigor, expuesto á las burlas y sarcasmos de sus enemigos.

Acabemos de persuadirnos, por fin, que las regalías no tienen otro objeto que privar á la Iglesia de su libertad, para reducirla á la condición de sierva.

## II

¿Qué es un obispo?... Un obispo es en medio del pueblo el representante del orden sobrenatural, la protesta viviente de la ley del espíritu contra los goces de la materia, el centinela vigilante de los derechos de Dios, de los derechos de los pequeños, de los derechos de los que padecen, en una palabra, de los derechos de la inmensa mayoría de eso que es y se llama pueblo. Por esto los obispos son aborrecidos, por esto los obispos sufren persecuciones, porque aquellos que ponen su dicha en gozar aquí en la tierra no quisieran que hubiese bienes y males eternos: los que ha-

cen consistir la perfección del hombre en lo terreno desdeñan la perfección moral, y los que pretenden avasallar á sus semejantes, para dominar sobre ellos, principian por olvidarse de Dios, para envilecer á los hombres. De ahí esa guerra tenaz, de ahí esa lucha sin treguas entre los sacerdotes y los déspotas, entre los Pontífices y los tiranos: aquéllos han sido puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios; á éstos encumbra de repente el caprichoso viento de las revoluciones políticas, que hacen oficio de huracanes en la sociedad, sacudiendo los montes, levantando en alto la ruin basura.

¿Qué es un sacerdote? . . . La existencia del sacerdote sería un enigma, si el destino del hombre terminara solamente aquí en la tierra. Desde la tosca piedra, que se pone de cimiento al templo católico, hasta la campana que congrega al pueblo á la oración, todo es admirable en la Iglesia católica, porque todo es un recuerdo incesante dado al hombre de su destino eterno, de su fin sobrenatural: el hombre tiende á hundirse en el mundo de los sentidos; la Iglesia lo levanta, á cada mo-

mento, hacia las regiones de la luz in-creada.

La Iglesia edifica: sus enemigos destruyen. Ved lo que ha pasado en América.... Medio siglo de persecución contra la Iglesia ha bastado para arruinar la obra de tres siglos de trabajos y tareas incesantes. Los obispos, proscritos, han ido á morir en tierra extraña; los sacerdotes han sido puestos como blanco á los tiros de la calumnia y de la maledicencia; los religiosos, dispersados y condenados á exterminio, han andado fugitivos como criminales, y de sus asilos han sido arrojadas violentamente hasta las mismas inofensivas monjas: los monasterios se han convertido en cuarteles, las casas de oración en casas de placer; los colegios han disminuído y las mesas de juego se multiplican como por encanto. Los pueblos, entre tanto, ¿han ganado ó han perdido?.... Quien dijese que han ganado, no acertaría á explicar por qué la hoguera, prendida por la guerra civil, no se ha apagado hasta ahora con esos ríos de sangre, que han corrido en luchas fratricidas. Cuanto ha perdido la ley ha ganado la fuerza....

La Religión católica es la única que puede hacer la prosperidad y bienestar de las naciones americanas; y, sin la libertad é independencia de la Iglesia, la Religión católica no produciría grandes bienes: trabajar por la independencia de la Iglesia es trabajar por la libertad política de los pueblos: defender la independencia de la Iglesia es defender la dignidad humana.

¡Santa Iglesia católica! Nadie puede ser indiforente respecto de tu libertad é independencia, porque nadie puede ser indiforente respecto de Jesucristo, el Hombre-Dios, que te fundó sobre la tierra: Jesucristo ama tu libertad, y el Dueño de las naciones te fundó en medio de ellas, dándote reino espiritual, independiente de las potestades del siglo!!....

Santa Iglesia católica, Iglesia civilizadora! ¿Quiénes son tus enemigos? ¿Quiénes?.... ¿La ciencia?.... ¡Ah! nunca fue la luz enemiga de la luz!.... ¿La libertad?.... Tú rompiste las cadenas del esclavo, enseñando á los hombres el dogma de la igualdad humana, fundada en la filiación divina, por la cual todos tenemos derecho de llamar á Dios NUESTRO PADE!

Tus enemigos te cargan de cadenas, te acribillan á heridas; pero, así encadenada y agonizante, les infundes terror: echan el dado sobre tu túnica, para repartirse á la suerte tus bienes; ó rasgan en girones tu manto, para aprovecharse de tus despojos, y te creen muerta para siempre. Empero ese sepulcro en que yaces ahora en algunos pueblos sin fe, será la cuna de tu gloria. . . . ¡Creemos firmemente en tu resurrección!! . . . Allí, donde tus enemigos han sellado tu sepulcro, allí será más gloriosa tu resurrección. . . .

La América se tiende, como un gigante en lecho de espumas, en medio del Océano, reclinando la cabeza en los hielos del polo y hollando con sus plantas las tempestades del Mediodía: arrullada por las olas de dos mares, muestra al mundo su seno despedazado por guerras y facciones continuas. Mas, entre tantas desgracias ha conservado un principio de unión y de paz, una prenda de concordia, en las creencias católicas. ¡Ojalá llegue un día, en que la Cruz haga sombra á pueblos, que hablando una misma lengua no tengan más que un solo corazón! . . . .

Quisiéramos encender en los corazones de todos el amor á la Iglesia católica, para que de esa manera las naciones del mundo formaran ese único redil, que tiene á Jesucristo por pastor, ese único hogar que tiene á Dios por Padre.

Parece que los Gobiernos de nuestros días, nacidos por lo regular de la revolución, temen á cada instante ser devorados por esa misma hidra multiforme que los ha engendrado, y por esto, conociendo los instintos feroces de su madre, se afanan por divertirla, arrojándole iglesias, conventos, obispos, sacerdotes, religiosos, que ella devora, sin que, á pesar de eso, quede satisfecha: el anhelo de la destrucción, el frenesí de ruínas eso la posee, eso la atormenta, y la hidra no quedará contenta sino cuando haya contemplado arder el mundo entero como una sola hoguera inextinguible. La revolución moderna no quiere solamente la destrucción de una ó de otra institución católica; quiere la ruína de todo orden social establecido, y por esto lo que sus garras no pueden hacer pedazos reducen á cenizas sus principios: demolición para lo que oponga resistencia; fuego para

lo que pretenda mantenerse en pie: siempre ruinas!!... Si el orden social ha de salvarse, apóyese en la Iglesia católica, la única institución social, á quien labios infalibles han prometido eterna duración, á pesar de cuantos esfuerzos hagan las potestades del infierno para destruirla.



## PROTESTA

Hace ya más de un cuarto de siglo á que escribimos este Discurso, y, para concluirlo, trazamos los párrafos que preceden: hoy, al darlos de nuevo á la prensa, protestamos que no queremos borrar ni modificar cosa ninguna, y nos ratificamos en todo cuanto hemos escrito: nuestras convicciones no han variado.



# INDICE



	PÁGS.
ADVERTENCIA.....	III
INTRODUCCIÓN.....	V

## CAPITULO PRIMERO

### EL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA

Ley providencial de los acontecimientos humanos. — Los últimos tiempos de la Edad Media. — El protestantismo. — Grandes inventos. — Vasco de Gama. — Colón. — Descubrimiento de la América. — El cristianismo en el Nuevo Mundo. — Reflexiones sobre la conquista.....	8
--	---

## CAPITULO SEGUNDO

### FUNDACIÓN DE LA IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

Los indígenas en la época del descubrimiento. — Dificultades para la conversión de los indígenas. — Obstáculos para la predicación del Evangelio. — Benéficos resultados de la fundación de la Iglesia en América.....	21
--	----

## CAPITULO TERCERO

## MISIONES

PÁGS.

Los misioneros en América. — El apostolado católico. — Establecimiento de las misiones. — Carácter del salvaje. — Sacrificios heroicos de los misioneros. — Obstáculos para la conversión de los indios. — Las reducciones del Paraguay. — Gran número de misioneros. — Filósofos y misioneros. ....	37
--	----

## CAPITULO CUARTO

## LA ÉPOCA DE LOS SANTOS EN EL NUEVO MUNDO

El descubrimiento del Nuevo Mundo: designio providencial en este acontecimiento. — Fundación de la Iglesia católica en el Nuevo Mundo. — La conquista española y la colonización protestante. — La santidad como carácter propio de la verdadera Iglesia de Jesucristo. — Destino sobrenatural de Santa Rosa de Lima y de la Beata Mariana de Jesús: explicación de su género de vida. — San Luis Beltrán y San Pedro Claver. — Apostolado de Santo Toribio de Mogrovejo, Arzobispo de Lima. — Lima ciudad de los Santos. — Los Beatos Juan Masías y Martín de Porres. — El Beato Sebastián de Aparicio en Méjico. — San Francisco Solano, Apóstol del Perú. — San Felipe de Jesús, primer mártir americano. — La América tiene necesidad de Santos..	57
---	----

## CAPITULO QUINTO

## CIENCIAS Y LITERATURA

Servicios que el clero católico ha hecho á las ciencias y á las letras en América. — Gran número	
--	--

	Págs.
de escritores. — Historiadores. — Lingüistas. — Viajeros. — Disposiciones relativas á la instruc- ción pública .....	89

## CAPITULO SEXTO

## EL PATRONATO REAL

Epoocas en que se divide la historia de la Iglesia ca- tólica en la América española. — El patronato real: su origen. — Reglamentación del ejercicio del patronato. — Abusos. — Consecuencias deplora- bles. — El Gobierno democrático y el patrona- to eclesiástico.....	107
--	-----

## CAPITULO SEPTIMO

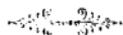
## COSTUMBRES

Misera situación de los indios. — El P. Las-Casas. — Los negros. — El P. Pedro Claver. — Deseo de que haya Santos. — Destrozos causados por el li- beralismo. — La libertad es necesaria á la Igle- sia católica. — Sin independencia la libertad es ilusoria.....	125
---	-----

## CAPITULO OCTAVO

## CONCLUSIÓN

Relación íntima entre el catolicismo y la civiliza- ción. — Eterna duración de la Iglesia católica. — Protesta.....	143
---	-----





ESTUDIOS LITERARIOS



DE LA POESÍA ÉPICA CRISTIANA

POR

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

ARZOBISPO DE QUITO



QUITO

—

TIPOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN SALESIANA

—

1909



## ADVERTENCIA



Este opúsculo sobre la *Poesía épica cristiana* forma parte de nuestros Estudios literarios: se publicó en el "Boletín Eclesiástico", y ahora se da á luz de nuevo, en folleto separado.

Quito, 1909.



## CAPITULO PRIMERO

### PRINCIPIOS GENERALES

Nuestra opinión acerca del concepto de la Belleza. — De lo bello en la Religión cristiana. — Los dogmas revelados. — Reflexiones sobre otros puntos importantes. — Si la Pasión de Jesucristo puede ser asunto de un poema épico. Fundamentos de nuestra conclusión.

#### I



LA BELLEZA es el objeto del arte; pero ¿qué es la belleza? Hasta ahora nadie ha acertado á definirla: Gioberti, después de sentar principios y razonar largamente, concluye diciendo que la belleza es un cierto no sé qué, que está oculto en todas las cosas, y causa un placer espiritual y una sensación agradable al ánimo. La belleza es una cosa abstracta, que

no se ha de confundir con lo bello; así como la noción abstracta de la blancura en general no es lo mismo que el color blanco, de que puede estar revestida la superficie de los cuerpos.— Hay en nuestra alma una cierta facultad espiritual, que percibe lo bello, y, percibiéndolo, se deleita y se complace: lo bello existe en todas las cosas, así físicas como espirituales.

No es lo mismo percibir la belleza, que expresar de una manera hermosa la impresión íntima de agrado y de complacencia, que la contemplación de la belleza ha causado en el ánimo: el que fuere de veras poeta percibirá la belleza y sabrá expresarla de modo que cause en el ánimo de los oyentes ó lectores una emoción deleitable.

Se suele preguntar, si la Religión cristiana es bella, y si, por lo mismo, la belleza cristiana pudiera ser objeto de la poesía: este asunto es complejo, y conviene considerar despacio lo que es la Religión, para poder dar una respuesta acertada.— En la Religión hay un elemento intelectual, que son sus dogmas y sus misterios sagrados: hay un elemento histórico, es decir, los hechos de la vida mortal del Hom-

bre-Dios: hay también un elemento moral, y otro elemento que pudiéramos llamar social, á saber las virtudes enseñadas por el Evangelio, y el culto, con que la Iglesia honra á Dios públicamente. Dogmas, historia, moral y culto externo público, hé aquí los cuatro elementos, en los cuales la mente humana puede buscar en la Religión, la belleza para apacentar agradablemente el ánimo con la contemplación de ella.

Entre los dogmas conviene hacer asimismo una distinción: unos son relativos á la vida íntima de Dios; y otros se refieren al fin último y á los destinos sobrenaturales del hombre.

Los dogmas ó revelaciones, que de su vida íntima se ha dignado hacer el mismo Dios á los hombres, opinamos que no pueden ser asunto adecuado ni de la poesía épica, ni de la poesía dramática; pero sí de la poesía lírica ó subjetiva. La existencia de Dios, su providencia, su justicia, su santidad, su omnipotencia, su sabiduría y su misericordia: su esencia única é incomprendible: sus tres Personas, los atributos que las distinguen y las relaciones inefabíles y necesarias, que esas tres santas y

adorables personas tienen entre ellas: su existencia eterna, su felicidad suma, muy bien pueden ser cantadas por un poeta, con tal que éste sea contemplativo, tenga una fe muy viva, esté animado de una piedad fervorosa y posea conocimientos exactos é ideas claras de todo cuanto relativamente á Dios, á sus divinos atributos y á la augusta Trinidad enseñan las ciencias sagradas.

Empero, esta poesía no puede ser ni narrativa ni representativa, sino solamente subjetiva, es decir, lírica, afectuosa y científica. — En los Salmos bíblicos tenemos la prueba y el ejemplar de semejante poesía.

Cuantas veces en poemas épicos se ha hecho intervenir á Dios, ha descaecido la poesía: se desvanece lo bello y se tropieza con lo inverosímil, y hasta con lo absurdo, como sucede en el *Paraíso perdido* de Milton, en la *Cristiada* de Hojeda y en los *Mártires* de Chateaubriand. Hacer hablar á las Personas de la Santísima Trinidad: poner discursos en boca del Eterno Padre: imaginar arengas dichas por Dios Hijo ha sido el escollo donde ha fracasado el numen poético. Dios ha resultado empequeñecido; y el ingenio del poeta ha sucum-

bido, perdiéndose miserablemente en inverosimilitudes alictivas, y en declamaciones indignas de la adorable majestad de Dios.

La poesía religiosa en los Salmos bíblicos es vehemente, devota, humilde, confiada y reverente: en algunos de esos himnos inspirados hay una como acción dramática, y, á veces, en el diálogo se hace hablar al Unigénito de Dios, dirigiéndose como hombre á su Padre; pero los discursos, que se ponen en boca del Verbo de Dios humanado, son breves, cortísimos, y en nada desdicen de la Majestad divina. La sencillez de la expresión es notable: la sublimidad requiere naturalidad en lo que se dice, espontaneidad en los afectos y parsimonia en el hablar.

La belleza es un no sé qué, que se halla en las cosas: Gioberti no acierta á decirnos lo que es.—Hay cosas, que vistas ú oídas causan en el ánimo una impresión agradable, que lo conmueve y lo regocija tranquilamente: ¿por qué causan esa impresión? ¿Qué es lo que el alma humana alcanza á percibir en las cosas, para que así la conmuevan y deleiten?... Platón dijo que lo bello era el esplendor de lo verdadero:

esta definición le agradaba á San Agustín.

Lo bello resplandor de lo verdadero? . . .  
La belleza resplandor de la verdad? . . .  
¿Hay en lo verdadero una luz, que irradia de las cosas á los ojos que las ven y á la mente que las percibe? ¿Esa impresión luminosa, que parte de los objetos y va á dar y toca en el alma del que los contempla, es la que causa en lo íntimo del ser racional aquella fruición delicada, en nada comparable con las sensaciones de placer meramente sensible?

Dios es quien ha hecho todas las cosas: el Criador es quien con su omnipotencia las sacó á todas de la nada; pero Dios, cuando quiso criar todas las cosas, sacándolas de la nada, ¿tuvo, acaso, delante de sí algún ejemplar, algún modelo, según el cual dió existencia y vida á todo cuanto fue, con su omnipotencia, sacando de la nada? Si tuvo Dios algún modelo, algún ejemplar, algún tipo ¿cuál fue ese modelo, cuál fue ese ejemplar, cuál fue ese tipo? ¿Se halló fuera de Dios? Però, si fuera de Dios se hubiese hallado ¿sería Dios quien es? ¿Sería el único ser, que existe por sí mismo, y que á nadie sino á sí mis-

mo debe su propia existencia? ¿Dónde estaría, pues, el ejemplar, el modelo de todas las cosas, si, acaso, no estaba en Dios mismo? . . . . Dios mismo fue el modelo, el ejemplar, el tipo, que el Criador tuvo delante de sí, cuando, con su omnipotencia, fue sacando las cosas de la nada; y así, no hay cosa que en sí misma no sea una como copia ó semejanza de Dios: en todas las cosas se encuentra algo, que las hace un trasunto, aunque pequeñísimo y muy imperfecto, del Hacedor Omnipotente. En todo cuanto existe hay un rastro, una huella de Dios; y ese rastro, esa huella, que de sí mismo ha estampado Dios en todas las cosas, es lo que las hace hermosas: la belleza increada está reflejada en todas las cosas; y, cuando el alma humana es tocada por esa irradiación de la hermosura de Dios, que se está reflejando en todas las cosas criadas, entonces no puede menos de sentir una impresión suave y deleitable. — La belleza, según nuestro modo de concebirla y de explicarla, no es sino la hermosura de Dios, de la cual, en grados diferentes, participan todas las cosas criadas: Dios es infinitamente perfecto, y, por esto, es tam-

bíen hermoso, con una belleza inefable; y de ese piélago inmenso de hermosura ha hecho participantes á las criaturas, á proporción de la capacidad y naturaleza de éllas.

Enseñan los teólogos que Dios, para que los bienaventurados en el Cielo puedan contemplar la Esencia Divina, les da una luz sobrenatural, con la que las criaturas racionales, de suyo finitas y limitadas, son hechas capaces de ver á Dios cara á cara, y de gozar con el conocimiento y la contemplación de la esencia misma de Dios, en cuyo océano de perfección cuanto más ahondan con la vista del alma, tanto más gozan: Dios acondiciona sobrenaturalmente los ojos de los santos, para la visión beatífica, y la hermosura de Dios los hinche de inefable regocijo y de celestial contentamiento.

Y no es solamente el alma o espiritual la que está predestinada para esa visión y para ese goce; lo está también el cuerpo humano, con ser material, terreno y miserable. Los ojos mismos corporales verán en el cielo la Esencia Divina: los bienaventurados han de resucitar, y, unidas de une-

vo las almas bienaventuradas á los cuerpos que ellas animaron aquí en el mundo, los transformarán, los espiritualizarán; y, así transformados y espiritualizados, los harán capaces y participantes de la gloria celestial.

Hay aquí en este mundo una dolencia, que más es padecimiento del ánimo, que sufrimiento del cuerpo: esa enfermedad es la nostalgia, que invade y acomete á los que se hallan lejos del suelo en que nacieron, y les pone acíbar en todo, haciéndoles echar de menos el hogar nativo. Así, hay también, á su modo, para las almas, elevadas y nobles, una como nostalgia de la patria celestial, que las impele á ver en todo algún trasunto, algún reflejo siquiera de la hermosura infinita de Dios. Ser sensible á la belleza de Dios en las criaturas, eso nos parece que es un dón soberano, concedido por la Providencia, en un grado más ó menos intenso, á las criaturas humanas racionales, aquí, en la tierra: es, dirémoslo así uno como *lumen gloriæ*, con el cual se puede gozar anticipadamente aquí, en la tierra, de la hermosura de Dios, con que está embellecido todo lo criado.

bién hermoso, con una belleza inefable; y de ese piélagó inmenso de hermosura ha hecho participantes á las criaturas, á proporción de la capacidad y naturaleza de éllas.

Enseñan los teólogos que Dios, para que los bienaventurados en el Cielo puedan contemplar la Esencia Divina, les da una luz sobrenatural, con la que las criaturas racionales, de suyo finitas y limitadas, son hechas capaces de ver á Dios cara á cara, y de gozar con el conocimiento y la contemplación de la esencia misma de Dios, en cuyo océano de perfección cuanto más ahondan con la vista del alma, tanto más gozan: Dios acondiciona sobrenaturalmente los ojos de los santos, para la visión beatífica, y la hermosura de Dios los hinche de inefable regocijo y de celestial contentamiento.

Y no es solamente el alma espiritual la que está predestinada para esa visión y para ese goce; lo está también el cuerpo humano, con ser material, terreno y miserable. Los ojos mismos corporales verán en el cielo la Esencia Divina: los bienaventurados han de resucitar, y, unidas de nue-

vo las almas bienaventuradas á los cuerpos que ellas animaron aquí en el mundo, los transformarán, los espiritualizarán; y, así transformados y espiritualizados, los harán capaces y participantes de la gloria celestial.

Hay aquí en este mundo una dolencia, que más es padecimiento del ánimo, que sufrimiento del cuerpo: esa enfermedad es la nostalgia, que invade y acomete á los que se hallan lejos del suelo en que nacieron, y les pone acíbar en todo, haciéndoles echar de menos el hogar nativo. Así, hay también, á su modo, para las almas, elevadas y nobles, una como nostalgia de la patria celestial, que las impele á ver en todo algún trasunto, algún reflejo siquiera de la hermosura infinita de Dios. Ser sensible á la belleza de Dios en las criaturas, eso nos parece que es un dón soberano, concedido por la Providencia, en un grado más ó menos intenso, á las criaturas humanas racionales, aquí, en la tierra: es, dirémoslo así uno como *lumen gloriae*, con el cual se puede gozar anticipadamente aquí, en la tierra, de la hermosura de Dios, con que está embellecido todo lo criado.

bién hermoso, con una belleza inefable; y de ese piélago inmenso de hermosura ha hecho participantes á las criaturas, á proporción de la capacidad y naturaleza de ellas.

Enseñan los teólogos que Dios, para que los bienaventurados en el Cielo puedan contemplar la Esencia Divina, les da una luz sobrenatural, con la que las criaturas racionales, de suyo finitas y limitadas, son hechas capaces de ver á Dios cara á cara, y de gozar con el conocimiento y la contemplación de la esencia misma de Dios, en cuyo océano de perfección cuanto más abundan con la vista del alma, tanto más gozan: Dios acondiciona sobrenaturalmente los ojos de los santos, para la visión beatífica, y la hermosura de Dios los hinche de inefable regocijo y de celestial contentamiento.

Y no es solamente el alma espiritual la que está predestinada para esa visión y para ese goce; lo está también el cuerpo humano, con ser material, terreno y miserable. Los ojos mismos corporales verán en el cielo la Esencia Divina: los bienaventurados han de resucitar, y, unidas de nue-

vo las almas bienaventuradas á los cuerpos que ellas animaron aquí en el mundo, los transformarán, los espiritualizarán; y, así transformados y espiritualizados, los harán capaces y participantes de la gloria celestial.

Hay aquí en este mundo una dolencia, que más es padecimiento del ánimo, que sufrimiento del cuerpo: esa enfermedad es la nostalgia, que invade y acomete á los que se hallan lejos del suelo en que nacieron, y les pone acíbar en todo, haciéndoles echar de menos el hogar nativo. Así, hay también, á su modo, para las almas, elevadas y nobles, una como nostalgia de la patria celestial, que las impele á ver en todo algún trasunto, algún reflejo siquiera de la hermosura infinita de Dios. Ser sensible á la belleza de Dios en las criaturas, eso nos parece que es un dón soberano, concedido por la Providencia, en un grado más ó menos intenso, á las criaturas humanas racionales, aquí, en la tierra: es, dirémoslo así uno como *lumen gloriæ*, con el cual se puede gozar anticipadamente aquí, en la tierra, de la hermosura de Dios, con que está embellecido todo lo criado.

No hay alma alguna humana, que no tenga esta facultad: toda alma racional la posee; pero no todas la poseen en el mismo grado. — En unas es más intensa que en otras: sentir la belleza en las cosas; percibirla, no es lo mismo que saber expresar la sensación y percepción de lo bello: descubrir la belleza en lo criado; deleitarse espiritualmente en la contemplación de ella y saber expresar, por medio del lenguaje articulado, las ideas que lo bello despierta en la mente, y los afectos que enciende en la voluntad, de un modo tan hermoso, que comunique á los oyentes ó lectores una emoción agradable; que recree el ánimo de ellos apaciblemente, éso pensamos nosotros que es ser poeta. El alma del poeta percibe en las cosas la hermosura de Dios.

## II

Conviene analizar despacio este asunto, el cual como ya lo dijimos, es muy complejo.

Comencemos por las cosas naturales, por la consideración del Universo material. — Las cosas materiales han salido, tales como ellas son, de las manos del Criador: existen, pero no tienen conocimiento de su existencia, ni son capaces de ello: no obstante, en virtud de las leyes físicas con que se rige el mundo, las cosas materiales tienen un fin, y lo cumplen. Ese fin no depende de ellas: se lo ha trazado el Criador; y se ha de cumplir, sin que las cosas naturales pongan de su parte nada, ni para llenar ese fin, ni para estorbar su cumplimiento. — Las cosas materiales ocupan, en el inmenso conjunto de todos los seres criados, el último grado de perfección: la mano del Criador les ha dado solamente la existencia, con el modo de ella, es decir, con la forma, con el tamaño, con el color y con las demás cualidades exteriores, mediante las cuales, el hombre puede tener conocimiento de ellas. Las cosas naturales en el Universo material, son, pues, las que menos participan de la hermosura de Dios; y, sin embargo, son tan hermosas, que recrean el ánimo, lo sorprenden y hasta lo enagenan, cuando la vista se detiene, aun-

que no sea más que un momento, en la contemplación de ellas!

Los cielos, las estrellas, la Luna, el Sol, cuán hermosos son! . . . El agua, el fuego, la lluvia, el viento, la nieve: los montes, las llanuras; los ríos, las fuentes, el mar, la luz, son hermosos: cuando Dios los hubo criado, dice la Escritura Santa, que se recreó en ellos, porque eran excelentemente buenos. *Valde bona*. La belleza en los seres materiales nace de su misma perfección, de su modo de ser, y causan una impresión deleitable por medio de la vista, ahora estén aislados, ahora se hallen agrupados en conjunto, formando escenas ó panoramas.

En los vegetales comienza la vida, la cual constituye un grado más elevado en la perfección de los seres criados: la vida se halla distribuída con asombrosa profusión, sobre el globo terrestre, desde el polen, que fecundiza las plantas, hasta las selvas, en que crecen árboles colosales. Hay belleza en las plantas, y la hay también en los animales: en éstos, como en aquéllas, la figura, el color, el tamaño son las cualidades exteriores, que producen la belleza con que

deleitan el ánimo del que los contempla. Si en el reino vegetal la vida se encuentra distribuída con asombrosa profusión, esa profusión no sólo asombra, sino que pasma en el reino animal: seguid la manifestación de la vida, desde el infusorio, que nada á sus anchas en una gotilla de agua, hasta la ballena gigantesca, que juguetea en las olas del Océano.

Dos sentidos, el de la vista y el del tacto, son los que nos ponen en relación inmediata con las cosas materiales criadas; pero la percepción de la belleza nos viene sólo por medio de la vista, y este sentido es el único, que basta para transmitirnos la sensación de lo bello en el mundo material: la vista de los objetos hermosos nos recrea y solaza, y, en ciertas ocasiones, hasta nos consuela, fortalece y vivifica. Los objetos materiales llevan estampada en ellos la huella de la hermosura divina: Dios, al criarlos, dióles cualidades, con que participan de la perfección de Dios; y la armonía de esas cualidades no puede menos de hacerlos hermosos.

En las criaturas racionales, como los hombres y los Angeles, dotados de libertad y

sujetos á una ley moral, la percepción de la belleza no es una mera operación pasiva del alma, sino un fenómeno intelectual, para cuya realización, se pone en ejercicio la facultad de la inteligencia, y, mediante ella, la de la voluntad. Este fenómeno supone nociones previas, bien claras y exactas, sobre la moralidad de los actos humanos, y sobre el fin último de la criatura racional.— Cuando el alma conoce lo que es, y alcanza á rastrear en lo que existe un algo mejor que la realidad, ese algo mejor que lo real, es un grado de hermosura divina que vislumbra el alma; y esa hermosura divina vislumbrada, de la cual podría participar la criatura racional, constituye su belleza posible.

Las acciones virtuosas son bellas cuando son conformes con la ley moral; y entonces la inteligencia, descubriendo esa conformidad, excita en el ánimo una emoción agradable y placentera.

En las acciones humanas, por buenas que sean en sí mismas, siempre se nota que pueden ser mejores, y que, en la escala de la perfección moral hay innumerables grados de bondad, hasta llegar á lo heroico, á

lo que exige sacrificios para ser ejecutado: el heroísmo será tanto más admirable, cuanto más arduo y doloroso fuere el sacrificio. En los poemas narrativos, el poeta finge un grado de bondad superior á la moralidad común y ordinaria; expone los sucesos humanos, no como fueron realmente, sino como debieran haber sido, para salir del orden común y ordinario de la vida humana: no es la verdad, sino la ficción; no es lo real, sino lo verosímil.

Ercilla en su *Araucana* ha idealizado á los caudillos indígenas; no ha conservado la rigurosa verdad histórica: los indios araucanos no eran realmente como Ercilla los pinta.

### III

Ahora es ya tiempo de que hablemos de los dogmas cristianos, considerados como asunto adecuado para la poesía. Los dogmas cristianos ¿podrán ser asunto de poesía?

Los dogmas cristianos relativos al fin último del hombre, á su vida inmortal en el

mundo de la eternidad, pueden ser asunto de poemas, y de epopeyas, que pudiéramos llamar teológicas; pero semejantes obras son de muy difícil ejecución, y se hallan expuestas, más que cualesquiera otras, á dar en lo inverosímil y hasta en lo absurdo.

La inmortalidad del alma es una de aquellas verdades, en que han creído todos los pueblos de la tierra, en todos tiempos; no obstante, solamente el Evangelio ha dado de la manera de ser de esa vida inmortal de ultratumba una noción clara, precisa, bien determinada y digna de la criatura racional. Los dogmas del Juicio particular, del Infierno, del Cielo y del Purgatorio son propios del cristianismo, y una de las enseñanzas, en que la Religión cristiana pone de manifiesto su origen divino y su revelación sobrenatural.

Respecto de estos dogmas, conviene distinguir, con sumo cuidado, lo que la Iglesia católica manda creer como una verdad de fe, lo que enseña como doctrina católica, cierta y segura, y lo que permite opinar ó conjeturar á los teólogos y á los ascéticos: muchas cosas hay, que son meras consideraciones de autores místicos, ó medita-

ciones de almas contemplativas, y también revelaciones, que se dice fueron hechas por Dios á los santos ó á otros siervos suyos.

Distingamos, además, lo verdadero de lo verosímil, y no perdamos nunca de vista en las ficciones poéticas la índole de la facultad inventiva, en la cual tiene la principal parte la imaginación del poeta. La imaginación forja seres, que, en realidad, ó no existen, ó, si existen, no son, ni es posible que sean, como los pinta, con palabras articuladas, el poeta, después de haberse los figurado en su imaginación, tomando elementos de la naturaleza, y arreglándolos y disponiéndolos artísticamente. — Pongamos un ejemplo. — Sabemos por la Revelación la existencia de Satanás, de Lucifer, el príncipe de las potestades infernales, el cual es un ángel, un puro espíritu, sin cuerpo material ninguno; sin embargo, la fantasía de Dante y de Milton le ha dado formas corpóreas humanas, de dimensiones gigantescas; y la rapidez de su acción espiritual les ha sugerido á ambos poetas el adornarle de alas, *asimismo* descomunales; lo cual, aunque ficticio, no parece inverosímil.

El hombre no puede pensar, sin revestir de formas fantásticas las concepciones de su mente; mas, para que las creaciones poéticas, que forja, mediante la labor de su imaginación, sean conformes con el buen gusto, exige la razón que sean verosímiles.

Los misterios, que se refieren á la Encarnación del Verbo Divino, al nacimiento del Hombre-Dios, á la vida, á la pasión y á la resurrección del Redentor, según nuestro juicio, son asuntos muy arduos y difíciles para el poema épico ó narrativo, y se prestan admirablemente para la poesía lírica. — Sobre todo, la pasión será asunto que nunca se prestará á la poesía épica narrativa. — ¿Por qué? La razón es muy obvia. Ese adorable y santo misterio es, en sí mismo, tan sublime, que cualquiera ficción poética, en vez de comunicarle mayor belleza y hacerlo más hermoso, lo empequeñece, y hasta lo rebaja. La narración evangélica es tan concisa, tan sobria, tan serena, y, á la vez, tan sencilla, que desafía las fuerzas del más poderoso ingenio humano, para que la supere en belleza y hermosura.

¿Se inventan hechos, que no están en los Evangelistas? ¿Se añaden circunstancias, para exornar la narración, supliendo lo que calló el Evangelio? — Ese es el más terrible escollo: es imposible acertar con lo verosímil, tratándose de los misterios de Dios, los cuales son, de suyo, oscuros y superiores á los alcances naturales de la razón humana. Gran secreto, secreto recóndito, es el de la unión hipostática: ¿quién puede saber esos fenómenos de la psicología del alma de Jesucristo? — Alma humana, verdadera alma racional humana; pero cuya personalidad, dejando perfecta la naturaleza de hombre, era y es personalidad divina, por la unidad de persona en Jesucristo. ¿Quién será capaz de sondear esos tan hondos, esos tan adorables abismos? . . . Las angustias mortales, las repugnancias misteriosas del huerto; las desolaciones, el desamparo de la cruz, ¿cómo podrá embellecer la poesía? . . . La débil luz de una candela encendida ¿aclarárá el espacio oscuro, donde, en silencio, van las nebulosas transformándose en sistemas planetarios? . . . Confesemos que la Pasión es, en su misma sencillez divina, muy superior á las más

elevadas creaciones de la poesía. ¿No habéis visto esos santos Crucifijos, á los cuales una insensata devoción los deforma, poniéndoles larga cabellera y faldellín ancho, con franjas de oro y cintas de colores? . . . La poesía corre peligro de hacer con la hermosa figura del Varón de dolores, lo que una piedad poco ilustrada hace con las estatuas del Redentor: son obras de arte. . . . Dejadas en su angusta desnudez!

La historia de la Pasión tiene una belleza real, superior, en sí misma, á las más asombrosas invenciones de la poesía: esa belleza está, precisamente, en las circunstancias históricas, en los pormenores verdaderos de la Pasión: esas circunstancias, puestas de manifiesto por una concienzuda crítica histórica; esos pormenores, descubiertos y descritos por la sagacidad de la arqueología judaico-romana, hacen de la Pasión de Jesucristo un suceso tan admirable, tan asombroso, tan interesante, que la poesía más elevada no puede menos de quedar muy inferior á la simple realidad histórica.

Los mismos místicos, los mismos contemplativos (séanos permitido decirlo, con

la debida reverencia), con sus piadosas consideraciones inventadas para ponderar la magnitud de los dolores corporales del Redentor en su pasión, hay ocasiones en que, en vez de engrandecer, han comprometido la austera belleza de tan sagrado misterio: esos pormenores, que entrevió su alma contemplativa, no están conformes con la verdad histórica; la ficción ha causado daño á la realidad: ésta era, en sí misma, más dolorosa que lo que la mente devota contempló. ¿Qué de sangrientos pormenores no han ideado los místicos en la escena de la flagelación? y, sin embargo, la simple realidad histórica es, indudablemente, más aterrante, más dolorosa, más desgarradora, que todos esos pormenores. — Lo que, en sí mismo, es sublime no puede ser más sublime, por la industria humana: la Pasión es sublime por sí misma, y con sublimidad divina. El Hombre-Dios no puede ser héroe de poema: ¿qué belleza podría dar la poesía á Jesucristo? ¿Podría hacerlo, acaso, más hermoso, que lo que el Redentor es en sí mismo? — Si el hombre, con ficciones poéticas, pudiera darnos de Jesucristo un retrato más hermoso, que el que nos ha

trazado el Evangelio, Jesucristo no sería ni verdadero Dios ni verdadero hombre.

Lo que decimos de la Pasión, lo afirmamos también de todas las demás escenas de la vida mortal del Redentor. — No pueden ser objeto de poemas épicos narrativos, porque la verdad histórica es, en belleza, muy superior á las invenciones de la poesía.

Poemas descriptivos pudieran componerse con feliz éxito, así de los milagros del Salvador, como de otros sucesos de su vida, no sólo mortal, sino gloriosa. Los lugares, las personas, las acciones podrían enumerarse, y aun describirse poéticamente, sin faltar á la verdad histórica.

Los hechos célebres de la historia de la Iglesia, como las muertes gloriosas de los mártires, la práctica del culto en las catacumbas de Roma, la predicación del Evangelio, no dudamos que podrían ser descritos y narrados por la poesía épica; y estos asuntos, tanto más se prestarían á las invenciones poéticas, cuanto menos conocidas fueran las circunstancias reales de la historia verdadera. — Un hecho reciente, un hecho contemporáneo, no es asunto propio para las creaciones poéticas: tam-

co lo serán aquellos asuntos, cuyas circunstancias históricas sean de todos muy conocidas. El descubrimiento de América por Cristóbal Colón es uno de esos asuntos: acontecimiento grandioso, el más grandioso de los acontecimientos; pero tan estudiado, tan analizado por la crítica histórica, que se ha hecho imposible toda ficción, por verosímil que sea.

Las ceremonias del culto público, las prácticas piadosas pueden ser cantadas por la poesía: las acciones externas, los mismos edificios sagrados tienen su simbolismo, del cual no sería imposible hacer brotar un manantial de poesía noble, elevada y eminentemente social, pero semejante poesía no podría menos de ser docta y erudita. El himno, el cántico, es la poesía popular, muy propia del cristianismo, y, sobre todo de la Iglesia católica (1).

---

(1) Muy poco es lo que acerca de la índole genuina de la poesía épica cristiana hemos encontrado en los libros ó tratados de Estética; nos contentamos, pues, con citar aquí tan sólo la obra del Padre Souben, titulada *Estética del dogma cristiano*, publicada en francés, el año de 1808.



## CAPITULO SEGUNDO

### UN POEMA ÉPICO RELIGIOSO

Advertencia previa. — La *CRISTIADA* del Padre Hojeda. — El autor. — Asunto del poema. — Dos clases de episodios. — Lo sobrenatural en el poema. — Lucifer y su intervención en el desenvolvimiento y en el desenlace de la acción del poema. — Observaciones fundamentales. — Defectos del poema. — Juicio crítico general.

#### I



ESTOS principios generales, que acerca de la poesía épica cristiana acabamos de exponer, nos obligan á examinar algunas de las más célebres epopeyas religiosas, para hacer notar, con el ejemplo de grandes poetas, lo fundado de nuestras observaciones: principiaremos por la *Cristiada* del Padre Hojeda. — Después haremos algunas reflexiones sobre el *Paraíso perdido* de Milton y sobre la *Divina comedia* del Dante.

El asunto de la *Cristiada* es un hecho histórico religioso, la redención del linaje humano por Jesucristo.

Un hecho real histórico es asimismo el asunto del Paraíso perdido; pero ese hecho entraña un dogma religioso de la revelación cristiana.

El poema del Dante es puramente descriptivo: el asunto es la descripción de la vida de ultratumba, según las doctrinas de la Iglesia católica.

Son, pues, todos tres, poemas esencialmente épicos religiosos.

Comencemos por la *Cristiada*.

Muy poco, casi nada, es lo que se sabe acerca de la vida del Padre Fray Diego de Hojeda, autor de la *Cristiada*. Pertenece, en rigor, esta obra á la literatura del Perú, y es la más valiosa joya de la poesía castellana en la época colonial.

Hojeda parece haber sido nativo de la Península: fue religioso de la orden de Santo Domingo y, sin duda, compuso su poema en Lima. Floreció en la primera mitad del siglo décimo séptimo, mientras duraba todavía el siglo de oro de la literatura castellana.

La *Cristiada* es un poema religioso, épico, narrativo, que tiene por asunto la sagrada Pasión del Redentor: está escrito en octavas reales, según el sistema, que, para la composición de poemas épicos, se adoptó en castellano, en punto á la combinación métrica y á la índole de la versificación. Consta de doce cantos.

El autor, con laudable cordura, sigue un orden rigurosamente cronológico en la narración ó desenvolvimiento de su asunto, y no altera la serie de los sucesos, guardando fidelidad á la historia evangélica. Comienza por la celebración de la Cena pascual, y termina con el descendimiento de la Cruz y la sepultura del sagrado cadáver de Jesucristo.

Las escenas principales son la Cena, la Oración en el Huerto, la Prisión del Señor, el Juicio ante el Sanedrín, la Presentación á Pilatos, la Flagelación, el camino al Calvario, la Agonía, y la Sepultura: cada una de estas escenas principales está narrada con todas las circunstancias históricas verdaderas, y con otras imaginadas por la fantasía del autor. — Estas circunstancias inventadas por el autor son propiamente la

parte inventiva de la *Cristiada*, y la que da á la historia de la Pasión las trazas ó visos de poema.

En cuanto á lo realmente histórico, el Padre Hojeda narra y describe con exactitud los sucesos: por lo que respecta á lo puramente imaginado, se vale de sus ficciones para urdir la trama de la Pasión con hilos de la historia eclesiástica, sin que semejantes invenciones dejen de ser naturales y verosímiles: esta es la parte curiosa ó erudita y original de la *Cristiada* del Padre Hojeda.

Pongamos ejemplos. — En el palacio de Caifás es Jesucristo atormentado con burlas y donaires crueles, en la noche de los improperios; pues el Padre Hojeda pone en juego la ciencia infinita del Redentor, á quien el Verbo le hace ver la muchedumbre innumerable de santos, que serán famosos por su humildad, por su paciencia, por su desprecio de las honras mundanas: cuando Herodes se mofa del Señor y hace irrisión de su persona, mandando que lo vistan con una vestidura blanca, para manifestar que lo desprecia como á loco, el Verbo le hace ver á Jesucristo, en cuanto

hombre, á todos los santos y varones eminentes, que, por su ciencia, se habían de distinguir en la futura Iglesia católica: en la flagelación, contempla el Señor la gloria y el mérito de los mártires. — De estas invenciones se vale el poeta, para entrelazar la historia de la Iglesia con la historia de la Pasión.

Por medio de otras invenciones, todavía más ingeniosas, más verosímiles y, por lo mismo, naturales, entrevera las escenas de la infancia y de la vida pública de Jesucristo con los sucesos de la Pasión. — Así, en el Consejo de los judíos, Gamaliel toma la palabra para defender al Nazareno, y refiere varios hechos de su vida: un pagano, filósofo, relata muchos milagros de Jesús á Pilatos, mientras el Señor es llevado á Herodes, y del Palacio de Herodes regresa al Pretorio: el Arcángel San Gabriel, para confortar á la Santísima Virgen, le anuncia y cuenta punto por punto las apariciones, que hará el Señor después de su resurrección: la Samaritana le da noticias minuciosas sobre el Justo misterioso á la esposa de Pilatos, así que ésta, inquieta y azorada por el sueño que le había atormentado en

la noche de la Pasión, pregunta á las mujeres de su servidumbre quién era aquel hombre, que traían como criminal, al tribunal del presidente romano.

## II

Otros episodios graciosos tiene la *Cristiada*.—Ninguno lo es tanto como el de Lázaro en la mañana del Viernes Santo, en la plaza del Pretorio, mezclado con las turbas, que, instigadas por los enemigos de Jesucristo, vociferaban pidiendo á gritos, que sea crucificado: oía Lázaro las calumnias, que divulgaban contra el Señor y sale, animoso, en defensa del Maestro. ¿Qué hace para defenderlo?—Comienza á referir menudamente toda la historia del milagro de su propia resurrección: él mismo, el que estaba hablando con ellos, el que ellos veían abí, vivo, fue el que murió, el que estuvo sepultado y el que, á los cuatro días después de muerto, resucitó, llamado de nuevo á la vida por el Nazareno.

La narración de Lázaro es sencilla: refiere el asombroso suceso de su resurrección, con serenidad, sin ponderaciones; con

calma y naturalidad. — Este es uno de los mejores pasajes ó episodios del poema. El Padre Hojeda anduvo feliz en esta invención: Lázaro fue juzgado en la eternidad: iba á ser condenado; pero la sentencia se suspendió, porque el Angel de su guarda se presentó en el tribunal divino y puso en la balanza del Juez Eterno unas dos lágrimas, con las cuales el plato de la misericordia quedó tan pesado, que inclinó completamente hacia ese lado la sentencia. Esas dos gotas de lágrimas eran de las que Jesús lloró por Lázaro: el Angel las recogió, reverentemente, del rostro adorable del Maestro divino, y voló con ellas al cielo.

Estos episodios son muchos en la *Cristiada*, pues casi no hay canto que no tenga alguno: entre ellos se encuentra el de la aparición del Arcángel San Gabriel á la Virgen María, que es no poco dilatado: la marcha rápida de los pasos de la Pasión resulta en la *Cristiada*, á causa de la introducción de estos episodios, lenta, pesada y fatigosa. — El asunto principal pierde el interés, que debiera inspirar al lector, y la lectura del poema se vuelve cansada. Según nuestra opinión, este es el mayor de

los defectos, que afean la *Cristiada* de Hojeda.

En efecto, la rapidez, con que en pocas horas, se sucedieron los acontecimientos de la Pasión, es una de las circunstancias, que hacen más terrible ese sangriento misterio. En la tarde del Jueves, llega el Señor á Jerusalén, lleno de vida, en la flor de sus años: en la tarde del Viernes, antes de veinticuatro horas, está ya difunto y sepultado, y el sepulcro cerrado con una gran piedra. En tan corto espacio de tiempo ¡cuánta escena dolorosa, cuánto suceso desgarrador!! . . . . La narración evangélica, con esa su característica sobriedad, con esa su santa frialdad, aterra nuestra alma, la confunde, la descousuela y la arrastra, envuelta en un torbellino de amargura, del jardín de los Olivos al Calvario, y del Calvario á la gruta del sepulcro.

En la *Cristiada*, las detenciones calculadas, las paradas, que obligan á hacer alto, perjudican á la emoción, al interés y á la belleza misma del asunto.

Hojeda emplea también en su *Cristiada* aquel arbitrio poético, que los tratadistas de Retórica suelen apellidar máquina: la

intervención de los seres sobrenaturales en el desenvolvimiento y en el desenlace del suceso, asunto del poema. Muy de alabar es la discreción del piadoso dominicano en este punto, pues lo que en la *Cristiada* pudiéramos calificar de máquina poética no es propiamente máquina.

El Padre Hojeda se manifiesta conocedor de las Enseñanzas de la Teología, y hace intervenir en la Pasión del Redentor á Lucifer y á los demonios; pero sin atribuirles más parte, que la que les da en la consumación de ese misterio la interpretación católica del Santo Evangelio. — Lucifer congrega á los demonios; les habla, les intima órdenes: los demonios suben á la tierra ó influyen en los enemigos de Jesucristo, encendiendo y acalorando sus malas pasiones, por medio de las imaginaciones, que les hacen forjarse, y por medio de los pensamientos que les sugieren. El Infierno se commueve, los demonios se agitan: el Príncipe de las tinieblas está inquieto, angustiado: una duda le consume. ¿Qué es el Nazareno? — Tiene todo el aspecto de un puro hombre; pero hay en él algo, que no es puramente humano!!!. . . .

Los discursos de Satanás son verosímiles: su duda existió, el demonio la tuvo, en efecto. La tentación en el desierto lo está probando.

El Lucifer de la *Cristiada* es más verosímil que el del *Paraíso Perdido*: no tiene la arrogancia jaetanciosa del Satanás de Milton, ni su altaucra insolencia: razona con sutileza, y se lo nota carcomido de la duda: barrunta algo grave, extraordinario. . . Se sobresalta: quisiera que ese hombre misterioso diera, agotada al fin su paciencia con tantos dolores, alguna señal de flaqueza.

Lucifer, acompañado de sus hordas infernales, acude al Calvario, y allí se deja estar, observando la agouía del Crucificado: su duda se disipa en el momento de la muerte de Jesucristo, y entonces huye atropellado, y se precipita con los suyos en los abismos, perseguido por el Arcángel San Miguel y las legiones de los santos Angeles. — El Padre Hojeda hace de ese combate una prolija descripción, la cual carece de vigor, de animación y de movimiento.

La escena de la presencia de Satanás en persona en el Calvario, mientras agoniza-

ba Jesucristo suspendido de la Cruz, no es una invención original del Padre Hojeda: era una creencia común, fundada en una interpretación muy ortodoxa de varios pasajes del santo Evangelio.

### III

De otro arbitrio poético echa también mano el Padre Hojeda en su *Cristiada*: personifica seres meramente abstractos, y les hace desempeñar papeles especiales, como si fueran personas reales y verdaderas. La oración de Jesucristo en el Huerto, la Impiedad y el Temor son las tres cosas abstractas, que en la *Cristiada* aparecen como otros tantos personajes, con facciones humanas, que el poeta describe con prolijidad: la oración sube al cielo, y se prostra ante Dios Padre: la impiedad es una hembra, que mora en un palacio, en uno de los senos del Infierno. Lucifer acude á pedirle auxilio para dar cima á la crucifixión de Cristo, y la impiedad se lo presta, saliendo á la tierra y yendo á Jerusalén para pervertir más á los pontífices, á los doctores y á los ancianos de la Sinagoga: el te-

mor es otro monstruo masculino, del cual se sirve Lucifer para que infunda cobardía en el ánimo de Pilatos, y así condene á Jesucristo. Estas personificaciones fueron muy usadas por los poetas castellanos del tiempo del Padre Hojeda: los Autos Sacramentales están llenos de ellas; pero son invenciones de muy mal gusto; y, aunque la fantasía descriptiva del poeta puede en ellas campear á sus anchas, con todo son inverosímiles, dejan un cierto vacío desagradable en el ánimo del lector y se hallan expuestas á tropezar en lo ridículo.

El pasaje mejor de la *Cristiada* es, según el dictamen de algunos críticos, aquel en que el autor narra y describe la escena de la flagelación; no obstante, se pueden hacer contra este pasaje algunas observaciones, pues las circunstancias del hecho, tales como las refiere el Padre Hojeda, no son históricas, sino inventadas por él, para hacer más patético aquel paso. Sabemos ahora muy bien lo que era la flagelación, tormento de los Romanos y no de los Judíos; y, mediante ese conocimiento, no vacilamos en asegurar, que las circunstancias reales é históricas de la flagelación de Jesucristo

fucron más crueles, más dolorosas, más horripilantes, que las inventadas por la imaginación piadosa del Padre Hojeda. Ya lo hemos dicho antes, y lo repetimos ahora: en la Pasión de Jesucristo la sencillez de la mera verdad histórica es más sublime, que las invenciones poéticas de la musa épica.

Quizá, más animación tiene en el fondo y mayor interés inspira el episodio de la muerte de Judas: las angustias de esa alma fiera, sus remordimientos estériles, sus recuerdos de las virtudes de que ha sido testigo, y los reproches, que se hace á sí mismo, son muy naturales y están expresados con habilidad. Lo que se suele decir ahora el análisis psicológico del alma del mísero Apóstol no le fue desconocido al Padre Hojeda.

Mas, sea dicha la verdad, en la *Cristiada* no hay invención realmente dramática, ni ese calor de vida, que los grandes poetas saben dar á sus versos: el carácter de Pilatos está muy lejos de ser el carácter, que la historia y el Evangelio le atribuyen al miserable Presidente romano; y la Santísima Virgen aparece despojada de esa au-

reola de sublime fortaleza y sobrehumana magnanimidad, con que la teología católica nos la muestra en la Pasión.— El discurso, que en la calle de la amargura dirige á las piadosas mujeres de Jerusalén, no puede ser más artificioso ni más helado.

#### IV

La *Cristiada* no será nunca un poema de fácil y amena lectura; ni solazará nunca el ánimo del común de los lectores, porque es obra crudita y composición propia para académicos ó literatos: tiene pasajes y descripciones, que se leen con agrado; pero el conjunto carece del secreto de interesar, propio de las obras de veras poéticas.— Las comparaciones son vulgares, sin novedad: los discursos demasiado largos y prolijos: el lenguaje puro, correcto y sencillo: el estilo poco animado, descolorido y á veces lánguido.

El Padre Hojeda era, sin duda, piadoso y devoto: su poema da testimonio de ello; pero su devoción es acompañada, no calienta sus versos ni aviva sus octavas: el lector se queda helado, y la adorable figura

del Redentor se le va presentando tan pálida, tan desvirtuada, que el alma la contempla á secas, con los ojos enjutos y el corazón casi indiferente: el Padre no acertó á pintarnos al Divino Nazareno, con esos rasgos conmovedores, que dejan el alma dolorida.

La versificación tampoco es rotunda ni sonora: de ordinario es buena, pero sin esa armonía y esa galanura, que Balbuena sabía dar á sus octavas; aunque esto, de un poeta como el Padre Hojeda sería exigir demasiado. Hojeda sabía versificar por arte, pero carecía de inspiración: su numen no se enardecía, y el estro no le agitaba el alma, por eso su poema sobre la Pasión tiene menos belleza que los *Nombres de Christo*, y menos ucción, que las *Meditaciones* sobre los misterios de la Pasión, escritas por Fray Luis de Granada.

La rima es fácil y natural; no es ni rebuscada ni difícil: á veces, da en la vulgaridad y concuerda una palabra con ella misma: usa, además, sin parsimonia, de las licencias de la métrica castellana.— El Padre Hojeda, según él mismo lo dice en la dedicatoria al Marqués de Montes-cla-

ros, Virrey del Perú, se propuso referir en verso toda la vida de Cristo, y lo realizó por medio de los episodios, que intercaló en la Pasión: hay ciertamente una disposición ingeniosa en el plan del asunto, con lo cual se justifica el nombre de *Cristiada*, que el Padre le puso á su poema (1).

---

(1) De la *Cristiada* del Padre Hojeda conocemos tres ediciones completas, que son la primitiva de Sevilla, hecha el año de 1611; la de Barcelona, con un ligero prólogo de Milá y Fontanals, dada á luz en 1867, y la que se publicó en el tomo primero de los poetas épicos, en la colección de autores españoles de Ribadeneyra.

Quintana desenterró este poema y llamó sobre su mérito la atención de los hombres de letras, en el bien escrito discurso, con que encabezó su colección de fragmentos de poemas españoles, que publicó con el título de *Musa épica castellana*. Los trozos, que escogió é imprimió Quintana, les hizo reimprimir Don Eugenio de Ochoa en su «Tesoro de los poemas españoles». — Con todo, la *Cristiada* es poco leída y menos estudiada aún por los mismos que se precian de muy conocedores de la literatura castellana; pues los escritores de historias de la literatura española casi no han hecho más que repetir el juicio que acerca de la obra de Hojeda emitió Quintana.

El Padre Echard en el Tomo segundo de su obra latina titulada *Biblioteca de escritores de la Orden de Predicadores* habla del Padre Hojeda, tomando sus datos y noticias de la Crónica, que de los dominicanos del Perú publicó el Padre Meléndez con el título de «Verdaderos Tesoros de Indias». — Advertimos que hemos escrito con haste el apellido del Padre Hojeda, porque lo leemos escrito así en la primera y gemina edición de la *Cristiada*.

## CAPITULO TERCERO

### REFLEXIONES TEOLÓGICAS

La Teología dogmática y la poesía: relaciones entre ellas.

— Observaciones críticas sobre el *Paraíso Perdido* de Milton, considerado según las enseñanzas de la Teología dogmática ortodoxa. — Los ángeles rebeldes. — El carácter de Satanás en el *Paraíso Perdido*. — Reflexiones críticas. — Bellezas poéticas del poema. — Cómo deben ser apreciadas.

#### I



EL TÍTULO de este capítulo podrá, tal vez, parecer extraño: ¿qué tiene que ver la poesía con la Teología, se preguntará, acaso? — Entre la Teología y la poesía religiosa, tanto objetiva como subjetiva, existen relaciones íntimas, relaciones esenciales, relaciones necesarias, relaciones, de las cuales la poesía no puede prescindir jamás. El poeta sagrado, el

poeta religioso, debe ser teólogo, y ha de conocer á fondo la Teología, para evitar el error y para que las ficciones de su imaginación sean verosímiles. ¿En qué consiste la verosimilitud poética, sino en que las creaciones de la fantasía sean conformes con la verdad posible, con la verdad condicional de las cosas ú objetos reales? ¿cómo podrá el poeta dar á las ficciones de su imaginación esa conformidad con la verdad condicional, si no conoce bien cuanto enseña la ciencia sagrada de la religión en cuanto á dogmas revelados? ¿cómo le será posible inventar ó crear con verosimilitud, si, acaso, no conoce á fondo la doctrina católica? ¿cómo podrán ser verosímiles sus creaciones poéticas, si no sabe discernir una opinión de otra opinión?

No nos cansaremos de repetir que en la Teología católica hay dogmas, doctrinas y opiniones: dogmas son las verdades de la fe, verdades divinamente reveladas: doctrinas son las enseñanzas, las explicaciones claras, precisas, terminantes, que la Iglesia católica ha dado acerca de las verdades reveladas: opiniones son las explicaciones, que la misma Iglesia permite dar, libre-

mente, á los teólogos sobre los misterios sagrados ó sobre los puntos oscuros de la religión. Es necesario distinguir bien la verdad del error: es necesario conocer en qué consiste el error y cómo se explica la verdad. ¿Cómo será posible que conozca bien todo esto un poeta, que ignora la Teología ó la ciencia de la Religión? Los poetas cristianos tanto de los primeros siglos de la Iglesia, como de la Edad Media, eran teólogos profundos: quién desconocerá la ciencia de Prudencio y de Sedulio? Fortunato y Sidonio Apolinario ¿no fueron, acaso, teólogos insignes?

Hay asuntos que son esencialmente teológicos; asuntos, en los cuales conviene no confundir las verdades dogmáticas, las doctrinas ortodoxas, con las opiniones de los doctores ó de las escuelas teológicas católicas: esos asuntos son necesariamente religiosos, y los poemas á los cuales esos asuntos sirven de objeto principal no pueden menos de ser poemas netamente teológicos. ¿Qué dice la Teología respecto de las ficciones del poeta? Esas ficciones ¿contradicen el dogma? ¿Están de acuerdo con la doctrina católica?... ¿El poeta ha seguido al-

guna opinión autorizada? Hé ahí las preguntas, que un crítico está obligado á hacer, cuando examina un poema sagrado, una epopeya religiosa: no puede prescindir del punto de vista teológico, desde el cual debe considerar las producciones poéticas, que se hallan necesariamente ligadas con la religión revelada.

## II

Un ejemplo esclarecerá mejor el asunto, en cuyo estudio nos estamos ocupando ahora.—Muy célebre es y muy aplaudido el poema épico, que con el título de *El Paraíso perdido* compuso Milton en inglés: empero ¿cuál es el asunto de ese poema?—El asunto es un hecho bíblico, que, al mismo tiempo, es un dogma revelado. . . . Adán y Eva, el primer hombre y la primera mujer, los padres del linaje humano, desobedecen á Dios, y Dios los castiga: hé ahí el asunto del poema. Este es un hecho real, un hecho histórico, un hecho bíblico: ese

hecho es cierto, ese hecho es indudable, ese hecho es un dogma de fe.

Nuestros primeros padres ¿pecaron ó no pecaron, cuando desobedecieron á Dios? ¿Qué pecado cometieron? ¿Por qué pecaron? ¿Qué castigo les impuso Dios por el pecado? ¿Qué bienes perdieron, á causa de su desobediencia? ¿Qué males se han seguido del pecado de nuestros primeros padres?—Todas estas cuestiones se tratan en el *Paraíso perdido*, y todas estas cuestiones son cuestiones esencialmente teológicas.

La enseñanza de la Iglesia católica distingue muy bien todas las cosas: la existencia del pecado original es una cosa: ¿en qué consistió el pecado original? Esa es otra cosa, es un misterio, un arcano secreto, para cuya explicación se han excogitado algunos sistemas teológicos. Milton no conocía la Teología católica; toda su ciencia se reducía á las doctrinas de las sectas anglicanas, doctrinas superficiales y que prescindían de muchas cuestiones trascendentales, íntimamente relacionadas con el dogma del pecado original, como la del es-

tado de la justicia original, en que fueron constituidos nuestros primeros padres.

¿Qué hubiera sucedido, si solamente Eva hubiese pecado y no Adán?—Examinando atentamente el *Paraíso perdido*, á la luz de la Teología católica, el poema pierde gran parte de su belleza, porque se descubren errores doctrinales, se notan confusiones y se ceba de menos la elevación y la sublimidad de la enseñanza católica. Milton creía que la desobediencia de Eva hubiera causado la pérdida del Paraíso: ¿de dónde provenía ésto? Esto provenía, indudablemente, de que no había caído en la cuenta de que sólo Adán era, y no Eva, la cabeza moral del género humano.

Adán y Eva, en Milton, son idénticos á sí mismos, tanto antes como después de su pecado: debiera haber habido variación en el carácter de nuestros primeros padres. Antes del pecado, ellos eran justos, con la justicia original: el cuerpo estaba sometido á el alma, y el alma á Dios; los sentidos eran gobernados por la razón, y no había lucha de pasiones: ese estado no se prestaba á ningún drama poético, pues ni aun la ignorancia era posible en Adán. Se-

gún San Pablo, Eva fue la única seducida: Adán no lo fue, ni era posible que lo fuera. . . . ¡Hondas cuestiones de la más profunda Teología. . . . El carácter de Adán y de Eva es uno mismo, antes y después del pecado: el trastorno del pecado original asoma desde antes de la caída, lo cual no es exacto. ¿Cuál fue la causa del pecado de nuestros primeros padres? ¿Quién fue el causante de la ruina de ellos? Milton se engolfa en el piélago sin fondo de la Teología y de la Revelación. La existencia de los ángeles, el pecado de los demonios, de los ángeles caídos, su castigo, todas cuestiones teológicas.

### III

La doctrina católica nos enseña que existen ángeles, que son espíritus puros; Dios los crió de la nada, y fueron puestos en estado de prueba: unos perseveraron en el bien, y fueron fieles á Dios; otros desobedecieron, y se perdieron para siempre. Mas, ¿cuál fue el pecado de los ángeles rebeldes?

¿En qué consistió ese pecado? ¿Qué precepto les impuso Dios? ¿Cuál fue el papel, dirémoslo así, de Lucifer en la desobediencia de los ángeles? Todas estas cuestiones son cuestiones de pura Teología: acerca de ellas no hay nada cierto. Milton da por resueltas todas estas cuestiones, ó, mejor dicho, las resuelve implícitamente; pero ¿cómo las resuelve? Esta parte es la más vulnerable, la más inverosímil, la menos poética de su epopeya.... El pecado de Lucifer no pudo nunca ser la pretensión de aniquilar á Dios: éso es absurdo, éso es imposible, metafísicamente imposible, imposible de todas maneras.

Milton pone en boca de Satanás discursos jactanciosos y le hace decir absurdos enormes. ¿Qué quiere decir, qué significa éso de derribar á Dios de su trono? ¿Significa algo? Si algo significara, sería QUE DIOS DEJARA DE SER DIOS.... y ¿quién hacía éso? ¡Una criatura!.... ¡Una criatura, subyugando al Criador!!!.... Esto ¿no será un gran absurdo?.... Una demencia?

Satanás podrá aborrecer á Dios, podrá blasfemar de Dios; pero no proferir ab-

surdos. ¿Cuál fue el pecado de Satanás? ¿Quién lo sabe? Desobedeció á Dios. . . . Mas ¿qué le mandó Dios? . . . Eso, en el mundo nadie lo sabe. ¿Intentaría Satanás echar á Dios del cielo, y hacerse Dios el arcángel rebelde? Así lo canta Milton en el *Paraíso perdido*; no obstante, esa pretensión criminal era imposible que se le ocurriera á Lucifer, porque éste era, mientras duró el tiempo de la prueba, un espíritu revestido de la gracia sobrenatural y dotado de una inteligencia clara, penetrante, poderosa: pudo pecar, por mal uso de su libertad, no por error de su entendimiento.

Los demonios están, pues, muy mal descritos en el *Paraíso perdido*: su naturaleza está confundida con la naturaleza humana: son hombres perversos, y no ángeles caídos (1). Milton describe á su Satanás

---

(1) Entre los asuntos, que en su admirable *Suma Teológica* ha tratado Santo Tomás de Aquino, uno de los que están más magistralmente expuestos, es el relativo á los Angeles: ese tratado no puede estudiarse sin admiración. Lo que el Santo Doctor enseña acerca de la naturaleza de los Angeles, de las Jerarquías angélicas, del estado de prueba, del modo como peñan los demonios, del lenguaje ó manera cómo los Angeles hablan unos con otros, merece

dándole formas humanas y haciéndole un gigante enorme: da basta la medida del cuerpo del demonio, y lo pinta llevando, para apoyarse, una lanza tan grande como el mástil de un navío. «La lanza de Sata-  
«nas (dice Milton), á cuyo lado el más alto  
«pino, cortado en las montañas de Norue-  
«ga, para servir de mástil á un buque al-  
«mirante, no sería más que una pequeña  
«rama, le sirve para sostener sus inseguros  
«pasos, sobre aquel suelo ardiente; pasos  
«muy diferentes de los que había dado so-  
«bre el azul del cielo». Milton no describe nunca vagamente: determina los objetos,

---

ponderarse detenidamente, para poder juzgar con acierto respecto del mérito verdadero del poema de Milton, considerado desde el punto de vista de la Teología católica.

Quien deseara profundizar más este asunto, de veras sublime, estudie despacio, con paciencia, (si tiene fuerzas intelectuales para ello), los tratados de dos célebres teólogos sobre los Angeles: esos teólogos son el Padre Francisco Suárez y el Padre Dionisio Petavio. Los dos teólogos no se desvían de las explicaciones de Santo Tomás: en el Padre Suárez se admira la penetración de su ingenio dotado de una gran fuerza de abstracción metafísica: el Padre Petavio se recomienda por lo rico de su erudición teológica.

La Suma de Santo Tomás está traducida al castellano, y, por lo mismo, el estudio de ella se ha hecho fácil para todos.

los individualiza: el pino era cortado en las selvas de Noruega; el navío, un buque almirante. Confesamos ingenuamente que nosotros no encontramos belleza ninguna en estos inmensos gigantes angélicos del *Paraíso perdido*: la excelsa naturaleza del arcángel rebelde y su odiosa depravación moral, ¿estarán puestas de manifiesto con sólo el aumento de dimensión en las formas humanas?... No hay género de poesía más difícil que la poesía épica religiosa: es la lucha de la palabra humana con lo que de suyo es inefable.

#### IV

El asunto elegido por Milton para su poema era asunto sumamente arduo y, por demás, difícil: el hecho histórico en sí mismo era demasiado sencillo, y los principales personajes del poema eran puros espíritus: ¿cómo hacer para narrar los sucesos, que inventara el poeta?—No había otro medio, sino dar cuerpos humanos á los de-

monios y atribuirles pasiones también humanas: éso es lo que hizo Milton.

El Satanás del *Paraíso perdido* tiene un corazón perverso; pero ese corazón es corazón de hombre: cuando va á tentar á nuestros primeros padres, siente, de súbito, que se apodera de él un sentimiento de lástima, observando la plácida inocencia de Adán y de Eva: casi está dominado de compasión! Va á hacer daño á unas criaturas, tan inocentes y tan inermes! . . . Guizot compara algunos pasajes de San Avito con otros de Milton, y hace notar la semejanza, que en el carácter de Satanás se encuentra entre los dos poemas. ¿Conocería, talvez, el poeta inglés los poemas latinos del obispo de Viena? Guizot no resuelve esta cuestión, aunque parece que creía posible que Milton hubiese conocido los poemas de San Avito. . . . Floreció este santo en el siglo quinto, y sus obras se imprimieron en el décimo sexto.

El Satanás de Milton es un Satanás inverosímil: no es el Satanás de la revelación cristiana; y la Majestad infinita de Dios está empuqueñecida en el *Paraíso perdido*: tal es nuestra convicción. — Dios

no es el Sér infinitamente perfecto: el poeta lo mide con Satanás. ¿Cuál de los dos le entusiasmaba más? — Léase el poema, y se verá que Milton hizo de Satanás el personaje principal de su poema: Dios, (sin duda, á pesar del poeta), resulta un personaje secundario!!!... ¿Será posible una alucinación mayor?... Todo el que leyere el *Paraiso perdido* con un criterio recto é ilustrado no podrá menos de confesar, que Satanás es el héroe verdadero del poema, aunque en la intención de Milton no haya sido así.

Sin embargo, no es Milton el único poeta, que, al fingir el cuerpo de Lucifer, le haya descrito con forma humana de agigantadas dimensiones: ya el Dante había hecho una descripción semejante en su *Infierno*. El Satanás de Milton es un gigante; pero sus miembros guardan proporción con la estatura del cuerpo: el Dante ha transfigurado á Satanás en un monstruo de formas gigantes descomunales: tiene una sola cabeza con tres caras, y por la lava de la parte posterior del cuerpo se descuelgan Dante y Virgilio, agarrándose de las gúedejas, para salir del abismo infernal. De

este modo la imaginación de los poetas se ha esforzado por representar bajo formas exteriores la deformidad moral del Príncipe de las tinieblas, uniendo la magnitud física con la fuerza dinámica.

La Escritura Santa le ha llamado dragón; pero en su simbolismo misterioso le ha dado siete cabezas, y siete cabezas coronadas de siete diademas. La *vieja serpiente, el dragón bermejo*, así le nombra el Apocalipsis. DRACO RUFUS, SERPIENS ANTIQUUS.

Guizot, en sus justamente aplaudidas lecciones sobre la «Historia de la civilización en Francia», llamó la atención de los literatos hacia los poemas latinos de San Avito, obispo de Viena en las Galias, é hizo notar la semejanza que había en el asunto y en varios pormenores entre el *Paraíso perdido* de Milton, y esos poemas, á los cuales el docto profesor no vaciló en llamarlos el *Paraíso perdido* de San Avito de Viena (1).

---

(1) Los poemas latinos de San Avito, obispo de Viena en el Delfinado, se publicaron por la primera vez el año de 1613, en París: los reprodujo después Migne, en el volumen quincuagésimo nono de su Patrologia latina.

Esos poemas están escritos en exámetros: son tres, y forman una epopeya completa: hé aquí los títulos de esos tres poemas: *La Creación, La Culpa, El Juicio*.—En el primero canta la creación del universo y del hombre: en el segundo, el pecado original de nuestros primeras padres; y en el tercero, el castigo, con que Dios los afligió, y su destierro del Paraíso terrenal. ¿No es este mismo el asunto del poema inglés de Milton?

## V.

El juicio, que nosotros hemos formado del *Paraíso Perdido* de Milton, ha de parecer, sin duda, á muchos equivocado, absurdo y hasta temerario: estamos tan acos-

---

Guizot fue el primero que llamó la atención de los literatos y de los eruditos sobre los poemas latinos de San Avito, en la Lección décima octava de su *Historia de la civilización en Francia*: más tarde se dieron á luz en Alemania, en Bélgica y en la misma Francia monografías críticas y literarias sobre San Avito. — Puede leerse lo que dice Ebert en su *Historia General de la Literatura de la Edad Media en Occidente*: nos referimos á la traducción francesa. (Tomo primero, en el capítulo quinto del libro tercero).

tumbados á la admiración incondicional y al aplauso obligado, que nuestras observaciones, por justas que fueren, no pueden menos de causar sorpresa en el ánimo de algunos lectores. Sin embargo, la censura, que hemos hecho del poema, considerándolo desde el punto de vista de la Teología católica, es fundada; y fundada la encontrará todo crítico desapasionado.

El poema tiene mérito indudablemente; pero ese mérito no está en el fondo del poema, sino en los pormenores de la composición: nosotros no examinamos la ejecución, dirémoslo así, del poema, sino su doctrina teológica. La ejecución literaria no puede ser ni más esmerada ni más hermosa.

Los primeros juicios críticos, que en la misma Inglaterra se omitieron sobre el poema de Milton, fueron desfavorables; pero el criterio estético, con que la obra se examinaba, era estrecho y hasta convencional; y fue necesario que Addison la defendiera. Mas ¿cómo la defendió?—La defendió, analizándola libro por libro ó canto por canto, y haciendo notar que Milton, en la composición de su poema, había ob-

servado las reglas, que, según la doctrina de Aristóteles, debían guardarse en la composición del poema épico; y puso de manifiesto, además, que en el *Paraiso perdido* se encontraban exactamente las mismas partes, que en la *Iliada* y en la *Éncida*: todo, según el criterio estético de la escuela literaria clásica.— Con el tiempo la crítica ha cambiado: su punto de vista es más filosófico; el horizonte literario se ha ensanchado mucho; mas los sistemas, que de antemano se forjan los críticos sirven de obstáculo para juzgar con rectitud: ¿cómo será posible aceptar en todo el juicio de Taine sobre Milton?

Emitiremos con franqueza nuestra opinión sobre la ejecución literaria del poema: es la siguiente.

El verso, bien trabajado, correcto y primoroso: quien supiere bien el inglés, quien conociere la pronunciación propia de cada palabra y pudiese gozar con la corrección de la frase, con la majestuosa solemnidad del estilo y con la grave entonación del lenguaje, reconocerá en el poema de Milton una obra acabada, cuya lectura embelosa y hasta sorprende.

Hay pormenores admirables, descripciones de pura imaginación, hechas con destreza magistral: la parte que pudiera llamarse el idilio de la Inocencia, es una verdadera obra maestra de gracia y de encantadora poesía: Adán y Eva, en el Paraíso, antes de su caída, están pintados con pincel soberano. — En cuanto al interés de la acción, es muy exacta la observación de que el poema acaba en el canto sexto: los otros seis cantos son como un segundo poema, en el cual el interés languidece, á pesar de lo esmerado de la dicción poética y de la diligente versificación.

El héroe principal del poema no es ni Adán ni el mismo Dios, sino el demonio, Lucifer, el arcángel rebelde: haga experiencia cualquiera lector desprevenido, y verá por sí mismo que la figura del rey del Averno es la mejor trazada, y que Dios mismo, como personaje del poema, ocupa un lugar secundario. Si en el *Paraíso perdido* hay algún carácter descrito con rasgos bien marcados, ése es el del Demonio: los demás están sólo como bosquejados. Ya lo hemos dicho.

Recordemos que Milton tomó una parte muy activa en la revolución de Inglaterra contra el rey Carlos segundo, y que llegó á ser secretario de Cromwell, el dictador: en su poema, el antiguo revolucionario, decaído en fortuna, proscrito y hasta ciego, concentraba en su alma resentida, y marchita por desgracias domésticas, un odio profundo contra el régimen monárquico restablecido: lo que más hondamente sentía era el fracaso de la revolución, y, talvez, sin advertirlo, hizo de su Satanás un desahogo poético de su odio revolucionario, su odio de vencido contra el vencedor, y como odio de vencido muy intenso y muy implacable.

Satanás es un revolucionario á la inglesa; un demócrata avieso y testarudo; sus conventículos diabólicos son parlamentos de revolucionarios descamisados: la elocuencia del Satanás de Milton es una elocuencia de club, elocuencia arrogante y que rebosa en jactancia declamadora. Pero, no es ése el Angel caído de la Teología católica: Milton era protestante é ignoraba indudablemente las admirables y profundas enseñanzas de la ciencia teológica ortodoxa

acerca de los Angeles, de su naturaleza, de su poder, de su prueba, de su estado glorioso y de la manera cómo peñan los ángeles prescitos en el Infierno. Si hubiera conocido bien estas doctrinas, ó no habría escrito su poema, ó de la Teología católica hubiese sacado recursos poéticos, que en la ciencia teológica anglicana no podía encontrar.

Confesamos ingenuamente que los discursos de Satanás, á pesar del esmero retórico con que están compuestos, nos saben á baladronadas de caudillo presuntuoso. . . . ¿Qué será? ¿Qué no será? . . . Ello es que nadie se halla en mejores condiciones que un ecuatoriano, para esto de tomar el gusto á la retórica revolucionaria: sesenta años de revoluciones. . . . Siempre al principio y al fin de ellas, gran derroche de retórica revolucionaria. . . .

Esa actitud de Satanás contra Dios en el *Paraíso perdido* es de todo punto inverosímil; y es de todo punto inverosímil porque es absolutamente imposible: es contraria á la naturaleza angélica, tal como ésta se halla ahora en los ángeles malos.—Estos perdieron su fin sobrenatural, fueron

desnudados de la gracia santificante y arrojados al fuego eterno: eran libres, con una libertad racional mucho más perfecta que la del hombre: se les sometió á la prueba; pecaron y fueron castigados; pero los atributos de su naturaleza angélica, tan excelsa y admirable, se conservaron íntegros. Ellos saben quien es Dios: no lo aman ni pueden amarlo, y ésa es su pena mayor; pero respetan á Dios, lo temen: tiemblan de su Majestad, y de la santidad de Dios están despavoridos: ningún atributo divino los conturba ni los abrumba tanto, como el de la santidad; ninguno pesa tanto sobre ellos, como el de la santidad de Dios. Con su inteligencia poderosa conocen lo que es Dios, y lo que es la criatura; ahondan en el abismo de su propia fealdad moral, y se aterrorizan y se avergüenzan: viven humillados; pero no son humildes: todo el sér de ellos yace trastornado hasta en los más recónditos senos de su esencia espiritual, y, por eso, echando de menos el Bien Sumo, están sin cesar tristes, angustiados, sin que sean posibles para ellos jamás ni la paz, ni la alegría, ni la tranquilidad. — Conocen que hacen el mal: detestan el mal,

abominan el mal, y, sin embargo, lo buscan, lo quieren, lo desean: nada los consuela; todo les remuerde: son incapaces de arrepentimiento, y, aunque anhelan la satisfacción de amar, para ellos es imposible el amor: ningún afecto apacible dulcifica su recia naturaleza, siempre árida por el odio y *requemada* por la envidia.

Aunque entre ellos haya subordinación de los inferiores á los superiores, con todo, no hay unión ni armonía: los ángeles prescitos forman un agrupamiento, una muchedumbre, sin ningún vínculo de amor recíproco. Cada demonio es un sér aislado, separado, solitario: la sociedad sería un bien, pero en el Infierno no hay bien alguno. Esa actitud de Satanás frente á frente del Altísimo es inverosímil, porque es imposible: no es la arrogancia, sino el anonadamiento, el afecto; que, á pesar de su soberbia, domina á Satanás respecto á Dios: se aira, se encoleriza; pero su furor es un furor abatido y humillado, que lo confunde y lo afrenta y lo avergüenza. Satanás tiembla, está siempre anonadado ante el Eterno.

En las batallas de los demonios contra los santos Angeles, es donde Milton ha escollado tristemente: la fuerza física, la energía atlética, el valor temerario; ah! . . . . ¡Qué pobres recursos poéticos, tratándose de combates entre criaturas puramente espirituales, que luchan no cuerpo á cuerpo, sino pensamiento contra pensamiento, voluntad contra voluntad!! . . . . Esa artillería, esa metralla ¿para qué ahí? . . . . Eso empequeñece un asunto, grandioso de suyo é incéfable.

Los dioses de la Mitología clásica eran unos como seres humanos, con las mismas pasiones que los mortales; y no choca el que Homero en la *Iliada* y Virgilio en la *Eneida* les hayan dado el atributo de una fuerza material formidable . . . . pero ¿para qué habían menester de una fuerza semejante los espíritus angélicos en sus luchas misteriosas por la gloria divina? . . . .

Puestas á un lado estas inverosimilitudes teológicas ¿quién dejará de admirar el viaje de Satanás, cuando, repuesto del terror de su caída, va atravesando el caos tenebroso, en dirección hacia el mundo universo? ¿Quién no se conmoverá con aquella

súbita emoción de triste sorpresa, que le causa al mísero arcángel el clarear de la luz, que alcanza á divisar allá, en los confines que separan al caos, de la vasta creación material? ¿Qué grandiosa imagen esa de Satanás volando por los espacios oscuros y desolados de las regiones de la eternidad, con aquellas sus alas gigantescas, agitadas como el velamen de una embarcación, que surca rápidamente, á todo viento, las aguas del Océano? . . . Imaginando con reflexión la escena, tal como la describe Milton, se siente horror al considerar la llegada de Satanás al Edén: el contraste entre la inocencia ínterme de nuestros primeros padres, y la fuerza poderosa del envidioso tentador, hace trágica la situación. . . Se presiente el triste desenlace del poema, y la pérdida del Paraíso terrenal. Pero, para gozar con la lectura del poema de Milton, es de todo punto indispensable, como ya lo hemos advertido antes, cerrar los ojos á todas las inverosimilitudes teológicas de la composición, y colocarse en ese punto de vista, desde el cual Milton consideraba su obra. — Tengamos muy presente, que el error y la ignorancia son imposibles

en la eternidad: la mente de Lucifer no podía caer en error; y ¡qué error!... Pretender que Dios dejara de ser Dios!!!... Ese absurdo, esa locura son imposibles... El Satanás de Milton es un personaje inverosímil, porque es un ser metafísicamente imposible (1).

(1) Esta es ocasión oportuna para hablar de la traducción que del *Paraíso Perdido* ha publicado en Bogotá (en 1896-1897) el Señor Don Enrique Alvarez Bonilla. — Muy conocida es la traducción de Escoiquiz y, del mérito de ella no hay para qué tratar aquí: basta decir que es un trasunto pálido y lánguido del encendido y vigoroso poema de Milton: el metro escogido por Escoiquiz le puso en la necesidad de debilitar el lenguaje del original.

El Señor Alvarez Bonilla ha preferido al verso suelto y á la silva la clásica octava real castellana, consagrada, como combinación métrica adecuada para los poemas épicos, por todos cuantos poetas castellanos han compuesto epopeyas, desde Ercilla hasta Reinoso. Las octavas reales del Señor Bonilla son bien trabajadas: los versos armoniosos y la rima fácil, natural y nada vulgar: atendidas, pues, las arduas dificultades, que ha vencido para trasladar los versos de Milton á las octavas castellanas, su traducción del *Paraíso Perdido* es obra, que honra á la literatura colombiana.

Traducir á Milton era empresa nada fácil: traducirlo en octavas reales era hacer que la dificultad subiera de punto. El Señor Bonilla ha acometido esa empresa, y ha quedado airoso al llevarla á cabo diestramente.

La traducción del Señor Alvarez Bonilla se dió á luz en Bogotá y consta de dos tomos: el primero contiene los seis primeros libros ó cantos del poema; el segundo, los otros seis. Recomendamos la lectura de esta obra, con la seguridad de que al que la leyere no le pesará el haberla leído.



## CAPITULO CUARTO

### LAS REGIONES DE ULTRATUMBA EN LA POESÍA ÉPICA RELIGIOSA

Advertencia necesaria. — La *Divina Comedia* del Dante. — Juicio general sobre el poema. — Estudio crítico especial sobre *El Infierno*. — Observaciones sobre *El Purgatorio* y sobre *El Paraíso*. — El simbolismo en la *Divina Comedia*. — La alegoría. — Una palabra sobre Beatriz: su significado. — Notas sobre la originalidad de la *Divina Comedia*. — Resumen de este estudio literario.

#### I

UY difícil es componer un poema religioso, en el cual las ficciones de la imaginación del autor guarden perfecta armonía con las severas enseñanzas de la ciencia sagrada: la verdad del dogma católico es inflexible, y no consiente completa libertad á la fantasía. — Ya lo hemos visto examinando dos poemas épi-

cos, cuyos asuntos, aunque eminentemente religiosos, pudieran, como hechos históricos, prestarse con alguna facilidad á ser hermoeados por las galas de la más bella entre las bellas artes. ¿Qué diremos de las obras poéticas, en las cuales sus autores se han propuesto como asunto la descripción de las regiones de la eternidad? La descripción de esas misteriosas regiones, que ningún ojo humano ha visto y que la mente humana no puede concebir? . . . La poesía corre peligro de caer en error, de escoger en lo absurdo, de profanar lo sagrado, cuando acomete la empresa de cantar los dogmas relativos al estado de las almas en la eternidad.

Hay una epopeya famosa, cuyo asunto es precisamente la descripción de las regiones de ultratumba: ese poema es la *Divina Comedia* del Dante. — Nos detendremos ahora para examinarlo: este estudio será sencillo.

Nuestro intento no es hacer un análisis prolijo del poema, sino considerarlo en su conjunto, de un modo general, como composición poética esencialmente religiosa, sin detenernos á analizar todas sus partes

bajo todos aspectos de un modo circunstanciado. Con no poca desconfianza de nuestras propias luces, acometeremos, pues, el estudio literario del celeberrimo poema del Dante: tanto se ha escrito sobre este poema, tanto se lo ha elogiado; se han escrito tantos comentarios y se han dado á luz tantos análisis críticos, que ya es de todo punto imposible decir cosa ninguna nueva: el tema se halla agotado para la alabanza: la censura se calificaría de uno como sacrilegio literario.

La biografía del poeta da luz para entender los puntos oscuros del poema: la historia de las repúblicas italianas de la Edad Media viene á ser el comentario indispensable de la obra del rencoroso poeta florentino.

En la *Divina Comedia* debemos distinguir las creaciones del ingenio del poeta, las invenciones de su imaginación, sus doctrinas filosóficas, sus conocimientos teológicos y lo que pudiéramos llamar sus ideales políticos: este punto merece atención especial.

La *Divina Comedia* es un poema trabajado y dispuesto con simetría y regularidad

sistemática: el verso no varía ni se cambia: desde el principio hasta el fin es uno mismo, el heroico de once sílabas: la combinación métrica es inalterable, el terceto, en el cual la repetición regular y acompañada de la rima encadena la marcha del pensamiento, eufrena la imaginación y da á la obra un aspecto monótono, un aire severo, muy en armonía con los asuntos, que son objeto de los cantos del poeta. — Estos cantos están distribuídos así mismo con cierto orden ó sistema numérico alegórico: un número determinado de tercetos, un número determinado de capítulos ó de cantos, en cada una de las tres secciones del poema.

La *Divina Comedia* es poema esencialmente narrativo: el Dante refiere lo que vió, lo que oyó en su viaje al mundo de ultratumba: el poeta describe el camino por donde anduvo, las regiones por donde fue atravesando; los lugares en que se detuvo; los sitios que recorrió. Como esas regiones de la eternidad son desconocidas para los vivientes, como esos lugares del Infierno, del Purgatorio y del Cielo no han sido vistos por ninguno de los mortales, la

descripción que de ellos hace el poeta, no podía menos de ser puramente imaginativa: los elementos descriptivos están tomados de los objetos reales del Universo material. Este mundo de la eternidad existe: mas ¿cómo es ese mundo? ¿Cómo lo ha imaginado el poeta?

En la *Divina Comedia* abundan las alegorías, las circumlocuciones, las alusiones locales y los símbolos científicos y literarios: no es, pues, un poema claro: la oscuridad es una de sus cualidades; y, para que su lectura sea inteligible y amena, hay necesidad indispensable de explicaciones y de comentarios.— En Italia el Dante es muy leído: en otras naciones la *Divina Comedia* es objeto de estudio para eruditos y literatos, que, como Federico Ozanam, mediante estudios variados y sólidos, hechos anteriormente, se hallan preparados para gustar de las bellezas recónditas del poema.

De sus tres partes ó canciones, la de más fácil é interesante lectura es la primera, *El Infierno*: la segunda exige más reposo y mayor reflexión: en la tercera lo que más deleita es la exposición de las elevadas enseñanzas de la Teología católica, hecha con

una maestría consumada y un primor de estilo nuevo y nada común. *El Purgatorio* recrea más el ánimo; pero hiere menos la imaginación: *El Paraíso* habla más á la inteligencia, es, en rigor, un poema científico y rigurosamente teológico.

La Religión católica tiene acerca del Infierno, dogmas de fe, doctrinas verdaderas, bien definidas, y opiniones, que permite ó tolera.— El Infierno es el lugar donde, en el otro mundo, son castigados por la justicia de Dios los pecadores que han muerto impenitentes: ese lugar existe: las penas que allí padecen los condenados son eternas. ¿Qué clase de penas son esas? ¿Cuál es el instrumento con que las atormenta la Justicia de Dios? —Según la doctrina católica, esas penas consisten en el dolor de la pérdida del Sumo Bien, y en los padecimientos de las potencias del alma y de los sentidos del cuerpo: un fuego criado, distinto del fuego material, es el instrumento de la Justicia divina. Hé ahí las enseñanzas católicas en punto al Infierno: enseñanzas aterrantes, en su misma sencillez.

Una observación más. Hasta el día del Juicio final penarán en el Infierno sola-

mente las almas de los condenados: después de la resurrección universal, los réprobos serán arrojados en cuerpo y alma al lago de la ira de Dios. -- *Lacus irae Dei*, lago cuyas llamas, según la expresión del Apocalipsis, atiza y aviva eternamente el soplo de la cólera de Dios.

Teniendo muy presentes estas verdades, leamos á Dante.

## II

En su viaje al través del mundo de la eternidad, Dante va de la tierra al Infierno: del Infierno pasa al Purgatorio: del Purgatorio es transportado al Paraíso, y vuela de cielo en cielo hasta llegar al Empíreo, donde contempla la inesfable Esencia Divina. Fija el poeta la edad en que hace el extraordinario viaje: determina el tiempo y expresa, con precisión, el día: fue en la tarde del Viernes Santo, cuando contaba treinta y cinco años de edad: en la mitad de la duración de la vida: en medio

del camino de la vida, como dice el poeta, en ese lenguaje simbólico, tan propio suyo: *Nel mezzo del camin di nostra vita.*

En la tarde de aquel santo día, se encontró extraviado del camino recto, y metido en una selva, tan densa, que la oscuridad de ella le inspiraba pavor: tres fieras, una pantera, una loba y un león, le salen al paso, lo asustan, lo detienen. — ¿Cuál es la realidad de estos símbolos?

Tres pasiones: la soberbia, la lujuria y la avaricia tiranizan al hombre y son causa de sus vicios, por los cuales se aparta del sendero recto de la virtud: Dante acometido de ellas, se ve en peligro de perderse, y triunfa, mediante los auxilios sobrenaturales de la Religión.

Viaja por el mundo de la eternidad; pero un tan extraordinario viaje no lo hace solo: tiene compañero y se le da un guía. Virgilio, el gran poeta romano, acude á tiempo para acompañarlo, y viene enviado de lo alto por Beatriz. — El culto de la poesía, el estudio de las ciencias y de las letras; la fe pura, la Teología cristiana, de la cual son siervas todas las demás ciencias, ¿eso querría significar el Dante bajo

las figuras simbólicas de Virgilio y de Beatriz? . . . ¡Tal vez! . . .

Virgilio lo acompaña mientras dura su excursión por el Infierno y por el Purgatorio: para ascender al Paraíso, Beatriz, ella misma, es quien lo conduce y le va guiando: próximo ya al trono de Dios, un gran santo, un contemplativo, San Bernardo se pone al lado del poeta, reemplaza á Beatriz, y le explica los misterios de la vida íntima de Dios. ¿Qué significa esto? ¿Qué es lo que quiso dar á entender el poeta? ¿Acaso, la necesidad no solamente de la fe y de la ciencia, sino también de la limpieza del alma y de la piedad fervorosa, para poder ser capaces del gozo soberano de la visión beatífica? . . . Pudiera ser . . .

Sigamos al poeta en su viaje misterioso: comencemos á descender, guiados por él á lo más profundo del Infierno, recorriendo los recintos circulares del mundo del dolor, según el itinerario, que, con buril de hierro, ha trazado en los hermosamente ásperos tercetos de su inmortal poema. — Un abismo enorme y descomunal, en forma de embudo, abierto en el centro de la tierra, dividido en departamentos circulares, más

y más estrechos conforme se van aproximando al fondo; sin claridad, sin luz; oscuros, tenebrosos, hé ahí la forma del Infierno, inventada por la imaginación del Dante.

Detengámonos un momento: la topografía de *El Infierno* del Dante merece atención.

El recinto del Infierno está precedido de un vestíbulo.

En la entrada misma del pozo infernal están penando los espíritus de esos paracaidas, que en vida no fueron buenos ni fueron malos: sigue el río Aqueronte: á sus orillas llegan á cada instante millares de almas: las hace pasar á la margen opuesta el barquero Carón.

Pasado el río Aqueronte, comienza el primer círculo del Infierno, círculo ancho, espacioso, el más extenso de todos los círculos infernales: ¿quiénes se encuentran detenidos allí?—Allí están las almas de los paganos ilustres, que vivieron antes de Cristo: este círculo es propiamente uno como Limbo, donde permanecen eternamente los espíritus de los que murieron sin recibir el bautismo: ahí no se padece más pena que

la de daño. Dante encuentra en este círculo á Homero y á otros poetas célebres de la antigua Roma.

El Infierno tiene una puerta, sobre la cual se leen aquéllas tan célebres palabras:

Por mi se va á la ciudad doliente.....

.....  
¡Oh los que entráis dejad toda esperanza! (1).

Domina un pensamiento moral en esta parte del poema, y está oculto en todas las

(1) Hé aquí la traducción de los tres tercetos, en que se contiene la inscripción de la Puerta del Infierno:

Por mi se va á la ciudad doliente,  
Por mi al abismo del tormento fiero,  
Por mi á vivir con la perdida gente.

La justicia á mi autor movió severo:  
Me hicieron el poder que á todo alcanza,  
El saber sumo y el amor primero.

Antes de yo existir no hubo creanza:  
La eterna sólo, y eternal yo duro:  
¡Oh los que entráis! dejad toda esperanza.

La traducción es del Conde de Chestre: no reproduce fielmente la parca y austera concisión del original. — Las palabras *Poder*, *Saber* y *Amor*, en el segundo terceto, debieron estar escritas con letra mayúscula, para expresar de ese modo gráfico la idea exacta del poeta, el cual habla allí de las Personas de la adorable Trinidad.

escenas de horror descritas por el poeta, á saber, que el crimen no queda jamás impune: aquí, en este mundo, puede triunfar; en la eternidad, el criminal cae en manos de la justicia inexorable de Dios. — Los deshonestos, los codiciosos, los avaros, los pródigos, los orgullosos, los déspotas, los homicidas, los herejes, los cismáticos, los blasfemos son atormentados en el Infierno: todo crimen social es allí castigado, y no sólo todo crimen social, no: hasta la misma vida ociosa, esa vida de egoísmo, que no obra el mal, pero que tampoco practica el bien, esa vida, sin vicios ni virtudes, como dice el poeta; esa vida es también castigada: las almas estériles para el mal ó infecundas para el bien están allí en el pórtico desolado del Infierno, despreciadas y humilladas. ¡Míralas y pasa! le dice Virgilio al Dante. . . . ¡Cuánto desdén! . . .

Un viento arremolinado va arrastrando en incesante torbellino á los impuros: zambullidos hasta el cuello en un fango sucio, penan los glótones: en un río de sangre, sumergidos hasta las pestañas, son atormentados los violentos, los crueles, los homicidas: hundidos en un pozo hondo de

estiércol inmundo, expían su ruindad las almas viles de los adnladores, de los lisonjeros, de los rufianes: en un río congelado están sumergidos hasta las sienes, sufriendo el tormento del frío, los suicidas, los traidores: los hipócritas caminan, oprimidos por pesadas capas de plomo, subiendo y bajando, sin descanso, por las pendientes del círculo infernal, donde están aprisionados. . . . La imaginación del Dante es fecunda para inventar tormentos terribles: ¿cuál es la pena de los herejes? . . . yacen sepultados vivos en tumbas de fuego. . . . ¿Cómo son atormentados los simoníacos? . . . Los simoníacos están chapuzados, cabeza abajo, en pozos ó huecos estrechos y profundos, donde el fuego los quema sin consumirlos: van cayendo allí uno sobre otro, y los pies del último que cae, es lo único que aparece de fuera. . . . «Las llamas lamían los pies del condenado, que se agitaban sin cesar, á causa del ardor», dice el poeta.

Los cismáticos estaban partidos por el cuchillo de un demonio, que los hendía y los tajaba, dándoles golpes con el instrumento de que siempre va armado, volando

á par de ellos. . . . Mahoma iba allí entre ellos. . . . Las vísceras le colgaban por delante, el corazón pendiente fuera del pecho, le palpitaba; y hasta el saco de los excrementos se veía suspendido por de fuera. . . . Así lo describe Dante.

Jamás se contenta con un solo tormento: añade alguna circunstancia, que lo hace más penoso. . . . A las almas baldías, que están en el vestíbulo del Infierno, las pican, sin descanso, unos tábanos de agujón inmortal. . . . Una lluvia incesante está cayendo eternamente sobre los glotonos: la ventisca helada da sobre ellos; el granizo los apedrea, sin tregua; del fango en que están hundidos se levanta, con la lluvia que lo empapa, un vaho fétido y pestilencial. . . . Asimismo una lluvia, pero de muy distinta naturaleza, una lluvia de fuego, está cayendo sobre los violentos, que yacen desnudos en un arenal: copos de fuego, tan abundantes como los copos de nieve que caen en los Alpes cuando sopla viento, llovían sobre esas almas desnudas, dice el terrible viajero del *Infierno*.

En la descripción, que el Dante hace de esa pavorosa región, hay reminiscencias ne-

tamente paganas; escenas de la mitología clásica; monstruos, con que el Paganismo poblaba su Averno: allí están el río Coccyto, la laguna Estigia; el trifause Cancerbero, cuyos ladridos, resonando en las bóvedas infernales, atormentan eternamente á los condenados y les causan desesperación: allí Carón, el barquero sórdido é irascible; allí las tres furias, con su cabellera de serpientes; allí los centauros y hasta el híbrido minotauro, cuya figura recuerda su nefando origen: allí los gigantes, que escalaron el cielo; allí Minos, y con el mismo atributo de juez de los muertos, que le atribuía la mitología greco-latina. Minos, dice Dante, se enrosca su cola en la piedad, y el número de vueltas, que con la cola forma, indica al condenado el círculo infernal á donde debe descender.

En el empleo de la mitología pagana en la poesía cristiana hay una aberración deplorabile, y no puede menos de chocar esa mezcla de lo profano con lo sagrado, de lo cristiano con lo pagano, que hace hasta ridículo en cierta maucra el poema dantesco, examinándolo desde un punto de vista católico y científicamente teológico.

Lo que vamos á decir parecerá, talvez, extraño y hasta inaceptable á algunas personas: el Dante, con ser poeta cristiano; el Dante, con ser conocedor profundo de la Teología católica, con todo, para la descripción, que en su poema hizo del Infierno, no se aprovechó de todos los recursos, que, para pintar las cárceles de la Justicia divina, se encuentran en las enseñanzas de la ciencia teológica, acerca del Infierno y de las penas, que en el Infierno padecen los condenados. — En la trilogía cristiana del Dante, el *Infierno* es la menos cristiana de las tres canciones.

Los condenados del Dante no son los réprobos del Infierno cristiano: son los encarcelados del siglo décimo tercio, en los calabozos, que las rudas costumbres de la Edad Media solían construir, según el derecho penal de aquella época, todavía dura y recia. — ¿Quién no se sorprende?... En el *Infierno* del Dante los condenados no sienten el aguijón punzador del remordimiento, ni padecen la desoladora pena de daño: ¿qué es el Infierno sin esta pena? — El Infierno dejaría de ser Infierno, sin esa asombrosa pena!... La Teología católica

es la única, que, apoyada en la revelación, ha enseñado la existencia de esa pena: los condenados del Dante no echan de menos el Cielo, ni lamentan la pérdida de Dios, del Bien Sumo, del último fin del hombre!!!

### III

En *El Purgatorio* llama la atención la forma que el poeta ha imaginado para ese lugar: el Infierno es un cono invertido; el *Purgatorio*, una encumbrada pirámide: en el Infierno hay círculos para los condenados; en el Purgatorio las almas ocupan las plataformas de la pirámide: nueve son los círculos infernales; nueve los recintos expiatorios; nueve son también las mansiones del *Paraíso*.—En el poema dantesco el simbolismo místico del número tres y de los múltiplos de tres está manifiesto: un poema; pero tres cauciones: la inmortalidad, con el castigo, con la expiación, con el premio: tres personajes, Dante, Virgilio, Beatriz; la razón, la poesía, la teo-

logía: treinta y tres cantos en cada parte. — Para los antiguos los números tenían un simbolismo místico, lleno de misterio.

La montaña del *Purgatorio* está en una isla desierta, en el Océano, y ocupa una situación, que viene á ser antípoda de la santa ciudad de Jerusalén. — Los andenes sirven de lugares de expiación á las almas: en la cima de la montaña está el Paraíso terrenal; pero volvemos á tropezar con reminiscencias mitológicas. ¿Para qué ese río del Leteo, (cuyas aguas causan olvido), en la región, donde se purifican las almas? . . . El *Purgatorio* del Dante no deja en el alma una impresión profunda: la curiosidad se halla ya cansada; y, cuando se llega á la cumbre de la montaña, el encuentro del jardín del Edén en aquel sitio, no puede menos de tenerse como una ficción del todo inverosímil.

Confesamos, ingenuamente, que las invenciones poéticas del Dante en su *Purgatorio* no conmueven el ánimo con aquel sentimiento plácido y delicado, que causa la contemplación de la belleza ideal: en el dogma católico relativo á la purificación de las almas en la eternidad, hay una verdad

absoluta, muy más bella en sí misma, que las más curiosas invenciones de la fantasía humana. En los dogmas de la revelación cristiana la belleza intelectual, que irradia de la verdad absoluta, percibida por la inteligencia, es mucho más deleitable, que las ficciones de la imaginación: ¿á quién no conmueve hondamente la explicación que hace de las penas del Purgatorio Santa Catalina de Génova? En esa sencillez familiar, con que expone la Santa lo que á ella se le alcanzaba acerca de la naturaleza de las penas del Purgatorio, hay una sublimidad, que deja asombrada la inteligencia y obliga á meditar.

Así como respecto del Infierno, llamamos la atención de nuestros lectores á la topografía de aquel lugar imaginada por Dante, así también en la descripción del *Purgatorio* conviene que no pasemos desapercibida esa misma circunstancia. — Para su *Purgatorio* ha imaginado el poeta florentino un vestíbulo al pie de la gran pirámide; pero ¿á quiénes ha puesto en ese vestíbulo? — En el vestíbulo del *Purgatorio* ha detenido el Dante las almas de los pecadores que retardaron su conversión has-

ta la hora de la muerte, de modo que para estas almas ha discurrido una como doble expiación.

La propia, la rigurosa purificación, comienza en los siete departamentos de la pirámide, correspondientes á los siete pecados capitales: un departamento para cada pecado. Las almas peuan; pero sus sufrimientos son más con la pena de sentido, que con la privación de la vista de Dios, retardada para ellas á causa de sus pecados.

En cuanto al fuego, en su *Purgatorio* el Dante lo emplea sólo para castigo de las almas de los lujuriosos, las cuales purgan sus pecados en el séptimo departamento.

Hay en el *Purgatorio* del Dante cosas que pugnan con la Teología católica: Cautón de Utica aparece en el vestíbulo de la pirámide, y el poeta le ha atribuído un ministerio como de mando y de superioridad sobre las almas de los cristianos, que, transportadas por el Angel en la nave del *Purgatorio*, saltan á la isla, donde está el lugar de la purificación. — Esto sólo se puede explicar teniendo en consideración el ideal político ó la utopía social del Dante, y la innegable influencia, que en su imaginación

había ejercido la apoteosis, que de aquel severo romano hace Lucano en su *Farsalia*. Si los suicidas están en el Infierno ¿por qué Dante ha puesto á Catón en el Purgatorio? El suicidio, como acto moral ¿fue laudable en Catón? ¿Por qué lo fue?

Menos chocante nos parece la invención de encontrar al poeta pagano Estacio en el Purgatorio, penando por el pecado de gula; pues, las leyendas, que acerca de la conversión secreta del cantor de la Tebaida eran populares en la Edad Media, hacen menos inverosímil el concepto del Dante. Prescindiendo de la inverosimilitud teológica, hay en el encuentro de Virgilio y del Dante con Estacio una belleza dramática incontestable: qué bien imaginado ese ademán de modestia, con que Virgilio le advierte á Dante, que no le revele á Estacio su nombre, el nombre del autor de la *Eneida*! La sorpresa regocijada de Estacio, al verse inesperadamente delante de Virgilio!

No es menos feliz el pasaje del mismo canto, en que refiere el temblor, que sacudió la montaña del *Purgatorio*: ese temblor acontecía, cuando una alma, terminada su purificación, volaba al cielo: á la

conmoción de la montaña ó pirámide sagrada seguía el himno angélico, en que prorumpían todas las almas, cantando á una voz, y dando las gracias al Señor por la bienaventuranza en que entraba el alma, cuya purificación había terminado ya.

El *Purgatorio*, esa región misteriosa, allá, en los arcanos de la eternidad, ¿cómo se la ha imaginado el poeta? ¿Cómo se la ha forjado su fantasía?... Ese mundo, esa región, donde no hay tiempo, donde no hay espacio ni extensión: ese lugar de las almas, de los espíritus inmortales, que, desprendidos ya de la carne, de la materia, viven con una vida puramente espiritual: esas tinieblas santas, esas llamas purificadoras, que limpian de la escoria del pecado y acrisolan la caridad; esa mansión de la esperanza tranquila, donde se ama la justicia y se bendice el castigo... el Purgatorio!!... La imaginación se lo pinta á sí misma; la fantasía se lo forja, dándole formas materiales; pero ¿cómo es en verdad?... Pobre imaginación humana!, élla pinta á su modo una región, combinando los elementos de las cosas materiales, que percibe el espíritu por medio de los sentidos... Mas

¿cómo imaginar lo inmaterial?—La poesía corre peligro de envilecer lo excelso, y de debilitar lo que en sí mismo es sublime, cuando acomete la empresa de describir las regiones de ultratumba: la poesía se abre camino por el mundo de la eternidad, ese mundo es de suyo oscuro, y la poesía va tanteando como quien anda en tinieblas.

Según nuestro juicio, no merecen aprobación sino censura ciertas incoherencias de lenguaje, que trascienden á paganismo, y no pueden menos de ser muy impropias en un poema cristiano, como llamar sumo Jove á Jesucristo: estas expresiones deslucen la *Divina Comedia* del Dante, y son muy censurables.

## I·V

En el *Paríso* se nota una cierta simetría, algún tanto monótona, en la parte descriptiva; en cambio, la parte científica es interesantísima.

Luz, resplandor, brillo de piedras preciosas acumula Dante en su *Paríso*; la ima-

ginación del poeta como que agota su facultad inventiva para describir la mansión de la bienaventuranza eterna. . . . La lumbré de la Divina Esencia está reverberando en los cielos de los cielos; refleja sus rayos de gloria sobre los santos y sobre los ángeles; los bienaventurados centellean y están como revestidos de fulgores divinos é inundados en hermosa y deslumbradora claridad. Pero ¿qué hacen?— Dante dice que cantan, que danzan, que se agitan, poseídos de santa alegría, rebosando en inefable regocijo.

¿Habrá sido feliz al agrupar como ha agrupado á los ejércitos bienaventurados, imaginando que formaban una águila, cuyas alas gigantesas temblaban, se sacudían con las emociones de júbilo, de que estaban henchidos los espíritus celestiales? . . . El simbolismo ¿no habrá perjudicado á la sencillez? ¿No habrá sido inoportuno? . . .

Los nueve cielos ó nueve esferas celestes, que la Teología católica, de acuerdo con la Astronomía de aquellos tiempos, admitía, para explicar el orden del Universo, componen los recintos de los bienaventurados en el *Paraíso* del Dante: el primer recinto

se halla, pues, en el cielo de la Luna, y el último en la esfera del planeta Saturno; luego sigue el Empíreo. ¿Qué diremos ahora nosotros, los hombres del siglo vigésimo, acerca de esta descripción del Paraíso? . . . ¡La Astronomía moderna, con sus famosos descubrimientos, ha desbaratado el *Paraíso* del Dante! . . . ¿Dónde la adorable Esencia Divina se hace contemplar de los bienaventurados? . . . Dejemos á la ciencia sagrada la ardua ocupación de meditar humildemente sobre tan recónditos arcanos.

La explicación de la bienaventuranza celestial y de las maravillas inenarrables de la visión beatífica llenan estos cantos, verdaderamente teológicos, en los cuales la precisión de la doctrina y la esmerada pulcritud del estilo van á la par, y causan en el ánimo una emoción agradable: estamos en presencia de lo inefable; allá, como en lontananza, se barrunta algo de lo que será, en verdad, *El Paraíso*.

El poema del Dante no es sólo eminentemente italiano por sus recuerdos, sino también por sus descripciones locales: el poeta se muestra profundo conocedor de su tierra natal, cuyos sitios pinta con una exac-

titud notable. Describe el aspecto de las horas del día, de una manera tan admirable, y da tales toques y echa tales pinceladas, que pone á la vista los objetos: en punto á la descripción de objetos y seres materiales, Dante posee el secreto de pintarlos tan diestramente, que sus figuras se ven, aparecen á la vista; tienen realidad, no se borran jamás de la imaginación: para describirlas, le bastan dos ó tres rasgos. . . . Las descripciones del Dante se trasladan al lienzo, por medio del pincel y los colores, con suma facilidad.

El influjo de Virgilio, el deseo de imitar la Eneida, se nota á veces en estas descripciones: las Arpías son los mismos monstruos virgilianos; y la transformación de los condenados en plantas vivientes fue sugerida por el Polidoro de la Eneida. — La fantasía del Dante ha creado esa horripilante transformación de las almas de los condenados en llamas de fuego vivientes y sensibles. ¡Qué descripción la de Guido de Montefeltro! . . . . Dante es admirable! . . . . Se ve moverse, agitarse, adelgazarse la llama. . . .

La figura gigantesca, monstruosa, de Satanás, es una de las más bellas creaciones del gran poeta florentino: Satanás ocupa el centro del último círculo, del más hondo, del más estrecho del cono infernal; pero, ¿cómo está ese emperador del reino del llanto? ¿cómo se lo ha figurado el poeta?— Hundido hasta el pecho en un lago congelado, que lo aprisiona, lo comprime y lo atormenta: las alas cartilagosas y lanudas del vampiro del abismo infernal no están quietas; las menea, las sacude sin cesar: parecen aspas veleras de un enorme molino de viento, que apenas se divisa en la oscuridad: ese viento, que producen las alas del demonio, movidas sin descanso, es el que enfría y congela las aguas del lago infernal. . . . Satanás en su cabeza colosal tiene tres caras, y con cada una de sus tres bocas maza eternamente un condenado: los muerde con sus colmillos, clava sus garras en los cuerpos y los desuella; pero no se los traga, no se los engulle jamás. . . . Judas es el que tiene en la boca de en medio: Bruto y Casio, á los extremos: éstos con la cabeza afuera; el Apóstol traidor, cabeza adentro: por entre los dientes del

hocico de Satanás asoman las piernas del mísero Apóstol, pataleando con las convulsiones del dolor. . . .

Daute, instruído en las enseñanzas de la Teología católica sobre los ángeles caídos, no le hace hablar al demonio: Satanás está callado; ostá triste; llora. . . . sus lágrimas se le cuajan en sus mejillas!! . . . La ficción es sublime. . . .

Junto á estas figuras sublimes, Daute en su *Infierno* es igualmente hábil para trazar escenas y figuras grotescas: esos condenados que nadan en el estauque de pez hirviente; que, de cuando en cuando, sacan la espalda y se sumergen velozmente de nuevo: esos diablos que, por luchar y reñir entre ellos, caen sobre la pez, y, con las alas sancochadas y enviscadas, no pueden seguir volando; y ese diablo, que sopla por detrás y hace resonar, por entre sus nalgas, un ruído ronco y semiacompasado, son con razón, lo grotesco y hasta, si se quiere, lo bufo junto á lo terrible; lo ridículo con lo patético.

## V

Las ideas, que tenía el poeta sobre la política; lo que hoy diríamos sus ideales políticos; sus conocimientos en las ciencias físicas, su sistema planetario y hasta sus opiniones sobre ciertos puntos de las creencias cristianas, todo es necesario tenerlo presente, para entender y para juzgar con acierto su poema. — La salvación del emperador Trajano; el culto casi religioso de que Virgilio fue objeto en la Edad Media; las leyendas, que acerca del uno y del otro fueron populares en aquella época, dan mucha luz sobre varios pasajes de la *Divina Comedia*.

El sistema cosmográfico del Dante era el sistema de Tolomeo: sus conocimientos en las ciencias naturales y en las de observación eran los que un sabio de aquellos tiempos podía encontrar en las obras de Aristóteles. Dante se manifiesta docto y erudito: hay en su poema ideas ajenas, pe-

ro también tiene juicios propios, dignos de ponderación. — «*Desde el cielo, bajé los ojos á la tierra y vi, dice, con desprecio, ese globulillo, que tanta codicia nos inspira á los mortales*».

En política, Dante era un utopista consumado: la perfección social la hacía consistir en que hubiera, para gobernar todo el mundo, sólo dos Autoridades Supremas: el Emperador y el Papa: éste con poder espiritual; aquél para mandar en lo temporal: todo otro gobierno civil debía estar en todo el mundo subordinado al del Emperador. — Perseguido por sus conciudadanos, desterrado, proscrito, condenado á ser quemado vivo y reducido á la mendicidad; anduvo vagando lejos de Florencia, su patria: en su alma, noblemente orgullosa, altiva, indómita y lastimada por el ostracismo, la persecución abrió una herida incurable, que los padecimientos fueron engangrenando: de ahí esas sátiras acerradas, esos sarcasmos doloridos en los cantos de su poema, principalmente en los del *Inferno* y en los del *Paraíso*: ya es el donaire irónico, ya el reproche airado: ahora el desdén, que afronta; ahora la venganza,

que maldice. . . . Apasionado por sus ideales políticos, encuentra perversidad en todos los que no son sus cooperadores; su odio es ciego; su cólera, concentrada; su enojo implacable. Baldona á Bonifacio octavo, y de este Papa ha hecho el blanco de sus vehementes censuras. — En boca de Santo Tomás de Aquino pone un epigrama burlesco contra la Orden de Santo Domingo; y el discurso de San Pedro Damiano, en uno de los cantos del *Paraíso*, concluye con un terrible insulto contra los Cardenales: Dante, amigo de la austeridad, amante de la honra de la Religión, era censor severo del escándalo, donde quiera que lo encontrara.

Sus venganzas han inmortalizado á sus víctimas: Alberico fue echado vivo al Infierno; ahí lo encuentra Dante entre los traidores: «*Mi alma está aquí, en el Infierno*, le hace decir al condenado: *allá, en el mundo, un demonio sigue haciendo en mi cuerpo las veces de mi alma!*. . . .»

Hugolino, el conde Hugolino, en el *Infierno*, sacia su venganza mordiendo en la cabeza á Rugiero: para hablar con Dante, suelta la cabeza de su asesino, se limpia

los labios, refregándolos en los pelos de la nuca de Rugiero; y, así que concluye la relación del modo cómo lo hicieron perecer á él y á sus tres hijos, dejándolos consumirse lentamente de hambre en la prisión, donde los tenían emparedados, vuelve á hincar sus dientes en la cabeza de su enemigo. . . . Acaso, en la *Divina Comedia*, no hay un pasaje más patético que éste.

## VI

Vamos á decir unas pocas palabras acerca de la alegoría y del simbolismo del poema del Dante.

En *El Purgatorio* hay alegorías bíblicas, inspiradas por Daniel, por Ezequiel y por el Apocalipsis: el grande y frondoso árbol de la vida; el carro, tirado por animales misteriosos; los siete candlabros de oro; los ancianos coronados, etc., son imágenes bíblicas, simbólicas en el poema del Dante, como en los Libros proféticos de la Santa Escritura; pero el simbolismo de esas

figuras en el poema del Dante es más oscuro, más indescifrable, que el que tienen en los Libros Sagrados. ¡La obscuridad!. . . La *Divina Comedia* es, indudablemente, un poema oscuro. . . . Cantú lo ha reconocido.

Dante se duerme demasiadas veces: y ese sueño suyo, y ese aletargamiento es un recurso inverosímil, de que el poeta se vale, como para salir de un paso difícil. Volvamos á sus alegorías.

La más notable de todas es la de Beatriz. — ¿Quién es Beatriz? ¿Qué simboliza?. . . Beatriz fue una persona real, una joven de Florencia, y simboliza en el poema del Dante la Teología, la Ciencia, que conduce á Dios.

Es ya un hecho demostrado por la crítica histórica, que Beatriz fue una joven florentina, de rara hermosura, á la cual amó el poeta, con pasión tan constante, que, cuando ella murió, Dante siguió amándola todavía; y, para inmortalizar su memoria, la puso en el *Paraíso*, y la convirtió en uno de los símbolos de su poema. — Dante conoció á Beatriz, cuando ambos eran todavía niños: Beatriz contaba apenas ocho años; Dante tenía nueve.

Se vieron, se conocieron: Dante amó desde entonces á Beatriz, y la amistad entre la joven y el poeta fue tan sincera, tan entrañable, que ni la muerte misma fue poderosa para romperla. Dante no olvidó jamás á Beatriz: llevó la imagen de ella hondamente grabada en lo más íntimo de su alma: con su memoria siguió viéndola siempre; y, para que su nombre fuese famoso, la esculpió con su cincel mágico en las austeras páginas de su singular poema; y ahí está Beatriz, con esa hermosura ideal, que acertó á darle el poderoso ingenio del poeta.

Pero ¿no profanaría, acaso, el Dante un poema eminentemente sagrado, cantando en él y dando cabida á las memorias de un amor profano? . . . Entre Beatriz y Dante no hubo jamás lazo alguno de amistad, que no fuese puro y casto: el recuerdo de Beatriz fue para Dante un recuerdo honesto: Beatriz había sido hermosa; pero en ese vaso terreno de una tan singular hermosura estaba encerrada una alma incomparablemente más hermosa: la embellecía el casto fulgor de la virtud. . . . El poema del Dante es singular, sin duda ninguna:

rara apoteosis del amor humano, cubierto siempre con el púdico velo de la honestidad, aquí en este mundo, y transformado en ciencia beatífica en la eternidad. . . .

Dante, sombrío, meditabundo, se yergue entre el grupo de los grandes poetas sagrados de la edad cristiana: su rostro, enjuto, lleva las huellas del dolor: con arrugas prematuras lo ha surcado no la mano lenta del tiempo, sino la mano áspera de la desgracia: callado; su boca cerrada, su mirada pensativa están como diciéndonos, que se halla abismado en la contemplación de las cosas, que vió en su maravilloso viaje por las regiones de ultratumba. Ha regresado al mundo de los vivos; pero se desdén de mirar las grandezas humanas, porque ha visto los secretos de la eternidad: cubre su cabeza la capucha del peregrino, y el laurel de la inmortalidad la ciñe con sus hojas, que van cada día reverdeciendo más y más, merced á la admiración de los siglos!

Varón austero, alma indómita, poeta asombroso: su laud, laud de hierro, no dió nunca sonos afeminados: el destierro le vigorizó, y la Religión enardeció su numen.

¿Habría cantado el Dante las glorias terrenas, que despreciaba?... Para su estro poético estaban bien sólo los misterios de la vida inmortal (1).

(1) En el texto de este estudio literario hemos dicho que el poema del Dante es un poema erudito: para leerlo con provecho, para entenderlo perfectamente, para gustar las bellezas literarias en que abunda, es necesario conocer muy bien la biografía del poeta, la historia de las repúblicas italianas de la Edad Media, los usos, las costumbres de aquella época, el estado de las ciencias así sagradas como profanas, las creencias religiosas, las prácticas devotas y hasta las leyendas y supersticiones del pueblo y de las personas ilustradas de los siglos medios: por esto, la *Divina Comedia* ha menester de notas, que ilustren el texto, y de comentarios que expliquen los pasajes oscuros, porque la *Divina Comedia* es poema no sólo oscuro sino hasta enigmático á causa del simbolismo empleado por el poeta, cuyas alusiones son casi incomprensibles para los lectores modernos.

Como la *Divina Comedia* es, además, obra docta y eminentemente teológica, la lectura de ella requiere pleno conocimiento no sólo del dogma cristiano y de las enseñanzas católicas en punto á la vida de las almas en la eternidad, sino también de las opiniones, que respecto del Infierno, del Purgatorio y del Cielo eran comunes en el siglo trece entre los teólogos escolásticos ortodoxos.

Por otra parte, el lenguaje mismo del poema, el estilo y la versificación contribuyen á aumentar la dificultad: Dante se apoderó de la lengua italiana, la fundió, la pulió y la cinceló en sus laboriosos tercetos: la concisión de su lenguaje es tan apretada, que, en ocasiones, un terceto y hasta un verso se hallan henchidos de sentido: son en rigor,

## VII

Debemos decir una palabra siquiera en cuanto á la originalidad del poema del Dante. — Críticos ha habido, que, para ponderar el mérito de la *Divina Comedia*, han asegurado que ésta fue una producción tan original, que careció de precedentes no sólo en la poesía popular de Italia, sino en la literatura de todas las demás naciones cristianas, lo cual no es exacto.

El asunto de la *Divina Comedia* se funda en dos verdades: la creencia en una vida futura, después de la muerte, y la existencia de premios y de castigos, en esa otra vida.

---

todo un discurso como en cifra y en abreviatura. — El estilo es tan propio, tan original, tan del Dante, tan suyo, que nunca, podrá ser imitado ni confundido con ningún otro. Por todo esto la lectura de la *Divina Comedia* no es á propósito para deleitar á las almas frívolas, y causa pronto y fatiga en breve á los turistas de la literatura. — ¿Qué pensar acerca del Dante? — El primer verso latino de su epítafio lo está diciendo:

*Theologus Dantes; nullius dogmatis capers.*

Ambas verdades pertenecen al tesoro de aquellas ideas religiosas, que se han encontrado siempre en todos los pueblos, así antiguos como modernos, sea cualquiera el estado de su civilización y cultura (1).

El hombre veía con sus propios ojos la muerte de los suyos, el acabamiento de la vida de los que le rodeaban: entregaba el cuerpo de ellos á la tierra; pero no consentía jamás en que el alma se hubiese aniquilado: observaba la descomposición del cuerpo, advertía su reducción á cenizas, su

---

(1) OZANAM. — De los orígenes poéticos de la *Divina Comedia*. (Se halla en el Tomo quinto de las Obras completas del sabio profesor de Lyon). — Ozanam es entre los literatos franceses modernos el que ha publicado estudios más eruditos y doctos sobre Dante y su célebre poema: uno se refiere al Purgatorio y otro trata del Dante considerado como filósofo y se intitula «Dante y la filosofía católica en el siglo trece». — Comparando á Ozanam con Guinguené, el historiador de la literatura italiana, se ve enanto había no sólo cambiado sino progresado la crítica literaria en Francia, desde los tiempos del primer imperio hasta mediados del siglo pasado: las ideas filosóficas son luz, que ilumina ó que ofusca á la crítica: ésta en las Bellas Artes discernie lo bello ó no acierta á percibirlo bien, según el sistema filosófico que profesa el crítico. En castellano merecen leerse los trabajos de Milá y Fontanals sobre el Dante: se hallan entre los Opúsculos literarios de aquel respetable y benemérito profesor.

desaparecimiento; pero tenía la convicción íntima de la supervivencia del alma. Esta continuaba existiendo, no perecía, no se acababa: mas ¿dónde continuaba viviendo el alma? ¿Qué clase de vida era la vida de que vivía el alma, separada del cuerpo?— Acerca de estos puntos había ignorancia, errores, equivocaciones: la imaginación y la fantasía suplían lo que la inteligencia no alcanzaba á descubrir: pero siempre en esas regiones misteriosas y desconocidas de más allá del sepulcro, un criterio de moralidad inflexible distinguía dos lugares: uno el del castigo; otro, el de la remuneración.— El orden moral nunca era violado impunemente.

Los viajes de los vivos á esas regiones, las peregrinaciones á esos reinos misteriosos del dolor y del regocijo ultramundanos, abundan en la literatura de todos los pueblos, tanto paganos como cristianos: Homero, en la *Odisea*, refiere la excursión de Ulises á la mansión de las sombras: el hermoso canto sexto de la *Eneida* de Virgilio es el resumen de todo cuanto la filosofía antigua había alcanzado á entrever acerca de las condiciones de la inmortalidad de

las almas, en el mundo de más allá del sepulcro.

En la Edad Media, no sólo en la misma Italia, sino en otras naciones cristianas, eran comunes y hasta populares las relaciones de viajes milagrosos á la eternidad: las descripciones del Infierno, del Purgatorio, del Cielo apacentaban la imaginación de las gentes de entonces; y en aquellos tiempos de tanto desorden y de tanto trastorno, consolaban á los que eran víctimas de la fuerza y de la injusticia; y llevaban á la conciencia endurecida de los déspotas y de los perversos una protesta enérgica, aunque disimulada.

¿Qué hizo el Dante? ¿En qué consiste su indisputable originalidad?—En el fondo, el Dante describió las mismas tres mansiones de la eternidad cristiana, que otros habían descrito antes que él: su poema es un viaje fingido por el mundo de la eternidad y no era Dante el primero que fantaseaba de esa manera, haciendo una peregrinación, realmente imposible: ¿en qué está su originalidad?—En la maestría de la ejecución: las otras leyendas, los otros poemas sobre este mismo asunto

son como bosquejos confusos al lado del cuadro animado, viviente y patético, que, con colores imborrables y pincel diestro, supo trazar el poeta florentino.

Cercenó lo absurdo, separó lo grotesco, pulió lo tosco: escogió circunstancias adecuadas, no recargó de pormenores inútiles sus descripciones: se ciñó con rigurosa exactitud á las enseñanzas de la ciencia teológica ortodoxa sobre la suerte de las almas en la eternidad: en sus opiniones personales cuidó de apoyarse en tradiciones entonces autorizadas y enlazó su poema con la historia política y social de Florencia y de Italia en aquellos tiempos. He ahí la obra del Dante.

El cristianismo, como ya lo hemos dicho en otra parte, es la única religión, que haya dado á los hombres ideas claras, precisas y elevadas acerca de las condiciones de la vida de las almas en las mansiones de la eternidad.—Los dogmas del cristianismo relativamente á la vida futura tienen un enlace lógico esencial con las reglas y con las leyes de la moral en la vida presente: Dante, en sus ficciones poéticas, no ha inventado nada que sea diametralmente opuesto al

dogma ni contrario á la moral inmutable de la religión revelada.

Hubo una circunstancia más para que el poema llegara á ser popular, y fue que Dante no lo compuso en latín, sino que lo escribió en el lenguaje vulgar del pueblo: sus versos eran así fácilmente entendidos no sólo por los doctos, sino hasta por las gentes humildes, por los artesanos, por los campesinos. Su estilo no era encumbrado, sino sencillez, familiar: sus comparaciones, de objetos muy comunes y conocidos; su lenguaje, claro, usual, inteligible.

El verso, bien trabajado, con arte, con simetría: la rima asimismo simétrica, fácil, compacta: las divagaciones de la imaginación tenían ajustadas las riendas, con las leyes métricas del terceto, y la atención de los lectores quedaba así más fijada: condiciones favorables todas éstas para que las pinturas del poema se grabaran hondamente en la imaginación del pueblo, y la *Divina Comedia* llegara á ser á la vez composición erudita y poesía popular.

Hemos concluído nuestro estudio acerca del célebre poema del Dante.—Una epopeya cristiana, en la que se describan

las regiones de ultratumba ¿será posible?  
¿Será fácil?—Nuestra respuesta es muy sencilla: es posible, pero sumamente difícil. La dificultad crecerá cada día más y más, á medida que las ciencias fueren revelando los secretos del Universo material, porque el simbolismo, de que los poetas se solían valer para describir el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, pierde toda su convencional significación, á medida que se conocen mejor los objetos naturales.

¿Será posible situar ahora el Infierno en el centro del globo terrestre, como lo hizo Dante en su poema?

¿Cómo se podrá pintar las mansiones celestiales?

¿De qué modo se acertará á imaginar la santa cárcel del Purgatorio?

Concluamos, pues, que una epopeya cristiana es muy difícil, ahora sea el poema narrativo, ahora sea descriptivo.



EL POEMA

DE

SAN AVITO DE VIENA

---

APENDICE AL ESTUDIO SOBRE LA POESIA EPICA  
CRISTIANA



Advertencia previa. — Literatura pagana y literatura cristiana. — Indole de cada una de estas dos literaturas. — Comienzos de la poesia cristiana latina. — Poemas latinos cristianos: división y clasificación de ellos. — San Avito de Viena. — Poemas biblicos de San Avito. — Análisis literario de sus Poemas sobre el Génesis. — Pasajes notables. — Observaciones criticas. — Una conjetura.

## I



EN nuestro *Estudio literario sobre la Poesía épica cristiana*, al hablar del *Paraíso perdido* de Milton, hicimos notar la semejanza, que había entre el poema del épico inglés y los poemas, que sobre la Biblia había compuesto en latín San Avito de Viena, poeta cristiano del siglo sexto de la Igle-

sia. Como lo dijimos entonces, Guizot fue el primero que llamó la atención de los críticos sobre los poemas latinos de San Avito, é hizo una comparación curiosa de algunos pasajes del *Paraíso perdido* con otros entresacados de los poemas del santo: después los poemas de San Avito han sido estudiados y analizados por críticos y eruditos así franceses como de otras naciones. Nada de cuanto nosotros dijéremos ahora será, pues, nuevo ni de nuestra propia cosecha, porque no haremos sino repetir lo que otros han escrito ya sobre este asunto (1).

El aparecimiento del cristianismo coincide con la época, en que la literatura latina, que, bajo el reinado de Augusto, había llegado á la perfección, comenzaba ya á declinar, pasando de su edad de oro á la edad de la decadencia. La forma había alcanzado una hermosura grave y majestuosa en la poesía: el lenguaje, rico, sonoro y expresi-

---

(1) GUIZOT.—Historia de la civilización en Francia. Lección décima octava. — Véase también á ERBERT: «Historia general de la literatura de la Edad Media en Occidente». Libro tercero, capítulo quinto. Citamos la traducción francesa de esta obra.

vo, era esmerado en pureza y corrección: el arte de construir los versos estaba sumamente adelantado; el estilo se hallaba acrisolado, mediante las reglas del Buen Gusto; y en las obras de los grandes poetas la razón gobernaba á la imaginación, y un tacto literario delicado eliminaba todo cuanto pudiera chocar al buen sentido y á la exquisita cordura de los lectores romanos, que en la literatura buscaban antes el deleite que la instrucción.

La ampulosa declamación, la falta de naturalidad, los adornos rebuscados, las repeticiones innecesarias, la exuberancia estéril afoaban la poesía en la época de la decadencia. Pero, la gran transformación, que en lo intelectual y en lo moral comenzó á operar el cristianismo, no pudo menos de dar origen á una literatura del todo nueva, y no sólo distinta sino contraria, en el fondo y en las aspiraciones, respecto de la pagana: para emplear una expresión de la crítica moderna, diremos que los ideales de las dos literaturas eran no sólo diferentes sino contrarios.

En la literatura cristiana la expresión del pensamiento por medio de la palabra

escrita, sometida á las reglas del arte, no era el delirio ni el contentamiento del ánimo, sino la manifestación ó la defensa de la verdad, para la realización en la tierra del noble fin sobrenatural de la criatura racional humana: los poetas paganos, como ignoraban el fin, con que había sido criado el hombre, hacían que la más bella de las artes sirviera para mero solaz y esparcimiento del ánimo; y de ahí su esmero en la forma: los poetas cristianos empleaban la poesía como un medio de hacer más amable la verdad, y de excitar en el alma santos afectos.

El cristianismo había resuelto satisfactoriamente todos los problemas, que en punto al origen del hombre y del mundo y el destino de ambos, no había podido esclarecer la filosofía pagana; y las nociones elevadas, que acerca de Dios y de sus atributos había divulgado hasta entre las más humildes clases del pueblo, habían cambiado completamente la condición moral de la sociedad humana. La luz de la verdad iluminaba todas las inteligencias: la verdad y la virtud no eran ya patrimonio exclusivo de unas cuantas

sectas filosóficas, que se hacían guerra unas á otras. El mundo estaba regenerado: ¿no era, por lo mismo, necesario que la regeneración de la sociedad diera origen á una literatura enteramente nueva? Si la literatura es la expresión del estado intelectual y moral de la sociedad; renovada, transformada, regenerada la sociedad ¿no había de nacer una literatura del todo nueva y distinta de la literatura pagana?

En los primeros siglos de la Iglesia, mientras duró la lucha entre el paganismo y el cristianismo, hubo, pues, dos literaturas: la antigua, la pagana, y la nueva ó cristiana. La pagana fue decayendo, al paso que la cristiana progresaba rápidamente.

En toda literatura conviene distinguir dos elementos: el fondo y la forma de las obras literarias. Entre la literatura pagana y la literatura cristiana no podía menos de existir, como lo hemos dicho ya, no sólo una gran diferencia, sino una completa contradicción en cuanto al fondo; pero, respecto de la forma, era imposible que no hubiera identidad entre ambas. Los

pensamientos eran distintos: el idioma era el mismo, así en las obras paganas como en las obras cristianas (1).

La lengua latina era lengua perfeccionada, lengua literaria, cuya índole era imposible modificar: esta lengua fue el instrumento, que sirvió para la expresión del pensamiento á los escritores cristianos.

Hechas estas reflexiones sobre la literatura en general, nos concretaremos ahora á hablar de la poesía cristiana en particular.

## II

La primera circunstancia, que llama la atención, cuando se estudia la historia de la poesía cristiana, es su tardío aparecimiento en la Iglesia católica: pasan cua-

---

(1) El Cardenal D'Avanzo, Obispo de Calvi y de Teano, en su «Carta á los Directores del Seminario de Calvi sobre la enseñanza mixta de los clásicos paganos y de los autores cristianos», expuso, con sencillez y exactitud, la formación de las dos literaturas latinas, la pagana y la cristiana, en los primeros siglos de la Iglesia. — Es un opúsculo digno de ser leído.

tro siglos enteros antes de que comience á ser cultivada. Da principio con Juvencio, en el siglo cuarto, y dura mil años, hasta el siglo décimo quinto. Las obras de Comodiano, de poemas no tienen propiamente más que la forma métrica: en Juvencio es en quien aparece la obra artística.

Considerada la poesía latina cristiana desde un punto de vista meramente crítico, se distinguen en ella algunas clases de poemas: el poema bíblico histórico, el poema teológico laudatorio, el poema apologético y el himno destinado para el canto.

En el poema bíblico histórico, se refieren los hechos narrados en la Escritura Santa: el poeta respeta religiosamente la verdad histórica, y lo único que se permite es exornar la narración con algunas descripciones, amplificar ciertos puntos, é inventar una que otra circunstancia, que contribuya á esclarecer el sentido literal del texto sagrado.

El poema teológico tiene por objeto la exposición de un punto doctrinal: es el poema rigurosamente didáctico, cuyo intento es enseñar, haciendo, con las galas

de la poesía, amena y deleitable la exposición de las verdades reveladas.

Del poema apologético se valían los escritores eclesiásticos para refutar los errores del paganismo, para poner de manifiesto los absurdos de la idolatría, y para redargüir á los herejes y combatir sus doctrinas anticristianas.—Algunos de estos poemas, como el de San Próspero contra los pelagianos, son verdaderos tratados teológicos, en los que está contenida la doctrina de la tradición católica. *Carmen contra ingratos*, poema contra los enemigos de la gracia, ingratos, llamó San Próspero á su refutación.

Del himno conviene hablar algunas palabras siquiera, y lo haremos de propósito en otro artículo.

En cuanto á la versificación, los poetas cristianos procuraban imitar á los grandes poetas paganos del siglo de Augusto, y, por eso, se encuentran en los poemas del siglo cuarto y de los tres siguientes, frases enteras, giros poéticos, tropos de dición y hasta fragmentos de versos de Ovidio y de Virgilio, y de algunos otros clásicos del siglo de oro de la literatura romana.

No deja de causar una impresión agradable esa especie de cristianización, dirémoslo así, del estilo, del lenguaje y hasta de la manera poética de los poetas paganos, hecha por los poetas cristianos. Los grandes poetas de la edad de oro oran leídos, estudiados y hasta explotados por los poetas cristianos; y la austera musa cristiana se engalanó, más de una vez, con las joyas de la musa virgiliana (1).

En los poemas bíblicos narrativos, los poetas se proponían popularizar la historia de la revelación, presentándola ataviada con los arreos de la poesía: siguen con fidelidad escrupulosa, la narración de la Santa Escritura, y se guardan, con sumo cuidado, de interpretarla libremente. Su guía es siempre la tradición, de la cual no se apartan nunca en los pasajes dogmáticos: en los de libre interpretación escogen los hechos y, á veces con arte, echan mano de la ficción, conservando siempre la verosimilitud: dicen no lo que, en realidad sucedió, sino lo que, consideradas toda

---

(1) OZANAM (Federico Augusto).—La civilización en el siglo quinto de la Iglesia. — Lección décima octava. — De la Poesía.

las circunstancias, no era imposible que sucediera.— Así lo hace Juvencio en su *Historia evangélica*: sigue la narración de San Mateo, tomando de San Lucas y de San Juan lo que no encuentra en San Mateo: al referir, por ejemplo, el milagro de la tempestad calmada por el Redentor, hace la descripción de la tempestad, amplificando la narración, sobria y concisa del Evangelista; y, aunque éste es uno de los mejores pasajes del poema, con todo, queda muy inferior á la sencilla sublimidad, con que ese mismo milagro ha sido narrado por San Marcos en su Evangelio.

A veces, los poetas cristianos hermo- sean sus poemas bíblicos narrativos, exponiendo la significación profética ó simbólica de los hechos del Antiguo Testamento, con relación á los sucesos del Nuevo, ó dando el sentido místico ó moral de los acaccimientos del pueblo escogido. Nóta- se esto, cabalmente, en los poemas de San Avito.

## III

San Avito fue Obispo de Viena en las Galias, y contribuyó mucho á la conversión de los Borgoñones, inficionados de arrianismo; tuvo también gran parte en las demostraciones públicas de regocijo, que se hicieron, cuando el bautismo de Odoveco, después de la batalla de Tolbiac; murió en Febrero del año 525.

Compuso este Santo, en versos hexámetros, cinco poemas bíblicos: cuatro sobre el Génesis, y uno sobre el Éxodo. — Los tres primeros poemas sobre el Génesis forman un todo completo, por la unidad del asunto, y constituyen lo que Guizot ha llamado *El Paraíso perdido de San Avito*,

El primero de estos tres poemas se titula: De la creación del mundo, *De origine mundi*: el segundo, Del pecado original, *De peccato originali*, y el tercero, De la sentencia de Dios, *De sententia Dei*. — El poeta no se aparta de la narración de Moisés; y, aunque sigue fielmente el orden de élla, tal

como está en el Génesis, con todo, su obra es un verdadero poema. Comienza, en el primer canto, dirémoslo así: el nudo se encuentra en el segundo, y el desenlace está en el tercero. Dios saca de la nada el mundo, crea al hombre y lo pone en el Edén: forma á la primera mujer é instituye el matrimonio: impone á Adán y á Eva, nuestros primeros padres, el precepto de no comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal: este es el asunto del primer canto.

En el segundo, habla el poeta de Satanás, y recuerda su caída: sabe Satanás la creación de Adán y de Eva; conoce el destino sobrenatural, con que Dios los ha criado, y siente envidia: estimulado por la envidia, resuelve tentarlos, hacerles pecar, y así perderlos para siempre: toma la forma de una serpiente, se enrosca en el árbol, de cuyo fruto no pueden comer los progenitores del género humano, y tienta á Eva: Eva cae y seduce á Adán.

La sentencia pronunciada por Dios contra nuestros primeros padres, y la expulsión del Paraíso, que se sigue inmediatamente á la sentencia, constituyen el asunto

del canto tercero. — Este poema es, pues, un verdadero *Paraíso perdido latino*, compuesto por un Obispo ortodoxo del quinto siglo de la Iglesia.

San Avito no se propuso componer una epopeya, escogiendo para asunto de ella la caída original de nuestros primeros padres ó la pérdida del Paraíso terrenal, como lo hizo, siglos después, el épico inglés Milton: éste quiso componer un poema épico, eligió para asunto de él un hecho histórico sencillo; y, á pesar de la sencillez del hecho narrado por Moisés, compuso un poema, calcado en los modelos clásicos de la poesía épica griega y latina, inventando circunstancias y haciendo descripciones, fundadas en una posibilidad verosímil. — San Avito no intentó sino hermosear la narración mosaica, comentando ó explicando los puntos, que en ella no estaban más que enunciados: cuida, con esmero, de seguir el hilo de la narración bíblica y no inventa circunstancia ninguna nueva; amplifica las que se enumeran en el Génesis, y hace algunas descripciones de pura imaginación, como la de la forma corporal de la serpiente, de que se revis-

tió Satanás para tentar á Eva. Estas descripciones no carecen de gracia: hay sobriedad en los pormenores, y buen gusto en la elección de ellos. La cabeza de la serpiente está cubierta de conchas escamosas y coronada de una cresta purpurina, la cual, dice San Avito, *meneaba y agitaba el monstruo, manifestando su contento*, así que vió que, al fin, Eva mordía la fruta prohibida.

*Tum victor serpens certamine lectus ab ipso,  
purpuream crispans squamoso in vertice cristam.*

San Avito estaba dotado de fantasía lozana y de imaginación creadora y era muy versado en la lectura de Virgilio y de Ovidio, como lo manifiesta la estructura de sus hexámetros, en los cuales se encuentran expresiones literales de ambos poetas, acomodadas, con gracia, á los asuntos cristianos (1).

---

(1) Para el texto de los poemas de San Avito nos hemos servido de la edición de Migne. (Patrología latina, volumen cincuenta y nueve). — Los mejores trozos de los poemas se hallan en la colección, que con el título de *Cornuio é portis christianis excerpta*, publicó Clement, en París, para uso de los colegios católicos de segunda enseñanza: el mismo Clement los tradujo después en prosa

Hay una circunstancia, en la que el Obispo cristiano y el épico inglés son muy semejantes: San Avito era aficionado á hacer hablar, como Milton, á los personajes de su poema, en cuya boca pone discursos, trabajados con arte: estos discursos, fingidos por San Avito, merecen llamar la atención.

Citaremos un ejemplo. — Sea el diálogo de la serpiente tentadora con Eva. Está la serpiente encaramada en el árbol de la ciencia del bien y del mal: comienza elogiando á Eva, para ganarse la voluntad de élla; y luego le pregunta por qué no comía la fruta de ese árbol. Eva le responde, que Dios se lo había prohibido, y añade que esa prohibición les ha sido hecha bajo pena de muerte. Hasta aquí el diálogo no es, en rigor, más que una repetición de la sencilla narración del Génesis: veamos lo que añade San Avito.

Eva le pregunta á la serpiente qué cosa es la muerte, pues Eva no entiende qué

---

al francés, y los insertó en su «Historia de la poesía cristiana desde el siglo cuarto hasta el siglo quince». En francés.

es aquello de morir, con que el Criador les ha amenazado á ella y á Adán. Esta invención no deja de ser ingeniosa: he aquí los versos latinos:

*Quid vero mortem appetit, doctissime serpens,  
pende libens; rudibus nobis incognita res est.*

Por cierto, que en este diálogo hay una ironía encubierta con gracia: el poeta con sólo haber puesto en boca de Eva la expresión *doctissime serpens*, insinúa cuán pagada estaba nuestra primera madre de las lisonjas de la serpiente. La serpiente había descubierto el lado flaco de la mujer!

Eso de la muerte es una palabra sin sentido, y que no significa nada, le contesta á Eva la serpiente; y continúa procurando infundir en el ánimo de su incanta interlocutora la desconfianza y el recelo respecto de la bondad del Criador.

“Pero, tú ¡oh doctísima serpiente!, dígnate explicarme qué es lo que Dios llama muerte: éso para nosotros, ignorantes, es cosa incomprendible”.

Antes de comer la fruta prohibida, Eva duda, vacila: mira y remira la fruta, la acerca á la nariz y la huele; la aproxima

á la boca, intenta morderla, jugando con la muerte, de que va á ser víctima, dice San Avito. *Ludit de morte futura*, expresión feliz y muy oportuna.

El Satanás de San Avito habla también como el de Milton; pero hay una enorme diferencia entre los dos: el de San Avito es el arcángel rebelde de la Teología católica; envidioso, malo, mas no jactancioso ni menos absurdo, como el demonio del poeta inglés. Conoce su desgracia, se lamenta del bien perdido; envidia la suerte futura de nuestros primeros padres, se siente humillado: se pone á hablar consigo mismo y concluye llorandó: los suspiros, los sollozos ahogan su voz. Éste rasgo es admirable: en el monólogo de Satanás hay no sólo naturalidad, sino verdadera poesía.

La vergüenza se mezcló con la envidia, dice San Avito; y Satanás prorrumpió en estas expresiones quejumbrosas, entrecortada la voz con suspiros. *¡Ay! Ese barro vil se ha puesto, de repente, delante de mí: mi ruina ha dado origen á una criatura odiosa! . . . Fui morador de los cielos; fui poderoso: ahora ya no soy más que un*

*despreciado, un proscrito: el lodo vil reemplaza á la dignidad angélica! . . . La tierra va á dominar en el cielo: ese puñado de lodo, que no ha hecho más que cambiar de figura, reinará, heredando el poder, que á mí me fue quitado! . . . Empero, yo no he perdido por completo el poder: todavía soy poderoso, todavía soy fuerte: aún me resta gran poder para dañar. . . . No haya tardanza!! . . . .*

*Me celsam virtus habuit, nunc ecce neglectus  
Pellor, et angelico limus succedit honori!  
Cortum terra tenet, velle campage levata  
regnat humus, novisque perit translata potestas!  
Nec tamen in totum perit: pars magna retentat  
vix propriam, stemmaque etat virtute nocendi.  
Nil diferre jurat.*

Este monólogo de Satanás (del cual nosotros no damos aquí más que el principio), es elocuente y no desdice de la condición moral del Príncipe de tinieblas, caudillo de los ángeles rebeldes. San Avito adoptaba, como se deduce del discurso de Satanás, la opinión de los que sostenían que los hombres fueron criados por Dios, para llenar los puestos, que en el

cielo quedaron vacíos por la caída de los ángeles rebeldes.

Según Guizot, la descripción, que del Paraíso terrenal hace San Avito, literariamente considerada, es mejor que la del poema de Milton: en la de San Avito no hay ninguna reminiscencia mitológica; es corta, pero de gusto correcto.

En el *Paraíso Perdido* de Milton se encuentran algunas ideas, que se hallan en el poema latino de San Avito: compárese, por ejemplo, la narración de la institución del matrimonio en ambos poemas.

Pone San Avito en boca del Criador un discurso, en el cual amplifica las palabras que se leen en el Génesis, y luego añade:—*Las palabras, por las cuales consagró Dios esta unión perpetua, fueron el himno de su himenco; y los ángeles unieron su voz para cantar las alabanzas del pudor y de la castidad: el paraíso fue su cámara nupcial (de Adán y Eva); el Universo fuéles dado en dote, y en señal de regocijo las estrellas resplandecieron con más intenso brillo.*

*Talliter aeterno-coniungens foedere vota  
 Festivum dicebat hymen, castoque pudori  
 concinuit angelicam fineto modulamine carmen.  
 Pro thalamo paradisis erat, mundus que dabatur  
 in dotem, et laetis gaudebant sidera fluminis.*

Leamos ahora cómo describe Milton la misma escena. — Adán, es quien habla, refiriendo al arcángel San Rafael la historia de los primeros sucesos de su vida, así que fue criado por Dios.

En presencia del Dueño soberano  
 De cuanto existe, con augusta forma,  
 Yo lo di, ella me dió su casta mano:  
 Acto que deberá servir de norma  
 A nuestros más remotos descendientes.  
 Celebró toda la naturaleza  
 Nuestra unión: cual testigos los lucientes  
 Asteos brillaron con mayor viveza:  
 Por presenciarla, el Cielo silencioso,  
 Suspendió un rato el curso majestuoso:  
 El aura misma, plácida y serena,  
 En su lengua nos dió la eulorabuena:  
 Los pájeros, sus cantos duplicando,  
 Las cristalinas aguas murmurando,  
 El eulace aplaudieron,  
 Y ejemplo á todos los vivientes dieron.  
 Los collados, los valles repañan  
 De aquel festivo día los acentos:  
 Los árboles con dulces movimientos  
 Se inclinaban: las flores olorosas  
 Sus coloridos senos descubrian:  
 El Zéfiro, sus alas extendiendo  
 Emulas de las rosas,

Ansioso sus perfumes recogiendo,  
De una en otra volaba,  
Y sus bellos matices avivaba (1).

Comparado el un pasaje con el otro, no puede menos de reconocerse que en el de San Avito hay más sencillez, más parcimonia, más concisión y mayor elevación de pensamientos, que en el de Milton. El Obispo de Viena no pierde nada en tan arriesgada comparación.

Así que la serpiente infernal logró su envidioso intento, viendo á Adán y á Eva avergonzados de su desnudez, tristes y temblando de Dios, los insulta con palabras crueles: *ya tenéis (les dice), lo que tanto ambicionasteis, la gloria de emocer el bien y el mal! Yo soy quien os lo ha enseñado: yo, quien os ha hecho descubrir ese secreto: yo, quien ha introducido ese mal, que la naturaleza inteligente os negaba . . . He cumplido mi palabra: no podéis negarlo! Con fuertes lazos os he unido á mi suerte . . . Mucho le debéis al Criador; pero á mí,*

---

(1) Citamos la traducción de Escoiquiz, no porque sea la mejor sino por ser la más conocida. (Edición de Boursoes, tomo segundo, 1813).—El pasaje está tomado del Libro octavo del Paraíso perdido.

*que he sido vuestro maestro, me debéis mucho más.*

*Cuncta ego vos docti, sensumque per abdita duci  
et quodcumque malum solers natura negabat  
instilui, poctunaque meum, ne forte negelis,  
seruavi, et firma vosmet mihi sorte dicavi.*

Algunas veces estas amplificaciones de la Escritura no son acertadas: en las quejas, que contra Dios pone en boca de Adán, por ejemplo, hay mucho de censurable, aún desde el punto de vista de la Teología católica. En ese momento, el Adán del poema de San Avito no es el Adán del Génesis de Moisés.

Suele San Avito dar variedad á sus cantos por medio de episodios, introducidos sin violencia: uno de estos episodios es la descripción del río Nilo y de sus inundaciones periódicas, hecha con naturalidad. San Avito creía que el Nilo era uno de los cuatro grandes ríos, que salían del Paraíso terrenal.

El estilo de San Avito es noble y elevado: su lenguaje bastante correcto y abundante. Los versos están trabajados con esmero, según el sistema clásico de la cantidad métrica; y hay pasajes muy

primorosos, que honran á la poesía latina cristiana del siglo sexto de la Iglesia. — Estudiando con cuidado los poemas de San Avito de Viena, no se puede menos de reconocer que fue muy fundada la conjetura de Guizot, relativamente al conocimiento, que Milton tuvo de ellos: tal vez, el *Paraíso Perdido* del gran épico inglés ¿fue inspirado por los poemas del Obispo de Viena? — Eso no parece imposible.





## INDICE

---

ADVERTENCIA.....	<u>Págs.</u> 3
------------------	-------------------

---

### CAPITULO PRIMERO.

#### *Principios generales.*

Nuestra opinión acerca del concepto de la Belleza. — De lo bello en la Religión cristiana. — Los dogmas revelados. — Reflexiones sobre otros puntos importantes. — Si la Pasión de Jesucristo puede ser asunto de un poema épico. — Fundamentos de nuestra conclusión...	5
--	---

---

### CAPITULO SEGUNDO.

#### *Un poema épico religioso.*

Advertencia previa. — La CRISTIADA del Padre Hojeda. — El autor. — Asunto del poema. — Dos clases de episodios. — Lo sobrenatural en el	
---	--

	<u>Págs.</u>
poema. — Lucifer y su intervención en el desenvolvimiento y en el desenlace de la acción del poema. — Observaciones fundamentales. — Defectos del poema. — Juicio crítico general.	29

## CAPITULO TERCERO.

*Reflexiones teológicas.*

La Teología dogmática y la poesía: relaciones entre ellas. — Observaciones críticas sobre el <i>Paraíso Perdido</i> de Milton, considerado según las enseñanzas de la Teología dogmática ortodoxa. — Los ángeles rebeldes. — El carácter de Satanás en el <i>Paraíso Perdido</i> . — Reflexiones críticas. — Bellezas poéticas del poema. — Cómo deben ser apreciadas.	45
--	----

## CAPITULO CUARTO

*Las regiones de ultratumba en la poesía épica religiosa.*

Advertencia necesaria. — La <i>Divina Comedia</i> del Dante. — Juicio general sobre el poema. — Estudio crítico especial sobre <i>El Infierno</i> . — Observaciones sobre <i>El Purgatorio</i> y sobre <i>El Paraíso</i> . — El simbolismo en la <i>Divina Comedia</i> . — La alegoría. — Una palabra sobre Beatriz: su significado. — Notas sobre la originalidad de la <i>Divina Comedia</i> . — Resumen de este estudio literario.	71
---	----

bajo el peso de cargas que no podían sobrellevar, apenas, apenas alcanzaban á entretener entre amarguras y dolores una vida, que les había llegado á ser insoportable. Unos, cautivos en los obrajes, trabajaban sin descanso los días y las noches: otros labraban la tierra, vigilados por amos duros, y faltos de abrigo y de comida: éstos, sepultados en las minas, buscaban ese oro funesto, que nunca llegaba á saciar la hidrópica codicia de los castellanos: aquéllos, como acémilas, á sus propias espaldas trasportaban de un lugar á otro al conquistador, por páramos helados y sitios malsanos, vadeando ríos caudalosos y salvando precipicios. Jamás oían una palabra suave, ni una expresión de cariño. La perversidad de los conquistadores llegó hasta el extremo de tener por insensibles á los indios, viéndolos tan sufridos: se les hizo la injuria de creerlos incapaces de los tiernos afectos de familia, y el amo separaba á la esposa del marido, y á los hijos de la madre; el pudor del lecho conyugal fue insultado por la desvergonzada licencia del conquistador, sin que á la honestidad de las pobres indias sirviese de